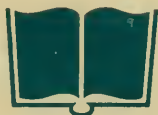


SAN FRANCISCO HISTORY CENTER



~~W~~
ROOM
CASE

SAN FRANCISCO
PUBLIC LIBRARY

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY



3 1223 90040 1655

REFERENCE BOOK

Not to be taken from the Library



LOS ORÍJENES

DE

SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA.

(Traducción especial de LA REVISTA DE AMBOS MUNDOS
para LA PATRIA).

VALPARAISO:

IMPRENTA DE "LA PATRIA," CALLE DEL ALMENDRO, NÚM. 16

—
1887



*979.461

V427^a

509070

UNA PALABRA.

Entregamos hoy al público los interesantes artículos sobre LOS ORÍGENES DE SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA dados a luz en LA REVISTA DE AMBOS MUNDOS y traducidos especialmente para LA PATRIA por un acaudalado joven que, junto con hacer el bien con mano pródiga y en silencio, dedica sus horas de descanso al estudio que levanta el espíritu y al trabajo que honra al grande como al pequeño, al que vive entre los esplendores de la fortuna como al que sufre resignado las espinas clavadoras de la miseria.

El libro que damos a la publicidad describe con iluminado estilo y elegancia las proezas, las locuras, la verdadera epopeya que el amor al oro formó en medio de las dunas, pantanos y agrestes montañas de California.

¿Quién, en sabrosas veladas, no ha oído las leyendas, los dramas conmovedores, los episodios graciosos y las fantásticas tradiciones que rodean la historia de California?

Es raro quién en Chile no haya escuchado, de los labios de algunos de los tantos aventureros que a las ori-

llas del Sacramento sentaron sus reales hace medio siglo, la narracion de las escenas de dolor y de alegria que hora a hora se sucedian en San Francisco, de las esperanzas color rosa y de las descepciones color de la noche que se disputaban la fautasía de los mineros, de las ilusiones que como abejas en el panal jugueteaban en la mente afiebrada de los colonos, de las amarguras que como gotas de hiel quemaban el corazon de los que trabajaban mucho y ningun fruto cosechaban, y del mundo extraño de delirios y realidades que jiraba sin cesar en la mente de los que ya dormian a la intemperie, ya revólver en mano defendian su choza pajiza, o ya como el EMILIO de Rousseau vivian en pleno estado de naturaleza.

Parece uno de los cuentos de las MIL Y UNA NOCHES la historia de California.

James W. Marshall, un dia de tantos, descubre oro en las aguas de California, de California que era un desierto azotado por vientos mujidores y por olas de un mar ajitado; de California que era un campo abierto, sin vejetacion, sin casas, sin civilizacion, rodeada de montañas colosales, cortada aquí y allá por hondas quebradas y por maravillas de una naturaleza salvaje.

El oro, que como el abismo atrae, que como el bello panorama inspira y como la mujer apasiona, transforma luego aquellas soledades en una colonia de audaces, de luchadores por la existencia y de aventureros osados como los mil que con Colon y Valdivia, con Balboa y Pizarro, con Cortés y Ojeda dieron a España un nuevo mundo.

Entre los *placers* de tantos trabajos mineros, se levantan chozas, se forman pueblos y se establece una nueva Babel donde hombres de todo color, de toda nacionalidad, de todo idioma, de toda raza, de toda educacion y de toda clase de sentimientos, andan aquí y allá en busca de oro, unos con una barreta, otros con un combo, otros con una pala y todos con un revólver, un puñal, un naípe y una botella de licor espirituoso.

Allí no hai leyes, no hai Constitucion, no hai principio de autoridad, no hai Cámaras ni prensa, Tribunales ni policia, imprentas ni municipios. Es el reino de la fuerza y de la audacia. El músculo puede mas que la razon, la voluntad mas que la lei, la iniciativa individual mas que el poder social, el hombre aislado mas que la colectividad.

Estudiar los ORÍGENES DE CALIFORNIA es remontarse a la formacion primitiva de los pueblos, es trasportarse por momentos al estado eubrionario de la sociedad moderna, es contemplar a lo vivo lo que sin duda pasó en medio de los bosques, cordilleras y rios cuando los conquistadores de América echaron los cimientos de las primeras ciudades, ciudades que recibian muchas veces las invasiones de los bárbaros que, como el Nilo, tenian sus creces periódicas.

Todo esto y mucho mas verá el lector en las bellas páginas de este libro, bien interpretado por su laborioso traductor.

La fundacion de California es una prueba olocuente de lo que puede el individuo entregado a su ro-

busta iniciativa, lo que puede el hombre cuando todo lo espera de su pujanza y de sus bríos, y lo que puede un ser humano cuando, sin preocupaciones sociales, sin ser perseguido por el *qué dirán*, sin supersticiones domésticas ni religiosas, no tiene otro porvenir que el que brote de su esfuerzo y del sudor de su frente.

Por eso es que este libro es de actualidad.

Hoy que se piensa en Chile dar autonomía a los Municipios, estúdiense previamente, si entre nosotros existe poderosa iniciativa individual, precursora de todo progreso, palanca capaz de levantar en sus brazos todo un mundo de resistencias naturales, sociales y políticas.

No deseáramos a los chilenos otra clase de valor, de confianza en sí mismos y de sentimiento de la propia personalidad, que la que inspiraron a los que fundaron a California.

Reciba el traductor del libro un cariñoso estímulo y, aunque tenga en sus arcas mucho oro, no olvide que el trabajo es lo único que disciplina el alma, que eleva la inteligencia y que engrandece al ciudadano.

Santiago, Julio 13 de 1887.

JULIO CÉSAR.

LOS ORÍGENES

DE

SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

Avance de la civilización hacia el Oeste.—Juan Augusto Sutter.—La vida libre.—Nueva Helvecia.—Aldea de San Francisco.—Primeros síntomas de independencia.—Guerra entre Estados Unidos y Méjico.—Tratado Guadalupe-Hidalgo.—James W. Marshall, descubridor del oro en California.—Isaac Humphrey.—Primeros trabajos en los “placers”.—Fiebre de oro.—Emigración interminable.—Travesía penosa.—La tierra del oro.—Sueños realizados.—Carestía de artículos de consumo.—Asesinatos y robos.—El “judge” Lynch.—Comisiones de vijilancia.—Emigración universal.—Bahía de San Francisco.—La Gran Cordillera.—Porvenir incierto de San Francisco.—Obreros improvisados.—Confusión de lenguas.—Batalla contra la naturaleza.—Organización comunal.—Carácter de los emigrados.—Aumento extraordinario de población.—La vida en los “placers”.—Las noches de los sábados.—Reposo dominical.—El *California*.—“Parker House”.—El juego.—“El Dorado”.—La calle de Montgomery.—Cuartel jeneral de bandidos.—Los “Hounds”.



I

El eje del mundo está fuera de su centro. Una fuerza desconocida, una corriente irresistible lo arrastra hácia el Oeste. La civilizacion, salida de las altas llanuras del Asia central, ha progresado constantemente hácia el Occidente en etapas sucesivas. Lenta en sus principios, vacilante en su marcha, como un niño que trata de dar sus primeros pasos, se ha detenido por largo tiempo en las riberas del Ganjes y del Eufrates. Despues, el movimiento se acelera, atraviesa el mar Ejeo; Grecia y Roma, dan brillo incomparable; la Galia, la España, la Alemania y la Inglaterra son invadidas sucesivamente por esa marea que sube, siguiendo siempre su camino hácia el Oeste, y que viene por fin a chocar con el océano Atlántico.

Mas allá está lo desconocido, lo desconocido con sus terrores, pero tambien con sus mirajes. Unos tras otros, atrevidos marinos se aventuran por esos mares con la proa hácia el Oeste y no reaparecen mas; durante muchos siglos se esfuerzan en buscar mas allá del horizonte lejano, la misteriosa Atlántida, el país del oro, de los frutos maravillosos y de la eterna primavera que los rayos del sol poniente tiñen de púrpura.

Por fin, en 1492, Colon descubre la América; todos los aventureros que tenia la España se precipitan sobre sus huellas; con la cruz en una mano, la espada en la otra, ocupan las Antillas, la América Central y la América Meridional. Ciento treinta y cinco años mas tarde la persecucion relijiosa echa a los puritanos ingleses a la América del Norte. El Nuevo Mundo está invadido, un continente cuatro veces mas grande que la Europa entera es conquistado y colonizado por heróicos aventureros. La gran república de los Estados Unidos se forma, lucha, triunfa y empuja hácia el Oeste, hasta las montañas Rocosas, sus mas atrevidos trabajadores.

De Balbek y de Palmira, de Ninive y de Babilonia, de Ecbatana y de Tebas no quedan ya sino ruinas abandonadas. La civilizacion se ha detenido allí, pero despues ha vuelto a continuar su marcha hácia el Occidente; Aténas y Roma, han sido sus capitales, como lo son hoi Paris, Lóndres y Nueva York, como lo será talvez mañana San Francisco de California.

Nació ayer, el 19 de enero de 1848. Un aventurero suizo le sirvió de padrino. Se llamaba Juan Augusto Sutter. Natural de Randern, en donde nació el 3 de febrero de 1803, siguió los cursos de la Escuela Militar de Berna y entró en calidad de teniente a la guardia suiza de Cárlos X. Sutter tomó parte en la guerra de España de 1823 a 1824, como tambien en la vana tentativa de resistencia en Grenoble durante la revolucion de 1830.

Vuelto a su patria sirvió cuatro años en el ejército federal, despues dió su dimisión y emigró a los Es-

tados Unidos; ahí debía representar un papel importante y asociar su nombre a uno de los grandes acontecimientos de nuestro siglo. Naturalizado ciudadano americano, se estableció en el Missouri, en Westport, en los confines extremos de la civilización. Activo, enérgico y bravo, remió en torno suyo cierto número de aventureros, cazadores de pradera, a quienes supo imponer con su autoridad una disciplina relativa. Empezó comercio de animales vacunos con el Nuevo Méjico y realizó fácilmente beneficios considerables. Pero la ola, siempre creciente de la emigración, invadía al Missouri, Westport se poblaba; Sutter lo abandonó, decidido a buscar más lejos un territorio ménos conocido, en donde poder dar libre curso a sus gustos de independencia.

Para quien ha saboreado los encantos de la vida libre y nómada, de los grandes espacios solitarios, de los peligros arrostrados, de las dificultades vencidas; ninguna otra clase de vida es comparable a esa. Sentirse jóven, robusto, gastar a su albedrío su actividad, recorrer en todos sentidos, al galope de su caballo, un dominio sin límites, que nadie les dispute, — es el ensueño, el ideal de esos espíritus aventureros a quienes los Estados Unidos son deudores, en gran parte, de su grandeza y de su prodijioso desarrollo. Sutter era de ese número. Había oído hablar de las comarcas situadas en las riberas del Pacífico. Esas relaciones vagas, esas descripciones maravillosas y confusas de tierras apenas exploradas, seducían su imaginación; ahí al ménos la civilización no vendría a incomodarlo. En 1838, acompañado de seis amigos

seguros, se internó en las praderas, atravesó cerca de ochocientas leguas hácia el Oeste y llegó al océano Pacífico a la altura de la fortificación de Vancouver. Se había engañado en sus cálculos. Mal orientado en su marcha, se encontraba muy al Norte de California, de la que estaba separado por rios difíciles de atravesar y por inmensos bosques poblados de indios hostiles; no titubeó en modificar su itinerario. Sin renunciar a su proyecto, se embarcó para las islas de Sandwich, creyendo encontrar ahí un buque ballenero, que lo llevara a las costas de California. En efecto, lo consiguió, y el 2 de julio de 1839 atravesaba la Puerta de Oro, entraba a la bahía de San Francisco, remontaba el curso del Sacramento, y echaba el ancla en una caleta que bautizó en recuerdo de su patria con el nombre de Nueva Helvecia. La fortuna y la celebridad parecían haberle dado cita en este sitio desconocido.

Dos años mas tarde, en 1841, Sutter poseía dos mil quinientas cabezas de ganado vacuno, mil caballos y otros tantos corderos. Hablando fácilmente el francés, el inglés, el alemán y el español, había aprendido el indio, hecho relaciones amigables con los indígenas y organizado un comercio de pieles que le dejaba grandes beneficios. La Compañía de la Bahía de Hudson no veía sin inquietud, que un rival semejante sacara provecho de un comercio cuyo monopolio reclamaba ella; pero Sutter era hombre capaz de resistirle.

Para que los indios lo respetáran había construido un fuerte, armado con tres piezas de artillería, y



poco despues un molino y una curtiduría. Gran número de aventureros americanos le hacian compañía. Su jenerosidad, su hospitalidad bien conocida atraian a la Nueva Helvecia a los exploradores de las praderas. Heridos, enfermos, hambrientos, encontraban ahí abrigo, víveres y una vez curados, alguna ocupacion en conformidad a sus gustos. Sutter adelantaba pólvora, balas y caballos a los cazadores y enrolaba a su servicio a todos los que se presentaban.

En pocos años la Nueva Helvecia se convirtió en una colonia americana compuesta de hombres atrevidos y emprendedores, bien armados, bien equipados, que no ocultaban su deseo de sacudir el yugo puramente nominal de Méjico y de proclamarse dueños del país, esperando la ocasion de anexarlo a los Estados Unidos.

El gobierno mejicano se alarmaba con los progresos de Sutter. El establecimiento en el centro mismo de California, de un campo de americanos, sólidamente establecido en las riberas del Sacramento, comunicados con el mar por medio del rio, poseedores de un fuerte de difícil acceso por tierra y mandados por un hombre resuelto, cuya influencia sobre los indios era conocida, no dejaba de despertarle sérias aprensiones. Con la esperanza de conquistarse a Sutter, Miguel Torrena, gobernador entónces de la Alta y Baja California, le confirió el grado de capitán en el ejército mejicano, el título de alcalde y poderes civiles, tanto mas estensos cuanto que la autoridad de que emanaban estaba demasiado léjos y era sumamente débil.

Sutter usó lealmente de ellos y, cuando en 1844, los jenerales mejicanos Castro y Pio Pico se insurreccionaron contra el gobierno de Miguel Torrena, éste último pidió su concurso y Sutter, a la cabeza de doscientos hombres de caballería, fué a ponerse bajo sus órdenes. No pudo, sin embargo, impedir que Castro consiguiese, con sus intrigas en Méjico, suplantar a su rival. Volvió entónces a Nueva Helvecia, aunque convencido de que todo debia temerlo de Castro a quien el gobierno mejicano acababa de nombrar gobernador. Estuvo sobre aviso, organizó sus fuerzas, aprovisionó su fuerte y esperó los acontecimientos.



No esperó largo tiempo. Estalló la guerra entre Estados Unidos y Méjico; Castro, por medio de una proclama, invitó a los extranjeros a que desocuparan la Nueva Helvecia. Ninguno obedeció. En ese mismo momento el coronel Fremont llegaba al fuerte Sutter a la cabeza de una columna de esploracion, escaso de víveres y de municiones, estenuado por la fatiga e imposibilitado para seguir mas adelante. El coronel Fremont, salido de los Estados Unidos mucho ántes de que comenzáran las hostilidades, habia sido encargado por el gobierno americano para que estudiára el territorio desconocido que se estendia del Missouri al océano Pacífico. Solo al llegar al fuerte supo los acontecimientos. Sutter acogió con su habitual jenerosidad al coronel y sus hombres; improvisó inmediatamente un hospital para los enfermos, distribuyó a todos víveres, municiones y dinero, y en pocos dias la expedicion, abastecida, estaba en



estado de proseguir su camino. Pero Fremont temia comprometer los resultados cientificos de su mision. Se la manifestó en confianza a Sutter y ambos se decidieron a una medida atrevida. Izaron el pabellon americano en el fuerte; los hombres de Fremont, unidos a los contingentes de que disponia Sutter les permitian defenderse de Castro.

El fuerte estaba bien provisionado. Atrevidos vaqueros, estaban a cargo del campo vijilando el ganado con la carabina lista, prontos a replegarse y dar la alarma en caso de ataque; los indios, bien alimentados y bien tratados, espiaban por su parte las fuerzas mejicanas y las perseguian sin descanso. Cuando algunos meses despues el jeneral Kearney, a la cabeza de una division americana desembarcó en las llanuras del Sacramento, solo le quedaba concluir lo que Sutter y Fremont habian comenzado, y, en febrero de 1848, por el tratado Guadalupe-Hidalgo, Méjico cedia a los Estados Unidos, Tejas, todo el Nuevo Méjico, la Alta y la Baja California.

Hai en la historia estrañas coincidencias. En el momento mismo en que se negociaba ese tratado que casi doblando la estension de la república americana le daba el imperio del Pacífico, una monarquía se derrumbaba en Francia, conmoviendo con su caída a la Europa entera, miéntras que en un rincon perdido de la Nueva Helvecia el barretazo de un obrero de Sutter ponía a la luz del dia una pepita de oro y revelaba al mundo la existencia de riquezas inauditas, antes las cuales palidecian la Golconda antigua y las minas del Perú.



James W. Marshall, americano de orijen, de religion mormon, habia entrado al servicio de Sutter, como carpintero y mecánico. Encargado por él para establecer una máquina de aserrar en el sitio en que hoy se levanta la ciudad de Coloma, Marshall hizo desviar por los indios el curso de un pequeño arroyo sobre el cual se proponia levantar sus construcciones. Al cavar, un barretazo llevó a la superficie una piedra rojiza. Su peso, su dureza, su color recordaron a Marshall algunas pepitas de oro que habia visto en Georjía; no era cobre, puesto que con el contacto del vinagre no se ponía verde. Mui entusiasmado con su descubrimiento, prosiguió sus investigaciones y reunió en poco tiempo cierto número de esas pepitas, casi todas de pequeñísimas dimensiones, no pasando la mayor de una moneda de diez pesos (oro americano). Marshall comunicó su descubrimiento a sus compañeros, pero ellos se rieron y burlaron de él. Sin embargo, despues de hacer la prueba con el vinagre, se decidieron a recojer esas pepitas, y en un mes, aunque se entregaban a sus trabajos habituales, habian recojido muchas onzas. Uno de ellos, Bennett, debía ir a San Francisco; le entregaron las piedras con la mision de ver si encontraba a bordo de uno de los raros buques baileneros que llegaban allí alguien, que pudiera darles luz.

En San Francisco, Bennett hizo amistad con un marintero, Isaac Humphrey, antiguo minero de Georjía, el cual, despues de examinar, le confirmó que esas pepitas eran pepitas de oro y mas grandes y mas puras que las que él habia encontrado en Geor-

jía, y los *placers* (1) de donde provenían debían ser de una gran riqueza.

Isaac Humphrey ofreció a Bennett volver con él y se empeñó en persuadir a algunos de sus compañeros para que lo siguieran, pero rehusaron dejar su pesca. Humphrey y Bennett partieron solos y el 7 de marzo llegaban a la máquina de aserrar. Desde el día siguiente, armados de palas, barretas y de platos de estaño, se pusieron en campaña registrando el lecho del arroyo y recojiendo por todas partes el precioso metal.

Humphrey explicó entónces a Bennett la manera de proceder; necesitaban absolutamente una *Mari-tata*, especie de cuna plana de doble fondo, cubierta con una reja de alambre, sobre la cual se echaba la tierra que arrastraba el agua, cayendo el oro, como mas pesado, a la parte inferior; le dibujó groseramente el instrumento, que Bennett construyó lo mejor que pudo. Sus idas y venidas, sus maneras misteriosas despertaron la atención de sus camaradas, los que se pusieron también en busca de las pepitas. La fiebre se iba apoderando de ellos. En San Francisco corría que el oro abundaba en las corrientes de agua, en las vecindades de la Nueva Helvecia.

Esos rumores llegaron a oídos de T. C. Kemble, Editor de un periódico, de paso entónces a bordo de un ballenero. Se dirigió a la Nueva Helvecia, en donde

(1) *Placers*, palabra que no tiene traducción al español y que es usada por los mejicanos y naturales de California, que, según el Diccionario del doctor Webster, significa: lugar cascajoso en donde se encuentra el oro, principalmente al lado de un río o en el lecho de algún torrente de montaña.

se encontró con Sutter, quien, fastidiado con esos rumores que distraían a sus hombres del trabajo, estaba muy incrédulo; sus obreros, duramente reprendidos por él, habían cesado sus pesquisas; Humphrey y Bennett vivían lejos. Kemble volvía sin haber visto ni mineros ni oro, y en una carta dirigida a su diario puso en ridículo el pretendido descubrimiento. Pocos días después Bennett volvía a aparecer en San Francisco y ofrecía en venta a uno de los raros comerciantes de la bahía media libra de oro. Este consultó a un antiguo joyero, y por opinión de éste se decidió a comprar lo que se le ofrecía a cuarenta francos la onza. Eso no era ni la mitad del valor real y todavía se estipulaba que el pago se efectuaría en mercaderías. San Francisco o Yerba-Buena como se le llamaba entonces, no contaba sino con algunas tiendas para la provisión de los buques balleneros y cuatrocientos cincuenta y nueve habitantes.

Esa primera venta de polvo de oro escitó vivamente la codicia de los marineros y de la población. La tienda del comprador era estrecha para contener a todos los que iban a ella con el objeto de ver, palpar y pesar el precioso metal; pero todavía se dudaba. La segunda remesa, más considerable, solo encontró comprador a veinte francos la onza

Fué, sin embargo, imposible dejar de rendirse ante la evidencia. Un sobrecargo chileno quitó todas las dudas, ofreciendo sesenta francos por la onza por todo lo que se le entregara. Las remesas se sucedían más numerosas y más importantes. Todos los días

uno u otro partia para el interior, los marineros desertaban y la aldea quedaba casi sin habitantes. El 29 de mayo de 1848 el Editor del pequeño periódico local, EL CALIFORNIAN, anunciaba que suspendia su publicacion. «El grito sórdido del oro! ha hecho el vacio en nuestra imprenta,» escribia el Editor, quien a la mañana siguiente partia tambien para los *placers* a reunirse con sus cajistas. Las tres cuartas partes de los habitantes estaban en camino para las minas; todos trataban de realizar a cualquier precio lo que poseian, para reunir los fondos necesarios para el viaje. Sin embargo, en mayo no se habia recibido todavia en San Francisco sino algunas libras del precioso metal. En junio y julio llegaba por valor de un millon doscientos cincuenta mil francos; en agosto y setiembre tres millones de francos.

Al fin del año 1848 San Francisco estaba vacio, los buques abandonados y 6,000 marineros examinaban las corrientes de agua, los rios, las arenas, encontrando oro en todas partes. La fiebre se apoderaba de los Estados del Este; las relaciones mas estrañas, las noticias mas fabulosas inflamaban las imaginaciones; interminables caravanas de emigrantes abandonaban el Missouri para dirigirse a la tierra prometida. De todo se hacia dinero. Verdaderas fortalezas rodantes, atravesadas por morteros, capaces de sostener un sitio contra los indios, se levantaban sobre los grandes carretones del Oeste, tirados por diez pares de bueyes, llevando, ademas, víveres, vestidos, armas y provisiones para un viaje de seis meses, al traves de llanuras, bosques desiertos y de montañas rocosas.

Se cargaba en carretones los utensilios de los mineros: picos, barretas, frazadas, tiendas, y partían sin vacilar directamente hácia el Oeste, orientándose con la brújula, abandonando sin pesar a sus ancianos padres, a sus mujeres y niños que lloraban, olvidándolo todo con el precioso miraje de una fortuna que sobrepasa todos los ensueños. Con lentitud, con dificultad atravesaban las praderas, detenidos algunas veces semanas enteras por rios desbordados, sembrando el camino de cadáveres de animales rendidos por el cansancio y de hombres desfallecientes, luchando contra los indios y contra la naturaleza, marchando siempre adelante, casi siempre imposibilitados para volver atras.

¡Cuántos de esos atrevidos emigrantes han muerto de hambre en la ruda travesía por las montañas Rocosas! ¡Cuántos han sucumbido de sed en el atroz desierto del Colorado, en donde a cada paso se levanta un fino polvo alcalino que seca la garganta y quema los ojos, en donde durante cincuenta horas de marcha no interrumpida no se encuentra ni una gota de agua ni un poco de yerba para dar vida y aliento a los bueyes y mulas estenuados por el calor del día y el vivo frío de la noche! Pero nadie se detenía; ¡desgraciado de aquel a quien sus fuerzas le faltaran y que tendiera a sus compañeros de camino sus manos suplicantes! El jefe de la caravana, antiguo explorador de las praderas, elegido como el mas enérgico y el mas experimentado, caminaba a la cabeza, armado hasta los dientes, ordenando las etapas, impasible, igualmente duro para consigo mismo como para con los

demás, sabiendo que su vida y la de los suyos dependía de la inexorable disciplina que les imponía y que un retardo podía comprometer el campamento de la noche, el alimento y el reposo de los animales, sin los cuales todos perecerían en esas soledades.

Cuando desde la cima de las montañas Rocosas veían a sus piés las fértiles llanuras de los valles del Sacramento y de San Joaquín, regadas por numerosas corrientes de agua, sembradas de bosques, de árboles seculares, tapizadas de flores y de tupida yerba, devoraban con ojo ávido, no fijándose en sus bellezas naturales, esa tierra del oro de que hablaban y soñaban desde hacia meses en los campamentos de la noche, durante las rudas marchas, bajo un cielo abrasador y en las noches estrelladas en que los ruidos de las fieras tenían despierto a sus centinelas y nuevos argonautas en busca del Toison de Oro, olvidaban las fatigas pasadas, las miserias del camino y las tristezas del destierro. Apresuraban el paso; la fortuna les esperaba allí.

En 1848-1849 partieron de las orillas del Missouri cerca de veinte mil; todo un ejército, compuesto de la flor del Oeste, todos jóvenes, vigorosos, prontos a todas las luchas. Atravesaron más de ochocientas leguas para llegar a los *placers*, desembarcando en California por el Paso del Norte.

Muchos de esos recién llegados vieron sus sueños realizados. El oro existía en todas partes. Mas de uno, al principio, recojió hasta dos mil quinientos francos diarios. Hubo mineros que se repartían todos los sábados el producto de la semana, midiendo el

oro, a falta de balanza, en sus vasos de estaño. Pero, por rica que fuera una localidad, buscaban todavía otra mejor.

Esperaban obtenerlo atravesando los ríos a nado, haciendo fuego contra las tribus hostiles, sin tienda y muchas veces sin otros víveres que los que se procuraban por medio de la caza. Si el oro era abundante, todo lo demás faltaba. Las provisiones se vendían a precios exorbitantes cuando se encontraba donde comprarlas.

La harina, el arroz y el azúcar valían entonces en San Francisco cinco francos la libra, las galletas de buque doscientos cincuenta francos el quintal, el vino y el aguardiente cuarenta francos botella.

En ciertas localidades mineras los gastos de transporte eran diez veces mayores que estos precios; por ejemplo un sombrero de paño valía trescientos cincuenta francos, una frazada cuatrocientos francos y una botella vacía veinte y cinco francos.

Las privaciones, la insuficiencia de alimentación, las fatigas excesivas producían fiebre y disenterias; los médicos y los medicamentos faltaban; un enfermo rara vez escapaba de la muerte.

Además de la ausencia de organización y de policía, la codicia escitada atraía a los ricos *placers*, bandidos de toda especie, lo peor de Méjico, Chile y el Perú; las riñas, los asesinatos, los robos se multiplicaban. En vano el gobierno de Estados Unidos trataba de poner remedio a esta anarquía. El comodoro Jones, que había recibido orden de dirigirse con su escuadrón a Monterey y San Francisco, confesaba

su impotencia y contestaba a las instancias del ministro de marina, que lo urjia para que hiciera uso de las fuerzas de que disponia: «No me atrevo a acercarme a tierra; solo podria enviarles balas. Todo destacamento que desembarcára desertaria inmediatamente.»

El remedio debia nacer del exceso del mal. El gobernador de California, George Mason, era un hombre enérgico y resuelto. Convencido de que en esas circunstancias escepcionales no podia contar con el concurso de las tropas de tierra ni de la marina se dirijió a los *placers*, llamó a los mineros mismos para restablecer el órden y organizó un comité de vijilancia, cuyas medidas espeditivas dieron muy luego el resultado de suprimir los elementos peligrosos. El Judge Lynch (bajo este nombre lo designa la justicia sumaria de los comités de vijilancia) hacia de esta manera su primera aparicion en California (1).

San Francisco, abandonado por sus habitantes, a quienes el oro habia llevado a las minas, no debia tardar en poblarse. Pasado el primer momento de fiebre, cierto número de sus antiguos habitantes volvieron. Escuadras enteras se dirijian de todos los puertos, por todos los mares, bajo toda clase de pabellones hácia ese punto del globo, desconocido hacia algunos meses y cuyo nombre se encontraba ya en todos los labios. Del Perú y de Chile, de las islas de Sandwich y de la China, de Nueva York y de Boston, del Havre, de Burdeos, de Southamp-

(1) D. Lévy.—*Les Français en Californie.*



ton, de Lóndres, de Bremen y de Hamburgo partian buques cargados de emigrantes, de víveres, vestidos, tiendas y utensilios. Habia que crearlo todo. ¿En dónde alojar a esos recién llegados? ¿En dónde depositar esos cargamentos que se esperaban?

No era el espacio lo que faltaba. En esa bahía inmensa todas las flotas del mundo podían anclar con facilidad. Cuando se llega a San Francisco por mar, se vé a cuarenta millas de distancia las islas Farello-nes, grupo de rocas oscuras, centinelas avanzados del continente americano y que solo habitan millares de aves marinas. Mas allá se elevan los picos abruptos que guardan la entrada de la Puerta de Oro. Batidos por los vientos del oeste, invadidos todas las tardes por una bruma espesa, presentan un aspecto salvaje y asolador. No hai en ellos árbol alguno ni vejetación; sobre sus costados llenos de piedras se arrastran nubes que se despedazan en sus crestas agudas.

Un canal profundo de una milla de ancho y cinco de largo da acceso a la bahía. Sobre una roca desnuda se levanta hoi Alcatraz, fortaleza maciza y amenazadora bajo cuyo fuego desfilan los navíos. Finalmente, a la desembocadura del canal, la vista se estiende sobre una bahía, cuyo fin no se percibe, verdadero mar interior rodeado de fértiles llanuras que dominan a lo lejos altas montañas: Tamalpais, el Monte del Diablo, Mount Hamilton; si el tiempo está claro, cerrando el horizonte, la Sierra Madre, de cimas nevadas, levanta sus soberbios picos de cuatro mil metros de altura. Es uno de los contrafuertes

de la gran Cordillera que del Océano Glacial del Norte hasta el Cabo de Hornos, desenvuelve su inmensa cadena de mas de tres mil leguas de largo, de los mares Articos a los mares Antárticos, y que, bajando lentamente en la América Central para volver a elevarse bruscamente en el Ecuador, se levanta en masas enormes en el Perú, Chile y la Patagonia y concluye en el Cabo de Hornos, con rocas de granito que desafian la rejion de las tempestades.



Volviendo la espalda hácia el océano Pacífico, de la que lo separan dunas de arena y cerros cubiertos de árboles cuya vejetacion es poco abundante, San Francisco da frente a la bahía. En la época de que hablamos, la aldea se componia de 150 casas mas o ménos, disminuidas al acaso en la playa y construidas de adobes; no habia ni calles, ni las casas estaban en linea, ni habia cierros. El terreno sin valor no permitia hacer esos gastos. Por medio de una simple peticion los poseedores actuales habian obtenido de las autoridades mejicanas concesiones de terrenos a precios insignificantes, pagados casi siempre en mercaderías. En San Francisco mismo el suelo árido y arenoso no producía nada. El agua dulce hacia falta. El clima era templado; no habia ni grandes frios ni calores excesivos. En el verano los vientos del mar llevaban todas las tardes una neblina inmensa que envolvía esa parte de la costa, bajaba a la ciudad y la bañaba con su humedad. Las grandes dunas de arena que dominan a San Francisco, agitadas incesantemente por los vientos del mar, llenaban el aire de un polvo impalpable. La buena



estacion era el invierno. Los vientos cesaban y con ellos la neblina. En los alrededores de la ciudad, las llanuras abrigadas del mar por la cadena de la costa, empapadas por las lluvias, se cubrian entónces de una yerba tupida y un grandísimo número de flores; los tintes verdes desaparecian bajo el brillo de sus vivos colores. Una inmensa alfombra de todos matices estendia sin fin sus ondulantes reflejos. La tierra era rica y fértil sobre toda descripcion y ahí pacian grandes rebaños de ganados, única riqueza de los habitantes.

Hasta el descubrimiento de las minas de oro, el único comercio de la aldea consistia en el tráfico con los buques balleneros, a los que abastecian de víveres frescos en cambio de aceite y barbas de ballena, y en la venta de pieles de buei. No se preveia todavía la próxima grandeza de San Francisco, el valor inmenso de esas dunas de arena, de esos pedazos de terrenos de límites mal definidos.

Un pequeño número de habitantes sospechaba que en un momento dado el suelo podia aumentar de valor si los *placers* continuaban dando oro; ¿pero cuánto tiempo duraria eso? Sobre esto estaban en la incertidumbre mas completa; no se tenia ningun dato preciso acerca de los filones metalíferos. En esas pepitas de oro que arrastraban los torrentes o que ocultaban las arenas, no se veia sino un capricho de la naturaleza, el resultado de una incomprensible casualidad. No pensaban en preguntarse de dónde venia ese oro ¡tan preocupados estaban en averiguar en donde se encontraba! Hasta ese momento ignoraban



aun si el sitio árido en que se elevaba la aldea atraeria y retendria el comercio y la inmigracion. En las ribe-ras del Sacramento y del San Joaquin, en la proximi-dad de las minas de oro, se levantaban campamentos llamados talvez algun dia a tener mucha mas impor-tancia que San Francisco envuelto en sus brumas a cincuenta leguas de los *placers*.

Pero los buques se sucedian sin descanso, de-sembarcando gran número de emigrantes que planta-ban sus tiendas sobre esas dunas de arena; las mercaderías se amontonaban en la playa. Para des-embargar esos navíos, cuyas tripulaciones saltaban inmediatamente a tierra, impacientes tambien por dirigirse a las minas, faltaban los brazos. La mayor parte de los pasajeros llegaban sin recursos; lo poco que poseian lo habian malgastado en los puertos de escala, en Rio Janeiro, en Valparaiso, con esa indi-ferencia de jentes que estiman hecha su fortuna, y esa sed de placeres que la monotonía de una larga travesía escita.

Para procurarse el dinero necesario para dirigirse a las minas, se hacian obreros. ¡Cuántos pasajeros de primera clase fueron a ofrecer al capitan, en cuya mesa comian el dia anterior, sus servicios para des-cargar el buque que los habia llevado! ¡Cuántos ca-pitanes se consideraron felices en poder emplear a esos obreros improvisados que se contentaban con la comida y ochenta francos diarios por su trabajo ines-perto!

En los costados de Russian—Hill, de Rincon—Hill, se levantaban las construcciones mas caprichosas:

chozas construidas con cajones viejos y duelas de barricas, cubiertas con zinc de los tarros de conservas. La lluvia atravesaba los techos, el viento penetraba por las junturas; dormían en el suelo, envueltos en frazadas; comían galletas de buque y puerco salado; interrogaban ávidamente a los mineros del Sacramento, cuyas relaciones fantásticas sacudían su codicia y excitaban su imaginación. Después que un trabajo constante y una economía rigurosa habían procurado al recién llegado los centenares de pesos necesarios, se equipaba y partía, escaso de dinero, rico en esperanzas, para la región en donde el oro se pegaba literalmente a la suela de sus fuertes botas de minero.

San Francisco tenía el aspecto del campamento al rededor de Babel. Todos los idiomas se confundían en un clamor confuso. Ingleses, chilenos, franceses, americanos, canacas, chinos, mejicanos, alemanes, peruanos, indios, hombres del norte y hombres del mediodía, blancos, negros, cobrizos, todos dirigidos al mismo fin, afiebrados por los mismos deseos y la misma pasión, se confundían en una batahola indescriptible. Los trajes más raros, los vestidos más extravagantes daban a ese campamento la apariencia de una vasta feria. Pero lo que sobre todo llamaba la atención, era, por una parte, la ausencia casi completa de mujeres; por otra, el aire resuelto y viril de esos emigrantes. Pocos hombres de edad madura, ningún anciano; jóvenes robustos y vigorosos, quemados por el aire libre y los vientos del océano.

Todos, para llegar ahí, habían pasado por esas horas tristes y duras en que el hombre dice adiós a

todo lo que ama, en que con el rudo esfuerzo de su voluntad rompe los lazos que lo unen a su patria y a los suyos y jeneralmente sin posibilidad de volver o de encontrar socorro, sabiendo que les es necesario triunfar o sucumbir solos, que van a poner millares de leguas entre ellos y aquellos cuyo recuerdo les sigue y que la distancia hará imposible que la afeccion venga en su ayuda en las horas de prueba o en la crisis suprema.

Y la mayor parte eran aventureros. La curiosidad de lo desconocido, la sed de una vida de peligros, una pena de amor, una situacion comprometida, los habia llevado a esa playa lejana, arrojado a ese vasto crisol en el cual venian a destruirse, a purificarse, a perderse existencias extraviadas, pasiones heróicas o culpables, voluntades enérgicas, fuerzas sin empleo y de donde debia salir un imperio naciente, una ciudad estraña, nacida ayer y ya una de las mas importantes del mundo por su movimiento comercial, la primera y mas asombrosa por su vertijinosa prosperidad, por su historia y por su fortuna. Hijos perdidos de la civilizacion iban a empeñar batalla con la naturaleza. Sus brazos debian remover la tierra, empeñados en buscar oro. El pico en una mano, la carabina en la otra, iban a echar abajo las montañas, desviar el curso de las corrientes de agua, atravesar los rios y los desiertos, a entregar a todos los vientos del cielo y a la contingencia de los acontecimientos su juventud y sus fuerzas, a perecer talvez miserablemente de hambre y de frio en alguna cañada oscura, en los bosques, despedazados por las fieras, o en al-

guna casa de juego de Virginia o de Washoe, con la cabeza atravesada por la bala de un revólver americano o abierto el pecho por algún cuchillo mejicano. Es pequeñísimo el número de los que han sobrevivido y que han realizado la fortuna que soñaban; muchos han sucumbido por las fatigas, por el vicio, y por la miseria, soldados olvidados de una gran batalla que ha modificado la faz del mundo cambiando las condiciones económicas y financieras de todo nuestro orden social.

Detras de esa vanguardia aparecía otra categoría de emigrantes, espíritus mas metódicos y mas calculadores. Seguían la misma corriente, obedecían al mismo impulso; pero su energía fría y mejor contenida tendía al fin por otros medios. Querían escoger el terreno de la lucha para conquistar la fortuna. El brillo de las minas no les deslumbraba; veían con mas exactitud y mas lejos. San Francisco se apoderaba de ellos y los retenía. Fueron los primeros en darse cuenta de que el oro de los *placers*, viniera de donde viniese, afluiría ahí; que en esa ensenada arenosa se levantaría luego una ciudad importante; que ahí, y solo ahí, todas las flotas del mundo podrían anclar, que el oro no basta; que el minero necesita todo lo que pueda asegurar su existencia; que había mas ganancia en abastecerlo en cambio de su oro que en arrancarlo por si mismo de las entrañas de la tierra. Fueron los primeros en prever y en preparar el porvenir, en dar un valor al suelo, en construir tiendas y casas, en improvisar restaurants y hoteles, en echar las bases de una organización comunal.

En ese rincon perdido del globo, en donde parecian haberse dado cita todas las nacionalidades, cada una de ellas llevaba, con su jénio particular, sus tendencias y sus gustos, sus vicios y sus virtudes. En ese suelo vírjen de toda civilizacion y de toda cultura, en donde no existia todavia ni gobierno, ni leyes, ni policia, ni impuestos, ni restricciones sociales, todos gozaban de una libertad ilimitada y daban libre curso a su espíritu aventurero.

La revolucion de 1848, que habia conmovido tan bruscamente a la Francia y a la Europa, habia tambien trastornado y aun destruido muchas fortunas y provocado una inmigracion, no solo entre la clase obrera sin trabajo sino tambien entre la clase media, duramente puesta a prueba. La emigracion europea no se componia, pues, esclusivamente de arruinados o de obreros: léjos de eso. La distancia que habia que atravesar, el precio elevado del pasaje, era para estos últimos un obstáculo sério. La loteria de barras de oro, patrocinada por el gobierno frances, facilitó, en 1849, la partida para California de cierto número de personas entusiasmadas por el oro, pertenecientes a las clases inferiores; pero ese número fué forzosamente mui limitado, y la emigracion francesa, considerable al principio, a consecuencia de las circunstancias políticas que acabamos de recordar, se formó principalmente de jóvenes de la clase media cuyas condiciones de existencia habia modificado la revolucion y despertado el espíritu aventurero.

Negociantes medio arruinados, dependientes sin empleos o despedidos de ellos, funcionarios que ha-

bian caído en desgracia, formaban la mayoría. Unos pocos de ellos disponían de algún capital; la mayor parte desembarcaban con recursos muy limitados.

La inmigración alemana se componía de los mismos elementos: Bremen, Hamburgo, Lubeck y Frankfort habían suministrado un contingente considerable. El alemán se destierra de buena voluntad en tiempos ordinarios; la crisis política y comercial que sufría Europa, había aumentado considerablemente la emigración. La Gran Bretaña, siempre en primera fila cuando se trata de abrirse mercados nuevos, estaba representada por sus comerciantes y sus sobrecargos, que disponían de capitales importantes; por sus escoceses de carácter frío, porfiados, inmutables a consecuencia de su áspero clima; por sus irlandeses fanáticos y bulliciosos, raza eminentemente emigrante, fácil de adaptarse a toda clase de vida, inteligente y fina bajo sus apariencias de indiferencia.

De Italia, sobre todo de Génova, había venido toda una población de marineros que, apenas desembarcados, encontraban inmediatamente cómo ganar su vida pescando. Méjico, Chile y el Perú, mas vecinos, habían centuplicado el elemento español, dueño hacia todavía poco, del país; elemento hostil a los *gringos*, como llamaban a los americanos vencedores de su raza y conquistadores de su territorio.

Expertos en los trabajos de minas, en la crianza de ganados, caballeros intrépidos, jugadores fanáticos, se habían esparcido principalmente en el interior, ganando en los *placers* y perdiendo fortunas

al juego, siempre prontos a dirimir sus querellas o a vengarse de sus enemigos a puñaladas.

La inmigracion china empezaba; acantonándose en los oficios bajos, en las necesidades ínfimas de que nadie queria ocuparse, tratada con desden, doblegándose al insulto, humillándose segun los preceptos de sus sabios. En las minas los asiáticos se hacian dóciles, ocupando los *placers* agotados o abandonados, registrando de nuevo los lechos de los torrentes trabajados ántes que ellos, las quebradas en donde el blanco no encontraba ya suficientemente qué recojer, industriosos y sóbrios, viviendo con poco, alimentándose con ratones y raices, juntando peso sobre peso, taciturnos y escondiendo cuidadosamente lo que poseian.

Excelentes cultivadores, quitaban la maleza en la vecindad de los campos, en los alrededores de las ciudades nacies, a un pedazo de tierra que plantaban de legumbres, o bien se hacian lavaderos, limpia-botas o zapateros remendones. Todo era bueno para ellos y por poco que ganaran ese poco lo ahorraban. Los odiaban y los maltrataban. En su interior ellos devolvian odio por odio, sin dejarlo aparecer. Conocian demasiado bien el precio de la paciencia y las ventajas de la humildad. Muchos de ellos se encontraban por primera vez en contacto con esa raza blanca, cuya fuerza reconocian, pero cuyos trajes, costumbres, leyes, tan diferentes de las suyas, cuyos orígenes que se perdian en la noche de los tiempos, despreciaban; raza de advenedizos, sin tradiciones, sin ritos, sin gobierno estable, incapaz,

segun ellos, de fundar sobre base sólida un sistema filosófico, relijioso o político comparable al de ellos, que los siglos desafiaban. Lentamente como una mancha de aceite, se estendian, aumentaban su número. Chinatown, la ciudad china, echaba en el corazon mismo de San Francisco, todavia en estado de embrion, sus sólidos cimientos: amenaza terrible para el porvenir.

La Oceanía estaba representada por los canacas de las islas de Sandwich, escelentes marinos, jente sencilla y buena, rudos trabajadores en los malos tiempos, perezosos e indolentes en la prosperidad y que no tomaban la barreta sino cuando su última onza habia pasado a manos del tendero que los proveia.

Ademas de esto habia negros, desertores o libertos de las plantaciones del Sur, mulatos de Cuba, indios de Calcuta y por fin, los verdaderos dueños del país, por la conquista y por los tratados: los americanos del Este, del Sur y del Norte, de Nueva York y de Boston, de Nueva Orleans y de San Luis, del Missouri y del Ohio, agricultores y obreros, mineros y políticos, hombres de ciencias y arruinados de fortuna, doctores, jente aficionada a la buena vida, abogados y periodistas, espulsados de los almacenes, de los Bancos y de las casas de juego, de los campos y de las ciudades, arrastrados por la gran corriente que los impulsaba hácia el Oeste.

A fines de enero de 1849, del solo puerto de Nueva York, noventa buques que llevaban ocho mil emigrantes se habian hecho a la vela para San Fran-

cisco. Setenta mas se preparaban para levantar el ancla. «Nunca se ha visto nada parecido, escribia el doctor Stillman. No hai familia aquí que no tenga uno o varios emigrantes. En todas las ciudades se organizan compañías mineras y comerciales; los que no parten se suscriben a ellas.

«Los editores de diarios publican diariamente artículos para disuadir a los jóvenes de emigrar; les aconsejan que se contenten con una ganancia modesta al lado de su familia, les recuerdan que las únicas fortunas sólidas son las que se adquieren lentamente, por el orden y la economia; al día siguiente arrojan léjos su pluma, venden su diario, realizan todo lo que pueden, molestan a las compañías de navegacion, para obtener en su calidad de periodistas, un pasaje grátis y parten.

«Los ministros del Evangelio, nuevos Casandros, hacen resonar las iglesias con sus anatemas contra la sed del oro; despues se embarcan como misioneros para California. Los médicos venden sus caballos, entregan a sus mujeres las cuentas por cobrar, se proveen de carabinas, pólvora y balas y se ponen en marcha para la tierra del oro. Las casas de negocio están desiertas, los Bancos se despueblan, todos parten, entonando el *¡Oh Susanna!* ese canto de los *placers*, compuesto por Jonathan Nichols, que resuena en nuestras calles, en nuestras plazas públicas, en nuestros teatros, en nuestros conciertos y hasta en nuestros salones.»

En los nueve últimos meses de 1849, entraban al puerto de San Francisco quinientos cuarenta y nue-

ve buques de vela, que llevaban treinta y cinco mil pasajeros y tres mil marineros, que se deserta-ron. Habia ya fondeados doscientos buques abandonados por sus tripulaciones y sus oficiales; se separaron sus cascotes, con los tablones se construyeron casas, con el resto se hizo leña. En el mismo intervalo de tiempo llegaron por tierra cuarenta y dos mil emigrantes. En dieziocho meses la cifra de la poblacion de California subia repentinamente de mil quinientas personas a mas de cien mil almas.

Imajínese el lector esa poblacion afebrada que afluye a San Francisco, en donde todos los dias la llegada de un nuevo buque arroja sobre sus playas centenares de emigrantes escapados de la prision encontrándose con toda clase de dificultades materiales, emigrantes tan sin disciplina como sin cohesion; represéntese a cada uno de los miembros que la componen obligado a proveer a todas sus necesidades, a improvisarlo todo, a preveerlo todo y se formará una idea del estraño caos que entónces reinaba. Nada análogo se habia visto todavía. Por rápidos que hubieran sido el nacimiento y el desarrollo de algunas grandes ciudades de Estados Unidos, todo se habia hecho regular y sistemáticamente; el terreno tenia propietarios que lo vendian a los compradores, quienes, a su vez, se procuraban en Nueva York, en Boston, materiales de construccion y obreros para edificarlos.

Grandes vias de comunicacion facilitaban el transporte de esos materiales; se apoyaban en centros comerciales que ámplimente provistos de todos en

los inmensos campos del Oeste, eran capaces de hacer frente a toda clase de pedidos. Aquí no sucedía lo mismo. Fuera del oro, el país nada producía. Era necesario que la harina viniera de Chile, a mil leguas de distancia; los pescados salados, con siete meses de travesía, de Nueva York y de Cincinnati; el jabón, el aceite y las velas de los puertos del Mediterráneo.

Los bosques eran abundantes en maderas; pero faltaba quien las labrara y era necesario pedir las a las fábricas de aserrar del Oregon y de Vancouver. De ahí las fluctuaciones de precios que hacían frustrarse todos los cálculos, las llegadas inesperadas de buques que hacían suceder la abundancia a la escasez, las alzas fantásticas que producían los atrasos de esos buques.

El oro no disminuía en las minas. En los *placers* hai muchos, escribía entonces Mr. Larkin, antiguo cónsul de los Estados Unidos, que, en el mes de junio no tenían cien pesos y que hoy poseen de cinco a veinte mil, ganados recojiendo oro y haciendo negocios con los mineros.

«El resultado medio del trabajo cotidiano se estima en cien pesos diarios; pero pocos mineros pueden trabajar más de un mes seguido, a consecuencia de las fatigas y de las privaciones que sufren.»

La vida era, en efecto, penosa y los gastos enormes. Los mineros, reunidos en diferentes campamentos, a fin de poder resistir mejor a las agresiones de los indios, vivían debajo de las tiendas, muchas veces dos o tres juntos, dividiéndose el tra-

bajo, encargándose cada uno a su turno de la cocina. Por útiles de casa tenían una olla, una sartén, una cafetera y una parrilla; por cama hojas secas o paja; por todo lujo, carabinas y revólvers cuidadosamente conservados, siempre en buen estado de servicio.

En el centro del campamento formado por la aglomeración de las tiendas, una tienda mas grande, la del proveedor o comerciante al por menor.

Su surtido se componia de sacos de harina, barriles de puerco salado, melaza, azúcar negra, té y café, velas y jabon; ademas de todo esto pieles, barretas, picos, platos de estaño, pólvora y balas, camisas de franela roja, botas, ropa de jénero ordinario y por fin y principalmente jinebra y whiskey (aguardiente de granos). Sobre el mostrador una balanza para pesar el polvo de oro. No existia todavía oro o plata amonedada. Todas las transacciones se hacian al contado. El minero sacaba de su bolsa de piel de gamuza el precio de sus compras en narigadas de polvo de oro o en pepitas. El oro circulaba entónces a doce pesos la onza, poco despues a catorce. El tendero lo vendia despues a dieziseis pesos en San Francisco. Algunos mineros, conocidos por su sobriedad y por su probidad, tenían crédito en esas tiendas que les permitian pasar los momentos de apuros sin morir de hambre; pero esas eran raras escepciones.

De un día a otro, segun la facilidad o dificultad de los trasportes, los precios variaban en proporciones increíbles. Se ha pagado hasta cien francos por una botella de jinebra de 0.80 de francos; quinientos

francos por un medio barril de harina; lo demas en proporeion. Desde el lúnes en la mañana hasta el sábadó a medio día los mineros trabajaban con furor. El sábadó vaciaban las esclusas, especie de cajones de madera en donde se acumulaba el oro lavado; pesaban y se repartian el producto de la semana; aseaban la tienda, lavaban la ropa sucia y, llegada la tarde, se reunian en la tienda del proveedor. Comenzaba entónces con mucha frecuencia la orjía que continuaba furiosa durante toda la noche. Despues de seis días de trabajo duro y de abstinencia, de almuerzos y de comidas compuestas al modo mejicano de tortillas y de guisados rociados con agua, bastaban algunos vasos de whiskey para encender sedes inestinguibles, desatar las lenguas, calentar las cabezas. Las relaciones fantásticas, los desmentidos, las querellas, las riñas seguian su curso. Los mas sóbrios se retiraban en esos momentos, los demas dirimian sus diferencias a puñetazos, algunas veces con revólvers y con cuchillos. El domingo dormian para restablecerse de los escesos de la víspera; rara vez esos escesos se prolongaban.

Se respetaba el día del Señor; las tradiciones de la infancia, las enseñanzas de las madres, sobrevivan en la mayor parte de esos mineros que, con sus manos callosas y sus dedos tiesos por el trabajo de la semana, consagraban una parte del día de descanso a escribir a los ancianos padres dejados léjos o a la novia que los esperaba, de la que jamas hablaban, pero en la cual pensaban.

El 28 de febrero de 1849, el primer buque a va-

por, el *California*, entraba al puerto de San Francisco cargado de emigrantes. Inauguraba el nuevo camino por el Istmo de Panamá y su llegada fué acogida con público regocijo. Era la primera organizacion de un servicio postal regular que uniera a California con el resto del mundo. San Francisco parecia entónces el campamento de un ejército. Las colinas que lo rodean, Russian Hill, Telegraph Hill, North Beach y la playa, estaban cubiertas de millares de tiendas de campaña. Los buques anclaban a media milla de la costa; el desembarco y la descarga se operaban por medio de canoas y de lanchas que iban a vararse en una caleta que rodeaba lo que actualmente es la calle de Montgomery, que formaba en la marea baja un pantano de fango. Todavía no existian ni muelles, ni calles trazadas. Dos o tres viejos edificios de adobes servian de Aduana y de casa consistorial. La primera tentativa de construccion fué Parker House, edificada con restos de buques y adobes. El propietario tuvo gran trabajo para reunir obreros a cien y ciento cincuenta francos diarios, por lo que ese edificio le costó ciento cincuenta mil francos. Es verdad que, apénas terminado se arrendaba por 75,000 francos mensuales para casa de juego.

El juego era dueño de la ciudad. Era la única distraccion de una poblacion flotante, sin lugar alguno de reunion, que vivia debajo de su tienda de campaña, que no sabia en donde pasar sus noches ni como emplear sus horas desocupadas. Desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la

mañana, se jugaba sin interrupcion, perdiendo o ganando sumas enormes. Los mineros venidos del interior para renovar sus provisiones, esponian en la mesa de juego todo el polvo de oro que les quedaba. En las casas de juego era donde se daban cita, en donde los comerciantes discutian y concluian sus negocios, en donde se efectuaban las compras y las ventas de terreno, en medio del humo de los cigarros y de las pipas, del murmullo de las voces, de las imprecaciones de los jugadores arruinados, de los altercados y de las riñas.

Difícil seria figurarse, sin haberlos visto, esos infiernos de la vida de California, esos que observan a los jugadores armados hasta los dientes, esos revólvers puestos sobre la mesa, al alcance de la mano, al lado de los sacos de pepitas de los jugadores, esa indescriptible mezcla de los trajes mas raros. Se veia allí mejicanos de veston con botones de plata, cubiertos de anchos sombreros con alamares de oro y que hacen sonar en el piso de madera, mal acepillado, sus pesadas espuelas; mineros de cabellos largos con camisas de franela roja y anchos pantalones batiéndose dentro de las anchas botas que le suben hasta los muslos; *gentlemen* correctos, desembarcados el dia anterior; chinos de largas colas, con túnicas de seda, que circulan sin ruido con sus babuchas colchadas. Las bolsas de piel de gamuza se ponen en línea sobre la mesa, cambian de mano, se calcula el valor al peso.

Delante de los banqueros hai otros sacos vacios, cuyo contenido, pepitas y polvo de oro, se ponian

adentro de cueros para pagar el envite de los gananciosos. Los agentes de la casa de juego (*croupier*) se relevaban cada dos horas. El propietario del establecimiento tenia, ademas, a su servicio dos o tres muchachos fornidos, espertos en el arte de derribar con un puñetazo, sin dañarlo demasiado, a un minero ébrio o a un jugador recalcitrante y mandarlo dormir fuera de su establecimiento.

Frente de Parker House se levantaba El Dorado, casa de juego igualmente y frecuentada principalmente por los americanos; mas allá, la Polka, lugar de cita de los franceses, de los italianos y de los alemanes. Esas construcciones rodeaban la plaza, centro de la ciudad, gran espacio descubierto que tenia tanto de plaza pública como de caballeriza. En el día y en la noche, centenares de caballos y de mulas unidos por correas amarradas a postes de fierro, acampaban al aire libre miéntras que sus amos estaban entretenidos jugando. Ahí era en donde los mineros compraban sus cargamentos; los sacos de harina, herramientas y ropa destinada al interior estaban amontonados en los buques; las altas mulas mejicanas, ricamente aparejadas, los pesados wago- nes de San José, de Santa Clara, tirados por bueyes llenaban la plaza. Despues de las grandes lluvias el acceso a San Francisco era difícil. Los caminos que llegaban ahí se convertian en rios de barro, en los cuales la jente de a pié imprudente se hundia hasta la cintura. En la misma calle de Montgomery, arteria principal de la ciudad, lo intransitable de la calle era tal que en febrero de 1849 dos caballos se

empantanaron sin que se les pudiera sacar. Allí murieron. Tres individuos, algunos días más tarde, perecieron en el mismo sitio.

No se trataba todavía de organización municipal; por eso los bandidos expulsados de las minas afluían todos a San Francisco. Luego se pusieron de acuerdo, y se vió el singular espectáculo de una organización de malhechores que operaban a la luz del día, que tenían su presidente y su vice-presidente, su cuartel jeneral bautizado por ellos con el nombre de Tammany Hall, que hacían gala por la ciudad, con una banda de música a la cabeza, con las banderas desplegadas designándose con el nombre de Hounds, perros sabuesos, y que dieron principio un domingo por el pillaje y destrucción de un barrio entero habitado por los chilenos.

Halagados por esa primera y lucrativa expedición, prepararon otras y diversas veces atacaron las tiendas de campaña mejor provistas, desbalijando completamente los almacenes en que creían poder encontrar licores espirituosos. A falta de toda policía y de toda autoridad algunos hombres resueltos emprendieron la idea de hacerles resistencia. El 16 de julio convocaban a la población a un meeting de indignación, cargando la mano a los jefes de los Hounds, daban las sentencias el mismo día, los condenaban a diez años de prisión y daban a los demás tres días para que abandonasen el campamento. En efecto, la mayor parte dejó a San Francisco, a lo ménos por algún tiempo.

De ese conjunto confuso de hechos, de ese caos

de nacionalidades diversas, se desprendian ya algunos síntomas que no escapaban a las jentes previsoras. Se inclinaban a creer en el porvenir de San Francisco, en sus futuras grandezas. Ahí, en esa lengua de tierra colocada entre la bahía y los cerros de arena, debia elevarse la metrópoli del Pacífico.

Se empezaba a buscar pedazos de terrenos, a pesar de la incertidumbre que pesaba sobre el valor legal de los títulos de propiedad.

La mayor parte de los tenedores, no los poseian sino en virtud de concesiones mejicanas, mal definidas y mal redactadas.

Un gobernador concedia, por su autoridad privada, muchas hectáreas en un lugar cualquiera de la poblacion, obligando al concesionario a que cerrára su propiedad. Con mucha frecuencia este último no hacia nada.

En esos terrenos eriales, los primeros emigrantes habian levantado sus tiendas, habian cavado un foso, levantado un cierro elemental, al partir para las minas habian cedido o vendido ese abrigo provisorio a otros que se consideraban como propietarios lejítimos y recibian, revólver en mano, al propietario primitivo o a aquel a quien habia transferido sus derechos.

Al principio, los concesionarios, que no daban ningun valor a los terrenos obtenidos de la liberalidad de los gobernadores, se habian descuidado en registrar sus títulos en Méjico, para evitar el pago de los derechos fiscales.

Resultaba de eso una confusion difícil de desen-

redar; por esta razón la mayor parte de las transacciones se efectuaban en condiciones bastante insólitas.

El adquirente compraba al acaso y esponiéndose a toda clase de peligros entraba en posesión cuando podía y cómo podía. De ahí nació una industria enteramente nueva.

Ciertos individuos trataban por un precio fijo para poner en posesión al comprador.

El precio variaba según los peligros que tenían que correr, los golpes que tenían que recibir, el número y la reputación de los ocupantes.

Convenidas y debatidas las condiciones, el empresario en cuestión reclutaba y daba colocación a sus hombres; en el momento favorable, frecuentemente en la noche, rompían los cierros y espulsaban a los intrusos, siendo común que eso sucediera cambiando tiros de revólver.

Recordamos un terreno situado en Kearney Street, en el cual, durante muchos días, los que lo ocupaban resistieron a los asaltantes haciendo fuego sobre cualquiera que se acercaba hiriendo y matando a muchos hombres. Los transeúntes prevenidos hacían un rodeo; los ociosos iban allí como de paseo y desde cierta distancia observaban el tiroteo. Nadie pensaba en intervenir para que ese tiroteo terminara, las simpatías estaban del lado de los *squatters*, como se llamaba a los que pretendían poseer por derecho de ocupación.

Además de esos inconvenientes serios, porque todo no era recuperar sus bienes, era muchas veces

necesario defenderlos contra un ataque. El precio de los terrenos subia; en 1847, un pedazo de suelo de 50 varas, 25 piés de frente por $137\frac{1}{2}$ de fondo, valia en la ciudad misma, una onza, 80 francos; en 1849 fácilmente se obtenia por 1,000 francos. En cuanto a los terrenos situados en los arenales no se pagaban todavía sino a $12\frac{1}{2}$ francos la hectárea. Un terreno de la misma estension en la calle Kearney, vendido entonces por 250 francos, vale hoy 500,000.

Faltaban los materiales de construccion, que se suplían por medio de la importacion. De Boston llegaban casas de madera desarmadas y numeradas que se edificaban a toda prisa. Estaban arrendadas antes de estar construidas, con mucha frecuencia aun antes de haber llegado

Se trazaban calles que se cruzaban en ángulo recto, sin preocuparse de las colinas y de las dunas, y se ponía en venta el mar, ofreciendo a los compradores lotes de terrenos en la bahía misma, con frente a la playa; lotes de terreno que debían llenarse demoliendo y nivelando las dunas de arena que rodeaban la ciudad. Algunos de esos wate-lots, como se les llamaba, tenían una profundidad de ocho a diez metros de agua y los buques anclaban encima de los terrenos en que debía edificarse.

Todos los que se pusieron en venta encontraron compradores.

Una fé sincera en el porvenir desvanecía poco a poco las incertidumbres y las vacilaciones de los primeros dias. Los recién desembarcados, faltos de dinero, encontraban inmediatamente en qué ocupar-

se; enganchados a los carretones, demolian las dunas, llenaban la bahía, ensanchando cada día más el espacio estrecho en que se sofocaban los habitantes de San Francisco.

Las transacciones se multiplicaban.

Faltos de casas de negocios y de Bancos, de intermediarios regulares, era menester llegar a crear un equivalente para esas múltiples necesidades.

De la noche a la mañana se fundó el *Auction Room*. Respondió a una necesidad urgente y muy luego prosperó. El *Auction Room*, o sala de ventas al mejor postor, de San Francisco, no tiene sino una vaga semejanza con la idea que esa palabra evoca. Era a la vez casa de Banco y de consignaciones, tienda, monte de piedad y salón de refresco. El *auCTIONNEER*, o martillero, dominaba de ordinario al público desde un tonel. Desde ahí en medio de los *calembours*, de las bromas más o menos picantes, atraía la gente a su oficina, anunciando la venta de los objetos más extravagantes: lotes de terrenos, utensilios de minero, cargamentos por llegar, casas por quitar a los *squatters*, botas y toda clase de ropa, madera y clavos, arroz y puerco salado. Los recibía, repitiendo las ofertas, pronto a aprovecharse de una guiñada de ojo, hablando con locuacidad, excitando a los compradores. Las ventas se hacían desde las diez de la mañana hasta medio día. Se servía entonces a los compradores un lunch gratuito invariablemente compuesto de los productos alimenticios depositados en el almacén: galletas de buque y queso de Holanda, salmon ahumado o arenques. Solo se pagaba el

consumo de licores. Se debían retirar el mismo día las mercaderías compradas.

Fuí testigo en uno de esos *auktion rooms*, de un episodio bastante orijinal. El martillero Th. Cobb, muy conocido en San Francisco, vendía ese día gran número de lotes de terrenos situados en la calle Stockton.

La localidad era era poco atrayente.

La calle Stockton estaba en la parte arenosa, detrás de la ciudad; nadie todavía se había resuelto a construir ahí. Había, sin embargo, mucha jente, porque los precios que se obtuvieran debían servir de base de valuación, y todos entonces ignoraban en qué sentido se extendería la ciudad. Al frente del martillero y bien instalado sobre un fardo de frazadas, se encontraba un minero robusto, cuyo rostro amoratado indicaba que había hecho frecuentes entradas a los *Bar-rooms* (mesones en que se vende licor) de la playa.

El sueño evidentemente se apoderaba de él, pero luchaba contra él con todas las fuerzas que le quedaban, meneando la cabeza.

Los dos primeros lotes se vendieron por una onza, 80 francos.

De repente, sin que nadie supiese por qué, el martillero adjudicó el terreno por cuatro onzas. «¿El nombre de usted?» le dijo, dirijiéndose al minero sonoliento. Este levantó la cabeza.

—¡Tom!

—Tom, qué? Tom, no es un apellido.

—Tom Maguire, respondió el otro confundido con ese apóstrofe.

—Bien.

La venta continuó.

Cobb, con los ojos fijos sobre el minero, le adjudicó sucesivamente cinco o seis lotes, tomando, de buena fé, los movimientos de cabeza del borracho por un aumento en las ofertas.

Terminado el remate y obligado a pagar los lotes de terreno que en él habia adquirido, Tom protestó con enerjia que él nada habia comprado; pero ante las reclamaciones del martillero y las afirmaciones de sus vecinos, se resolvió a pagar.

Sacó de su bolsa de cuero los trescientos o cuatrocientos pesos que se le pedian y partió jurando que no volveria a poner mas los piés en *Frisco*, en donde un trago demas le costaba demasiado caro. Cumplió con su palabra y la misma tarde partió para *Texas Hill*. Ahí, como todos los mineros, tuvo alternativas de buena y de mala fortuna, pero tambien como la mayor parte de los mineros tan aficionados a esa clase de aventuras se internaba mas y mas a medida que los *placers* se agotaban. Cuatro años despues de su desgraciada visita a San Francisco, Maguire, a consecuencia de una caída de a caballo, entraba al hospital de *Mokelumne Hill*. Debido a su robusta constitucion, estaba en convalescencia y se preparaba, sin un centavo en el bolsillo, para volver a las minas, cuando un jóven americano cuyo traje elegante y maneras estudiadas, marcaban aun habitante de San Francisco, vino a decirle que estaba encargado por una de las grandes casas de comercio de esa ciudad, para informarse por cuánto estaria dispuesto a ceder

sus terrenos de la calle de *Stockton*. Maguire no recordaba que era propietario de ellos. Su interlocutor le dijo que despues de haberlo buscado en vano en las minas del Sur, habia por fin encontrado su pista. Concluyó invitándolo a irse con él a San Francisco, ofreciéndole pagarle los gastos de viaje. Tom Maguire partió, tuvo una conferencia con los jefes de la casa, quienes le ofrecieron 10,000 pesos, oro americano, por cada uno de sus lotes. Era efectivamente lo que valian.

Maguire se echó al bolsillo trescientos y tantos mil francos y se fué a los Estados Unidos bendiciendo su estrella y diciendo en voz alta, que bien mirado, no habia nada semejante para un minero honrado cómo, de cuando en cuando, echar su copa.

A principios de 1850, San Francisco contaba ya con un gran número de almacenes construidos de madera. La poblacion total del Estado pasaba de 100,000 almas y esa cifra aumentaba; llegaban diariamente dos buques. Gran número de esos buques llevaban de doscientos a trescientos emigrantes. Por el camino de las llanuras las caravanas se sucedian.

En octubre de 1849, el primer buque a vapor, el *Mac-Kim*, destinado a unir a San Francisco con la rejion de las minas, remontó el Sacramento. De mala construccion y de andar mucho peor, ponia catorce horas para hacer ese viaje de ciento veinte millas y cobraba 150 francos por pasajero, sin comprender en el pasaje la comida y la cama. No dejaba por eso de ser un gran progreso y una gran economia. Hasta

entonces los mineros no habian tenido otra manera de llegar a los *placers* que fletando y remando por sí mismos chalupas o goletas que ponian muchos dias en efectuar la travesía. El éxito del *Mac-Kim* llevó al mismo camino al *Senator*, mas rápido y mejor construido. Los dos buques se alternaban y hubo todos los dias partida regular para las minas.

El mismo año se hizo una tentativa para unir a San Francisco con la mision de los Dolores que producía, aunque en cantidades insuficientes, las frutas y las legumbres necesarias para la provision de la ciudad. Solo existía entonces un camino a través de las arenas, intransitable para los carruajes, apenas accesible para las mulas y jente de a pié. San Francisco, sumido en las neblinas que el viento del Noroeste le lleva al Pacífico por la Puerta de Oro, era ademas por la naturaleza arenosa de su suelo, impropio para todo cultivo. Pero, a algunas millas, un cielo semi-tropical reemplaza al frio brumoso; un sol brillante en un firmamento casi siempre limpio, sucede a un horizonte gris y al viento frio cargado de polvo que reina durante seis meses del año.

Mas allá de la mision de los Dolores, se estienden llanuras ricas y fértiles, protejidas del viento del Norte por la *Cadena de la costa*, por altas colinas cubiertas de bosques de pinos; por esas llanuras bañadas por el sol, se llega a Santa Clara, a San José, tierras de maravillosa fecundidad.

Se resolvió hacer un camino hasta la mision de Dolores; para evitar las dunas de arena se adoptó el trazado de la playa y la construccion sobre esta-

cas de madera en las partes pantanosas; pero, cuando el empresario se preparó para enterrar la primera estaca, de cuarenta piés de largo, la estaca entera desapareció en el fango. Sin desconcertarse, colocó una segunda sobre la primera.

El resultado fué el mismo; a ochenta piés de profundidad no se encontraba la tierra firme. Tuvieron que modificar el trazo y limitarse a formar sobre la arena un camino de madera para los de a pié: era una vereda. El camino costó 150,000 francos por milla.

La mano de obra, aun la mas inesperta, tenia precios exorbitantes. Esto se vió cuando el primer incendio del 4 de mayo de 1859 redujo a cenizas una parte de la ciudad. Tres manzanas enteras, con edificios llenos de mercaderias fueron destruidas en unas cuantas horas. La pérdida pasaba de 15.000,000 y naturalmente nada estaba asegurado. A un hombre empleado en sacar los escombros se le pagaba cien francos diarios. Pero nada disminuia el entusiasmo y, algunos dias despues del desastre, se levantaban nuevos edificios sobre el terreno ennegrecido. Seis semanas despues, el 14 de junio, un nuevo incendio producido por manos criminales, devastaba la parte de la ciudad comprendida entre las calles de California, Kearney y Clay y ocasionaba pérdidas mucho mayores. Sin desalentarse pusieron manos a la obra.

Simple territorio de los Estados Unidos, gobernado desde la distancia por autoridades federales, California no poseia todavia ninguna autonomia, como

San Francisco no tenia organizacion comunal alguna.

Esa situacion no podia prolongarse sin graves inconvenientes. Desde Washington se concedió a la ciudad una carta de incorporacion provisoria que debia ser definitiva en el dia en que California fuera admitida como Estado en la Union. Se elijió una municipalidad y un alcalde. Los Sres. Gwin y J. C. Fremont, nombrados senadores, partieron para Washington, portadores de un proyecto de constitucion que debian someter al Congreso de los Estados Unidos solicitando la admision de California. Esa constitucion no se habia admitido sin lucha. Los primeros emigrantes, orijinarios del Missouri, estado en que existian esclavos, habian insistido vivamente por que en el nuevo Estado se reconociera la esclavitud; pero se encontraron en minoría; por eso es que en el proyecto de constitucion sometido al Congreso, se hacia de California un Estado libre como los Estados del Este.

El antagonismo que existia en el seno del Congreso entre los representantes de los Estados que tenian esclavos y los representantes de los que no los tenian provocó un debate violento. Todos los Estados de la Union estaban representados en el Congreso por dos senadores, cualquiera que fuese su poblacion. El número de los votos estaba casi equilibrado y la admision de un nuevo Estado podia hacer cambiar la mayoria.

Los Estados del Sur, preponderantes por largo tiempo, se sentian amenazados por los partidarios de la abolicion de la esclavitud representados por los

Estados del Norte, cuya influencia y número aumentaban. Por eso el proyecto de lei en que se admitia a California como parte de los Estados Unidos, encontró una fuerte oposicion; los jefes del Sur llegaron hasta amenazar a sus adversarios con romper el pacto federal si en el nuevo Estado se proscribia la esclavitud. Pero la opinion pública tuvo razon en sus resistencias. El 10 de agosto de 1850, treinta y cuatro votos contra dieziocho votaron la admision de California con el título de Estado libre.



Desde el 2 de febrero de 1848, fecha del tratado de Guadalupe-Hidalgo hasta el 10 de agosto de 1850, en veintiseis meses ¡cuánto camino recorrido! El nuevo Estado, desconocido entonces, es célebre ya en el mundo entero; el nombre de San Francisco está en boca de todos, y es sinónimo de fortuna rápida, inaudita. Una ciudad nueva acaba de nacer en condiciones prodijiosas y, dia por dia, hora por hora, se engrandece como nunca ciudad alguna antes que ella se ha engrandecido. Sentada como la antigua Roma sobre esas colinas de arena, vé acudir hácia ella a los aventureros del mundo entero, a los impacientes por la vida libre, todos jóvenes, todos vigorosos; con ellos y tras de ellos flotas enteras salidas de todos los puertos del mundo, afluyen a esa bahía desierta arrojando sobre esa playa árida los productos de toda clase de industria. El mundo entero se conmueve, el *auri sacra fames* la arrastra, camina hácia el Oeste, hácia la Ciudad del Oro.



SEGUNDA PARTE

“LOS PLACERS” Y LAS MINAS.

“Los placers.”—Explotación del oro.—Aventuras de un italiano.—Un lingote de oro de valor de 123,000 francos.—Agotamiento de oro en los “placers”.—Nuevo sistema de explotación.—Sociedades anónimas.—Las huellas del trabajo.—Acción colectiva.—Leyendas doradas.—Una fortuna tras la muerte.—Las minas de cuarzo.—Nueva era.



II

Todavía no se conocían ni se explotaban sino dos categorías de *placers*: los *placers* secos y los *placers* húmedos. En el Norte, el precioso metal se encontraba, sobre todo, en los afluentes del Sacramento, del American River y en el lecho de los torrentes. La tierra, arrastrada por las fuertes lluvias del invierno y disuelta por el agua, dejaba escaparse las partículas de oro que ocultaba; el metal, separado de esa manera, se acumulaba, a causa de su peso específico, en el fondo de estanques naturales en donde los remolinos disminuían por un momento la impetuosidad del torrente. La habilidad del minero consistía en conocer, por medio del exámen de las localidades, la posición de esos estanques; en aprovechar la estación seca para desviar la corriente de agua y recoger el oro que se encontraba en esos huecos, designados con el nombre de *bolsillos*. Mientras más húmedo había sido el invierno más abundante era la cosecha. De alguno de esos bolsillos se han recojido fortunas: el oro estaba aglomerado ahí en polvo fino y en pepitas redondas. Solo había que sacarlo de una capa de arena ferrujinosa, sirviéndose de una pala.

En los *placers* secos, al contrario, el agua faltaba

completamente. El oro se encontraba mezclado con la arena, siendo mucho mas abundante en las quebradas que habian servido en otro tiempo de lecho a las corrientes de agua, ya agotadas.

Se recojia esa arena, en platos, por un movimiento análogo al de los arneadores de trigo y se ajitaba de manera que el viento la dejase limpia de materias estrañas. En el fondo del plato quedaba un polvo negruzco, mezclado con arena ferrujinosa, que en parte se estraia con un iman; el residuo se cubria con azogue que se apoderaba del oro y formaba con él un solo cuerpo. La amalgama, así obtenida, se ponía dentro de un saco de cuero y, por la presión, se estraía el azogue, cuya mayor parte se recojia. Para acabar de separar el oro del azogue, se colocaba el residuo sobre un cuero caliente: el azogue se evaporaba y el oro quedaba solo. Tres libras de amalgama daban por término medio una libra de oro.

Esos procedimientos, esencialmente primitivos, fueron los primeros que se usaron. La mitad del oro se perdía, pero lo esencial era andar ligero. Por defectuoso que fuera ese sistema de explotación, no dejó de dar resultados sorprendentes. En 1848 la producción mensual de oro era de 1.500,000 francos; en 1849 de 7.500,000; en 1850 de 15.000,000, o sea 180.000,000 por año, valor declarado al exportarlo, sin contar con lo que quedaba en el país y de lo que los emigrantes se llevaban consigo. Al principio los *placers* secos se explotaron de preferencia: en primer lugar porque se podía trabajar en ellos en todas las estaciones de una manera continua, y en segundo,

porque el oro no solo se encontraba en ellos en polvo, sino tambien en pepitas, algunas de un volúmen considerable, y porque muchas veces un barretazo feliz enriquecia al trabajador.

En 1853, viajando de Sacramento a San Francisco, la casualidad hizo que me encontrara con un minero italiano que llamo mi atencion. Sus maneras estrañas, sus facciones profundamente alteradas, sus jestos nerviosos, denotaban que estaba poseido de una viva emocion. Era vecino mío de mesa. Durante la comida cambiamos algunas palabras, de cajon en esos casos. Concluida ella le ofrecí un cigarro que él aceptó; para corresponderme, insistia en hacer destapar una botella de Champagne, ese *nec plus-ultra* de los mineros. Rehusé y le supliqué que se contentara con una taza de té, temiendo la influencia que el Champagne pudiera tener sobre sus nervios excitados. El lo comprendió.—«No estoi enfermo, me dijo, pero he tenido en estos dias una impresion tan grande, que he creido volverme loco.» Despues me refirió su historia.

Desde hacia cuatro años estaba en las minas, en los *placers* secos, perseguido por una fatalidad que parecia seguirlo. Todo lo que emprendia le salia mal; apenas encontraba con qué vivir en las localidades mas ricas; sus vecinos de trabajo encontraban oro en abundancia, él no encontraba nada o casi nada. Bastaba que se asociara con un minero, feliz hasta entónces, para que tuviera mala suerte. Sin embargo, era sóbrio y trabajador, el primero en el trabajo.

Desesperado con sus malos resultados, escribió a

uno de sus amigos en San Francisco, suplicándole que le buscara un enganche como marinero a bordo de algun buque con destino a Jénova o a Marsella. Su amigo lo consiguió y le dió aviso de que podia dirigirse a San Francisco, en una fecha dada. Le faltaba dinero; pero sus compañeros hicieron en las minas una suscripcion para adelantarle la suma necesaria.

Esperando el dia fijado para su partida, continuaba trabajando desalentado, no encontrando casi nada. La noche anterior se alejó del campamento para remover el suelo tratando de sacar algunos pesos. Como a medio dia, fatigado por la marcha y el calor, tomó un poco de reposo y se volvió a poner en camino para volver al campamento. Caminando, cavaba aquí y allá, con su pico sin resultado, cuando de repente salió a la superficie una pepita de una onza, mas o ménos. Se puso a profundizar su escavacion en la arena y a tres o cuatro piés de profundidad su instrumento chocó con una gran piedra. Sabia, por esperiencia, que las pepitas se encuentran rara vez en un terreno pedregoso y estuvo a punto de renunciar a seguir adelante, cuando su primer encuentro lo alentó a perseverar. Con dificultades quitaba la arena que rodeaba a esa piedra, cuando su pico, dando en falso, vino a romper la superficie de la tierra y a mostrarle lo que los mineros llaman *la pinta*. Era una enorme pepita de oro. Se inclinó tratando de llevarla a la superficie; pero, sus manos temblaban, sus piernas flaqueaban. «Estaba, dice, todo mojado por un sudor frio; mis músculos estaban lacios como trapos viejos.»

Tuvo que detenerse para tomar fuerza y aliento. Logró, por fin, levantar su pepita, pero en el estado en que se encontraba y con los medios de que disponia, le era imposible trasportarla al campamento. «Mis sentidos se estraviaban, agregó, estaba como loco. Tenia la idea fija de que alguien me observaba, de que alguien me iba a atacar y que no estaba en estado de sostener una lucha. Acostado sobre mi pepita, miraba la llanura y los bosquecillos de árboles, sospechando que algun enemigo podia estar detras de ellos y temblando al menor ruido.

De repente una sola idea me asaltó. Esconder mi tesoro y volver a la mañana siguiente a buscarlo.

Mirando siempre a derecha e izquierda, volví a arrojar la pepita a la escavacion que habia hecho, la volví a cubrir con arena, borrando cuidadosamente toda huella que pudiera traicionarme y emprendí la vuelta al campamento. Puse dos horas en hacer el camino, con el cerebro trastornado, con el cuerpo descompuesto, caminando sin pensar. Llegado al campamento preparé maquinalmente mi comida y, llegada la noche, fui a reunirme con tres de mis compatriotas, compañeros míos, personas de mi confianza, y les comuniqué mi descubrimiento. Les propuse que me ayudáran a la mañana siguiente y que me acompañaran hasta Sacramento con mi tesoro.

El camino era poco seguro para un hombre solo y si se me creia dueño de un lingote tan valioso, estaba seguro de ser despojado de él y asesinado en el camino. Hicimos un arreglo; ellos tenian una mula; se cargaria el lingote sobre ella, cubriéndolo con

nuestras frazadas y útiles, de manera que se nos tomara por mineros en viaje y se prepararon las armas para la mañana siguiente.

Vuelto a casa dormí un sueño de plomo. Estaba sumamente fatigado. Desperté ántes del amanecer. ¡Por fin mis miserias iban a concluir; e iba a abandonar a ese pais maldito en el cual tanto habia sufrido, iba a volver a Italia, a volver a ver a mi querida Spezzia, en donde habia nacido y en donde me esperaba Antonia! ¡Iba a llevarle una fortuna, a comprar un terreno para cultivarlo y a vivir feliz! De repente un pensamiento terrible atravezó por mi cerebro. Ayer estaba loco; habia perdido por completo la cabeza. ¿Cómo volver a encontrar el sitio donde estaba la pepita? No solo no habia dejado ningun indicio que pudiera guiarme, sino que habia borrado todo lo que podia traicionar mi secreto. ¿Qué hacer? El dia empezaba a clarear. Mis compañeros llegaron. Agobiado, estaba tendido sobre mi frazada como una masa inerte.

—Arriba, perezoso, y en camino, me gritaron alegremente. Y yo, permanecia clavado allí. No comprendian lo que me pasaba; y yo creia que me explicaba bastante claro. Me miraban sorprendidos cambiando entre sí miradas significativas.

Nó! no estoi loco! He visto, he tocado, estoi seguro, pero ya no sé en donde está... y la emocion me ahogaba.—Todo eso no hace avanzar nada, me dijo bruscamente Stéfano. Bebe una taza de café y adelante! buscarémos, y si no lo encontramos, será porque el diablo está de por medio. Su confianza

aparente me hizo bien. Partimos.—Mira, me dijo, no te devanes los sesos, trata de estar tranquilo y recordar porque direccion fuiste ayer.—Por aquí, respondí sin vacilacion y avanzamos. El aire libre me hizo bien. Me detuve.—No debemos estar léjos. Miro por todas partes. Por ahí es, pero, ¿en qué parte? Quiero recordarlo y no puedo. Mi única idea el dia anterior era que me observaban, que un enemigo me espiaba. Voi de derecha a izquierda tratando de orientarme. Nada, nada. Me dejo caer al pié de un árbol; maquinalmente cierro los ojos. De repente me parece ver dibujarse sobre mi retina un rincon de paisaje claro y neto: a mi izquierda un bosquecillo de árboles; a mi derecha una muralla de arena; delante de mí dos árboles, a uno de los cuales el viento le habia tronchado la copa; a lo léjos, entre los dos, una colina. Abro los ojos, doi algunos pasos; hé aquí la duna, hé ahí la colina, a mi izquierda, el bosquecillo de árboles. Me adelanto, arrastrándome por el suelo, en la misma posicion en que estaba el dia ántes cuando, acostado sobre mi lingote, interrogaba al horizonte con ojo inquieto. Sin que yo lo supiera, la imájen se habia fijado allí; la volví a encontrar y sin titubear digo:—busquemos aquí. Bastan algunos barretazos. Pocos instantes despues el lingote estaba sólidamente amarrado sobre nuestra mula y partíamos, no sin que hubiésemos hecho algunos cortes a los árboles para que mis compañeros pudieran volver a encontrar el sitio. Ojalá ellos tengan tambien buen éxito! Mi lingote está aquí en la cámara del capitan y si la pólvora no hace volar al buque esta

noche, mañana lo cambio por buenas letras sobre Londres.»

Efectivamente, a la mañana siguiente lo vendia a la casa de Walls, Fargo y C.^a por 123,000 francos. El lingote quedó durante un mes espuesto en un almacén al lado de otro que valia 135,000, encontrado por cuatro franceses. Mas sabio que nuestros compatriotas, que gastaron en algunos dias en San Francisco, el producto de su hallazgo, mi italiano se llevó consigo su dinero.

Desde hace largo tiempo los *placers* ricos están abandonados. Fueron los primeros en agotarse porque el agua apenas llevaba ya oro. Cuando los mineros los dejaron, los chinos los invadieron y encontraron todavia algo que recojer en ese terreno desdeñado. Despues de ellos seria difícil rebuscar.

Los *placers* del norte dieron igualmente al principio algunos ejemplos de fortunas repentinas. Durante largo tiempo se ocuparon en buscar bolsillos y en lavar arenas en las riberas de las corrientes de agua.



Despues esperaban que la estacion de las grandes lluvias llevase de las montañas tierras auríferas. San Francisco, estaba entónces lleno de mineros quienes gastaban en algunas semanas el producto de muchos meses de trabajo y volvian a partir para las minas al principio de la estacion seca. Así sucedió hasta que acudieron a procedimientos ménos lentos y ménos inciertos que los de la naturaleza. Notaron que no todas las tierras auríferas se encontraban en las proximidades de los rios y de los torrentes; reconocieron por el relieve del terreno que ciertas corrientes de

agua se habian desviado, que otras estaban agotadas, que las gargantas y las quebradas, designadas con el nombre jenerico de cañadas, habian servido en otro tiempo de lechos de rios y que el oro abundaba en ese terreno de aluvion.

Para explotarlo, era menester llevar allí el agua necesaria para el lavado de las tierras. Se empezó por hacer un desagüe desde una corriente de agua, dándole declive suficiente. Las maderas abundaban. Se sirvieron de ellas para hacer canales y llevar el agua a grandes estanques, en que la depositaban. Así obtenian una presion considerable. Ayudados por gruesos tubos, parecidos a los de nuestras bombas de incendio, atacaban por medio de la fuerza hidráulica la base de la colina que se queria explotar. El agua, violentamente arrojada, arrastraba consigo la tierra, la arena y las piedras que, sujetas por los troncos de árboles, rodaban ruidosamente sobre anchos tejidos de alambre con doble fondo de madera.

La tierra y las piedras eran barridas por el agua; el oro mas pesado caia al fondo mezclado con arena ferrujinosa. Entónces, para separar el oro de toda aleacion, se procedia como lo hemos descrito mas arriba.



Aplicado, al principio, en pequeña escala, en localidades escepcionalmente ricas y favorablemente situadas, ese sistema no tardó en estenderse y dió nacimiento a las primeras sociedades por acciones que se crearon en San Francisco. Esas sociedades no explotaban minas por su propia cuenta; se limitaban



a vender a los mineros la cantidad de agua de que tenían necesidad. Esa venta se efectuaba por pulgadas, es decir, que la compañía alimentaba regularmente a una presión determinada un tubo que media una o varias pulgadas de diámetro. La fuerza de proyección era tal, que un hombre alcanzado por ella era hombre muerto y echaba abajo una colina en ménos tiempo del que habían necesitado para hacerlo cien obreros, trabajando un día y una noche. En las grandes explotaciones se servían de tubos de fierro que arrojaban de 300 a 800 pulgadas por un orificio de 4 a 8 pulgadas de diámetro. Un chorro semejante, bajo la presión de una columna de agua de muchos centenares de pié hacia volar, hecha pedazos, las rocas y destruía las montañas por su base.

Muchas veces derrumbes repentinos sepultaban a los obreros. No perdían tiempo en quitar los escombros: disminuían la presión de agua y se servían del chorro para sacarlos muertos o vivos.

Con medios de acción tan poderosos se obtenían resultados considerables. Hé aquí lo que daba por semana una mina de rendimiento medio, trabajada por diez obreros y que consumía 200 pulgadas de agua: el pago por semana era de 1,500 francos, la pérdida de azogue y el uso de los útiles, 500 francos o sea 2,000 francos por semana. El resultado medio era de 15,000 francos, lo que dejaba 13,000 francos para repartir entre los empresarios. En ciertos puntos se llegaba a resultados muy superiores. Sería imposible formarse una idea, sin haberlo visto, de los asombrosos cambios de terreno en los *placers* de Califor-



nia. En espacios inmensos las colinas se han nivelado; la tierra vegetal ha sido barrida hácia los valles, las quebradas están llenas; solo se ven piedras que han rodado, pedazos de rocas quebradas; parece que una jeneracion de titanes hubiera pasado por allí dejando tras de sí la desolacion y la muerte.

Toda huella de vejetacion ha desaparecido. De tarde en tarde, en ese suelo desnudo y agotado, se encuentran raros campamentos de chinos que buscan en esas ruinas algunas partículas de oro.

A medida que la esplotacion de las minas se regularizaba, que la accion colectiva se sustitua al esfuerzo individual y el cálculo a la casualidad, gran número de mineros aventureros penetraban mas y mas al interior.

Un trabajo regular, aun remunerado con un precio elevado, pero que no estaba espuesto a ninguna certidumbre, les repugnaba. Lo que querian eran las emociones del juego, las probabilidades de formar fortuna súbita: preferian la miseria y la privacion con la alternativa de hacer hallazgos ricos. Sus inclinaciones vagabundas los inclinaban a tener siempre ilusiones; casualidades felices sostenian su valor y mantenian sus esperanzas. Unos a otros se referian relaciones fabulosas, leyendas doradas tomadas de los indios.

Mas allá, en esos picos altivos de la Sierra Madre, existian rocas de oro macizo. De ahí, de esas cimas inaccesibles, cubiertas de nieves eternas, las lluvias, las tempestades, los temblores habian desprendido y arrastrado por las llanuras y por las quebradas

esas partículas del precioso metal. Ese oro que ellos recojían en pepitas y en polvo no nacía espontáneamente del suelo. Remontando su curso debían llegar a su oríjen y, a pesar de los obstáculos, seguían siempre adelante, contando con su perseverancia y con el acaso. El acaso les sirvió.

Uno de ellos tenía esperanzas de hacer fortuna en el condado de Mariposas.

El día había sido fructuoso. Al dar vuelta una quebrada se encontró bruscamente con uno de los bandidos que infestaban las minas. Intimidado a que le entregara lo que sobre él llevaba, contestó con un tiro de carabina y mató a su adversario. Su bala, al rebotar, chocó con una pared de rocas y dejó en ellas una huella brillante que atrajo su atención. Abandonando a su enemigo muerto, examinó desde mas cerca.

Ese punto brillante era oro y la roca que su bala había tocado era de cuarzo. El rumor de su descubrimiento se esparció, pero bien podía suceder que hubiera sido una simple casualidad. Dos hechos mas, debidos también al acaso, quitaron todas las dudas.

En el condado de Tuolomné, los mineros no podían procurarse carne sino por medio de la caza. Era necesario que se pusieran todos los días en campaña para tener víveres frescos. Uno de esos cazadores, empeñado en perseguir a un oso gris, logró darle muerte en la orilla de una barranca cortada a pico. Al caer, el animal quedó sujeto en una roca saliente. El hombre consiguió deslizarse hasta dónde estaba y se preparó para carnearlo. Un golpe de su hacha

hizo volar un pedazo de la roca y le reveló la presencia del oro en una veta de cuarzo.



Finalmente, en Nevada, dos mineros se preparaban para dejar las minas y volver a San Francisco. La víspera de su partida, paseándose por la cima de una colina, se entretenían en hacer rodar piedras por la quebrada. Una de esas piedras, en su tortuoso trayecto, fué a estrellarse contra una roca plomiza y desprendió un fragmento de ella, que reveló al ojo ejercitado de los mineros un filon de oro que formaba veta en la parte quebrada. Aplazaron su proyecto de partida, perforaron la roca y la hicieron saltar con pólvora. La veta en descubierto se prolongaba y desprendieron de ella fragmentos de oro puro. Las minas de cuarzo estaban descubiertas y nueva era iba a abrirse para California.



TERCERA PARTE

LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO.

Progreso de San Francisco.—Artículos alimenticios.—Respeto al bello sexo.
—Comité de Vigilancia.— Sistema monetario. — Espiritu y tendencias. —
Espiritu y tendencias peculiares de los franceses.—Colonos de esta última
nacionalidad.—M. de Pindray.—Tentativa de conquista a Sonora.—Fracaso
de la expedicion Pindray.—Raousset Boulbon.—“La Restauradora”.—Fracaso
de la expedicion.—Ultimos momentos de su jefe.—Comercio frances de
San Francisco.—Fluctuaciones del comercio en jeneral.—Don Enrique
Meiggs.—Los “city warrants”—Ferrocarril de Valparaiso a Santiago.—San
Francisco a 22 dias de distancia de Nueva York.—Ferrocarril a través del
Istmo de Panamá.—Elementos nuevos en San Francisco.—Asesinato de
William King.—Reorganizacion del Comité de Vigilancia.—El órden en San
Francisco.



III

San Francisco progresaba rápidamente. Todos los días correspondían a una nueva afluencia de emigrantes, hacia las minas de oro. Ya no vivían en campamento, ahora se establecían, edificaban: las tiendas desaparecían reemplazadas por casas de madera que esperaban las tiendas de ladrillos y los palacios de piedra. Por todas partes se levantaban hoteles, restaurants. Los nuevos incendios destruyen edificios por valor de sesenta millones de francos. Se vuelven a poner a la obra y los cuarteles destruidos renacen de sus cenizas, mas sólidos y mas hermosos. Se principia por hacer venir ladrillos de Lóndres y de Sidney, granito de la China, fierro de los Estados Unidos. La vida es mucho ménos cara; gran número de cazadores abastecen a la ciudad de caza; los rancheros del Sur la surten de ganado. Las legumbres son todavia escasas. Las frutas faltan, pero en todas partes, por los alrededores, se forman hortalizas y huertos de árboles frutales.

En los buenos restaurants, como Delmónico, Sutter, Irving, Lafayette, Franklin, se puede obtener una comida por cuarenta francos. En algunos establecimientos populares el obrero paga por la suya de diez a quince francos. Un pato asado cuesta

veinticinco francos; la carne de vaca dos francos y medio la libra. Los huevos son todavia caros, cinco francos por cada uno; las papas un franco veinticinco céntimos cada una. Por elevados que parezcan estos precios, son mui inferiores a los que se pagaban en 1848-49 en que una comida, compuesta de galletas de buque, de puerco salado que nadaba en un plato de frejoles, rociado con agua destilada, valia una onza (ochenta francos).

El aspecto exterior de la poblacion se modificaba. A medida que se disipaban las dudas sobre el porvenir, los residente de San Francisco hacian venir de los Estados Unidos a sus mujeres y a sus hijos. Ese elemento nuevo introducido dentro de la ciudad que se estendia, ejercia ya su saludable influencia. Hasta 1850, casi no se veian mujeres, salvo algunas cortesanas mejicanas o chilenas pagadas por las casas de juego. Cuando a fines de 1849, tuvo lugar en San Francisco el primer concierto de música instrumental, los mejores asientos se reservaron para las señoras que eran admitidas sin retribucion. Se encontraron cuatro en ese concierto. A fines de 1850 no sucedia lo mismo. Los principales comerciantes se establecen sin el ánimo de volver. Sus mujeres, sus hijos, sus hermanas vienen a juntarse con ellos y son recibidas con ovaciones al desembarcar, lo que esplica el respeto de los americanos por las mujeres honradas y la escasez de ellas hasta entónces.

En 1851, cuando cualquiera de ellas, sencillamente vestida, se presentaba en las calles de la ciudad,

todos se descubrian respetuosamente a su paso. Cuando en Montgomery Street, la calle de mas tráfico de San Francisco, en medio de la batahola de los idiomas mas diversos, de las conversaciones mas animadas, de la multitud mas heterojénea, se oía de repente resonar estas palabras: *Gentlemen, a lady*, "Caballeros, una señora" todos se descubrian, todos hacian silencio.

La única acera, llena hacia un momento por esas personas que se codeaban toscamente, se vaciaba como por encanto para dejar el paso libre a esa mujer que avanzaba y que recordaba a esos hombres, de toda clase y de todo orijen: a la madre, a la esposa, a la hermana o a la novia que habian dejado léjos. ¡Pobre del que hubiera conservado su sombrero en la cabeza, o que por medio de un jesto, o por una mirada indiscreta, incomodara a la que pasaba, confusa y conmovida con el homenaje que se le rendia! El imprudente, caro hubiera pagado su inadvertencia. Pero, nadie tenia idea de eso; ni el demente mas completo, ni el minero mas grosero hubiera dejado de sufrir la influencia de la respetuosa emocion de todos.

Sin la mujer, San Francisco era solo un campo de aventureros, tal como debe haber sido la antigua Roma, bajo Rómulo y Remo, cuando, lugar de refugio de los pastores del Lacio, abrigó en sus pobres moradas una poblacion de hombres jóvenes, atrevidos, vigorosos, pero tambien sin mujeres y sin niños. La presencia de los seres mas débiles viene a modificar todas las condiciones de la vida. El hogar se

crea, la iglesia se levanta, la escuela se construye. San Francisco se trasforma, se tiende una línea para las calles, los trajes estravagantes de los primeros años desaparecen. A la brutalidad sigue una urbanidad relativa, un hablar ménos grosero, maneras mas civilizadas. Hai prisa por salir de la barbarie; están fatigados de vivir con el revólver al lado, sin policia y sin lei. Se quiere órden y limpieza en las calles, seguridad, derecho de trabajar sin tener que arriesgar constantemente la vida para proteger el fruto de sus trabajos, sin sentir pesar constantemente sobre sí las amenazas de incendio y de pillaje. Contra el incendio se organiza un cuerpo de bomberos voluntarios, todos se enrolan en él; contra el pillaje y los bandidos la policia es impotente o cómplice; se la reemplaza por el comité de vijilancia.

Se organizó el 22 de febrero de 1851, a medio dia. Su jefe publica sus nombres y aceptan todas sus responsabilidades, y esos nombres son los de los hombres mas en voga en San Francisco: W. F. Coleman, D. D. Shattuck y Hall Mac Allister.

Tres mil ciudadanos responden a su llamamiento y se comprometen a prestarles mano fuerte. John Jenkins es sorprendido el 10 de junio en delito *infraganti* de robo. El comité lo hace comparecer ante sí, el juez lo condena y el mismo dia lo hace colgar. En vano las autoridades locales protestan contra esa usurpacion de sus funciones y lanzan una órden para llevar ante el juez a esos majistrados improvisados; los que los apoyan contestan por

un manifiesto, firmado por todos ellos, declarándose solidarios de sus jefes y ratificando la parte tomada por ellos en la ejecucion de Jenkins. Quince dias despues, el comité hace arrestar a James Stuart, ladron y asesino de profesion, que confiesa cínicamente los asesinatos que ha cometido. Lo cuelgan en el fin del malecon de Market Street. Whittaker y Mac Kenzie, detenidos por las autoridades regulares están presos. El comité de vijilancia pide que los juzguen inmediatamente. Los jefes del comité, al rechazo del derecho que tenian para hacer esta peticion, hacen tocar la campana de alarma, rompen las puertas de la prision y llevan ante ellos a los prisioneros. Reconocidos culpables, son colgados inmediatamente. Esas medidas sumarias asustaban a los demás; se apresuran a abandonar a San Francisco en donde el comité se declara permanente.

A medida que se multiplicaban las transacciones, se acentuaba la necesidad de una moneda de cambio.



No se podia indefinidamente pesar el polvo de oro o las pepitas. Indistinta y arbitrariamente se admitian las piezas de oro de 20 francos, las de 5 *dollars* de los Estados Unidos, las libras esterlinas y las piezas octóganos de fabricacion local y que valian 250 francos. Como monedas de plata se usaban los pesos mejicanos, chilenos y peruanos y las monedas de 5 francos. Para las compras almenuedo, nada mejor se habia encontrado que cortar en cuatro pedazos esos pesos, cuyos fragmentos informes, bautizados con el nombre de *metrallas*,

circulaban por un franco veinticinco. Según su conveniencia cada uno despedazaba sus pesos con un hacha cuando quería tener sencillo. California era un Estado productor de oro; parecía natural que ahí se estableciera una Casa de Moneda. Algo costó conseguirlo del Congreso. El descubrimiento de las minas de plata de Nevada, era suficiente para alimentar esa casa.

La exportación de oro en 1851 pasó de 170.000,000 de francos. Solo por mar, San Francisco recibió 27,000 emigrantes. Fué en 1851 cuando la inmigración francesa llegó a su apojeo. Compuesta de elementos heteroéneos, debía representar un papel importante en la historia de California.

Está de moda asegurar a pesar de las enseñanzas de la historia y de las tradiciones del pasado, que el genio francés no es en manera alguna un genio colonizador; que nuestras costumbres, nuestros hábitos, nuestra educación hacen de nosotros un pueblo esencialmente sedentario, poco inclinado por sus gustos a los viajes lejanos y mucho ménos a la emigración.

Sería imposible negar que los grandes cambios introducidos desde 1789 en nuestras leyes y en nuestra organización social, hayan dejado de modificar profundamente el espíritu aventurero de nuestra raza. La división de las tierras ha creado una infinidad de pequeños propietarios; la supresión del derecho de primogenitura y la restricción del derecho de testar, han suprimido al mismo tiempo a esos mayorazgos que, en los siglos XVII y XVIII





poblaban el Canadá, la India francesa, Borbon, la Martinica y la Luisiana, manteniendo en alto el nombre y las tradiciones de nuestra patria.

La difusión de la riqueza, y por lo tanto del bienestar, ha creado necesidades nuevas, gustos de comodidad incompatibles con la vida ruda del colono. Nuestras revoluciones sucesivas, las duras pruebas que hemos atravesado, nos han puesto escépticos y desconfiados, pero inclinados a los proyectos de resultados lejanos, mas preocupados de obtener una existencia modesta, pero mas segura en apariencia, que deseosa de conquistar en el exterior una fortuna incierta por medio de esfuerzos que nos asustan.

Nuestra ignorancia de las lenguas extranjeras hiere nuestra vanidad y se nos presenta como obstáculo insuperable.

Despues nos hemos puesto tímidos. La idea de tomar en nuestras manos la responsabilidad de nuestro propio destino, nos paraliza. Los lazos de familia, tan poderosos para nosotros, hacen que fuera de los sentimientos de afección natural, nuestros jóvenes se acostumbren tanto a contar con el concurso y el apoyo de sus padres que no comprenden que sin ellos se pueda vivir y luchar. En nuestras familias, desgraciadamente cada dia mas reducidas, la partida de un hijo o de un hermano deja un vacío imposible de llenar; finalmente, sobre todo en la clase media, es preciso contar con esas preocupaciones que hacen creer que todo emigrante es un inepto o un arruinado, a lo ménos un loco en cuyo éxito nadie cree.



El campesino esencialmente sedentario por naturaleza, inclinado sobre el suelo que lo hace vivir, leyendo poco y profundamente ignorante de los países extranjeros, no emigra desde que es dueño de su terreno. La población urbana, más accesible a las influencias exteriores, con mejores datos sobre lo que pasa, se atreve a ir a buscar fortuna más lejos. A cada una de nuestras crisis políticas corresponde una emigración proporcionada a la intensidad del malestar. Esos grandes acontecimientos pasan entre la población rural, frecuentemente sin que les tomen el peso, manifestándose algunas veces con aumentos en los impuestos, aumentos que no cambian sus condiciones de existencia.

No sucede lo mismo con la clase obrera. Una crisis política los deja sin trabajo: la fábrica o el taller se cierra, el pan falta. Si a esa crisis política y a las consecuencias que arrastra consigo, vienen a agregarse los relatos de fortuna inesperada, realizada en algunos días en una comarca nueva; si al día siguiente de una revolución que en Francia derriba un trono y amenaza a la Europa con una conflagración general, la tierra del oro aparece con su irresistible miraje, la doble y violenta sacudida rompe los diques, el espíritu aventurero se despierta: todos quieren partir y parten.

Bien se vió esto en 1848 y 1849. Las noticias de los *placers* alternaban en los diarios con las de la guerra de Hungría, de las expediciones de Kossuth y de la miseria en París. En el Havre, en Burdeos, en Marsella, se armaban buques, se fundaban compañías, se contrataban trabajadores.

La clase media, duramente experimentada daba el ejemplo; el gobierno organizaba la lotería de las barras de oro para suministrar medios de emigrar a los *mobiles*, vencedores en la insurrección de junio, auxiliares que podían comprometer y cuyo ardor era temible.

Gran número de personas que tenían oficio, los siguieron, y una emigración francesa, en la que estaban representadas todas las clases de la sociedad, afluyó a San Francisco. Revueltos, confusos al principio, esos elementos heterojéneos no debían tardar en coordinarse por sí mismos, en seguir su pendiente y su camino.

Esos nuevos colonos iban a agruparse según sus afecciones, a crear casas de comercio o a explorar las minas; a introducir en esa civilización naciente, nuestras ideas y nuestros gustos, o, cerebros trastornados por la política, impregnados todavía con nuestras luchas civiles, a buscar y a encontrar jefes como M. de Pindray o M. de Raousset-Boulbon, y a morir tratando de conquistar a Sonora y dar a la Francia un reino en el Pacífico.

Al principio las minas atrajeron gran número de ellos; pero el instinto esencialmente sociable de nuestra raza retuvo a muchos en San Francisco. Ingeniosos para salir de apuros, recurrieron a una multitud de pequeñas industrias. Se hicieron cazadores, obreros, cargadores de leña, cocheros, peluqueros, sirvientes de restaurants. Uno de ellos tuvo una idea ingeniosa: se estableció de limpia botas y las lustraba por 5 francos el par. Empleó sus primeras econo-

mias en hacerse fabricar un cuchillo sin filo, con una ancha hoja de oro, con la cual raspaba el barro del calzado y que hacia brillar con complacencia delante de sus clientes. No necesitó mas para tener gran clientela.

En algunos meses obtuvo crecidas ganancias; compró un lote de terreno, lo revendió mas caro y volvió a Francia con una fortuna honradamente ganada. Muchos otros, y entre ellos se encontraba el marqués de la P..., se establecieron como jardineros en la mision de los Dolores. Un vizconde de T..., convertido en cuidador de niños, paseaba por las calles un cochecito de guagua.

Una de las personalidades francesas mas en boga en esa época era el marqués de Pindray. Descendiente de una antigua familia de Poitou, M. de Pindray llegó por tierra, de Méjico a San Francisco.

Resuelto como pocos y de bravura incontestable, estaba dotado de una prodijiosa fuerza muscular. Con sus manos delicadas en apariencia, doblaba un peso mejicano y levantaba sin esfuerzo pesos considerables. Excelente tirador, la caza le sirvió para ganarse los medios de subsistencia y abastecer a San Francisco con carne de oso. Este animal abundaba entonces en los bosques del Coast-Range; se hacia gran consumo de esa carne por su precio, pues valia la mitad de lo que valia la carne de vaca. Tambien fué a las minas, pero sin gran éxito.

Cansado de luchar contra la miseria y deseoso de conquistar la fortuna con un golpe atrevido, lo cual le importaba mucho menos que el brillo y el renom-

bre, M. de Pindray pensó en apoderarse de las minas de Sonora, provincia mejicana, al Sur de California.

La guerra de 1846-1847, que habia terminado con la derrota de Méjico, el tratado de Guadalupe-Hidalgo y la cesion de la Alta y de la Baja California a los Estados Unidos, habia dejado a Méjico escaso de hombres y de dinero, agobiado por sus desastres e impotente para hacer respetar la autoridad central.



En Sonora la administracion estaba desorganizada; en el Norte de esta provincia, los Apaches, indios belicosos, acampaban en las riberas del rio Colorado, ocupaban el litoral del Golfo de California, considerado rico en minas de oro. Mas al Sur los indios Yaquis, empleados en otro tiempo en explotar las minas arjentíferas de Serbiata y de Prieta, se habian sublevado a consecuencia de los malos tratamientos que habian sufrido y se oponian a la continuacion de los trabajos. Las autoridades mejicanas ocupaban el puerto de Guaymas y la ciudad de Hermosilla, a dos jornadas de marcha hácia el interior; pero esas autoridades eran impotentes para restablecer el órden y asegurar la libertad de las comunicaciones.

Entre los mineros de California circulaban leyendas fabulosas sobre la riqueza de los *placers* de Sonora. Mucho antes del descubrimiento de los yacimientos de Sacramento, los de la Sierra Prieta eran conocidos por los indios, que cambiaban su polvo de oro por jénero de algodón y abalorios. M. de Pindray concibió la idea de reunir en San Francisco hombres de buena voluntad para ir a reconquistar entre los Apaches los terrenos auríferos que ellos ocupaban.

Dejaba que el porvenir o la casualidad decidiera si negociaba con Méjico o entraba en lucha con este país para obtener la propiedad de las minas. Gracias a su reputacion de valiente y de audaz consiguió fácilmente reunir 80 hombres bien armados.

Salido de San Francisco el 22 de noviembre de 1851, a bordo de una goleta, el *Cumberland*, puesta a su disposicion por armadores tan aventureros como él, desembarcó en Guaymas el 26 de diciembre. Con la convivencia tácita de las autoridades mejicanas, consiguió aumentar su pequeño ejército con un regular número de reclutas y se puso en marcha para las minas de Arizona.

Mediocrementemente provisionados de víveres, sus hombres tuvieron mucho que sufrir en ese viaje a traves de un desierto sin habitantes y sin cultivo, y cuando llegaron a la rejion ocupada por los Apaches estaban con las fuerzas casi agotadas y sin ilusiones sobre el resultado de su empresa. Todas sus filas estaban descontentas y M. de Pindray se vió obligado a detenerse. Se estableció en un rancho en Coscopera y trató de levantar la moral de sus compañeros; pero sus maneras autoritarias, unidas a la falta de éxito de sus esfuerzos, le habian quitado todas las simpatías y, en un acceso de desesperacion, se suicidó. Se dijo que habia sido asesinado por uno de los suyos. Despues de su muerte algunos de sus secuaces lograron llegar a Guaymas y volver a San Francisco; otros sucumbieron en el camino por las privaciones y por los ataques de los Apaches. Pequeñísimo número de ellos se quedó en Coscopera llevando una





existencia miserable. La expedición de Raousset-Boulbon, recojió mas tarde algunos de esos infelices.

El triste fin de M. de Pindray no era para desalentar a Raousset-Boulbon. Nacido en Avignon en 1817, antiguo ayudante del duque D'Anmale, habiendo tomado parte bajo las órdenes del mariscal Bugeaud en la campaña de Calibia, el conde de Raousset-Boulbon, se habia hecho notar desde su infancia por su espíritu aventurero y turbulento, despues por su bravura, su carácter caballeresco y su audacia. Jóven todavia, derrochó su fortuna y echó a todos los vientos su fortuna, y su vida a todos los caprichos. En 1850 estaba completamente arruinado.

California abria a su ambicion un campo nuevo. Con mas fortaleza que otro cualquiera, se dejó atraer por esa tierra lejana, por el encanto de esa vida aventurera y libre. Rompiendo con los lazos del pasado, con sus hábitos y con sus gustos, tomó pasaje de tercera clase a bordo de un buque ingles y desembarcó en San Francisco el 22 de agosto de 1850, sin dinero y sin recursos de ninguna especie. Como M. de Pindray, se hizo cazador, negociante en ganados, minero, pescador, ensayando todos los oficios y no fijándose en ninguno; rico y pródigo un dia, pobre y económico al dia siguiente, luchando valerosamente contra la fortuna adversa y oponiendo a sus golpes una resistencia indomable.

Tenia entonces treinta y tres años. Mas bien alto de estatura, de facciones distinguidas, delgado, parecia ser un gran personaje bajo el vestido de un minero. Un poco teatral en su manera de vestirse, llevaba



de ordinario una camisa de lana roja, altas botas de montar y sombrero mejicano. Naturaleza exuberante y meridional, hablaba con una pasion comunicativa y atrayente, y ejercia sobre los que se le acercaban una influencia singular. Tenian por él estimacion por su valor y su lealtad; sus maneras altivas imponian a los mineros, quienes lo adoraban y aceptaban sin discutir su doble superioridad de raza y de intelijencia.

Despues de la muerte de M. de Pindray se apoderó de sus proyectos y de sus planes. En esa época, referia riéndose, que siendo él niño, una adivina le habia predicho en Avignon que haria grandes cosas, pero que tendria un fin trájico: «Lejos... mas allá de los mares». El mismo habia tenido con frecuencia la idea de que moriria repentinamente.

Al tomar por su cuenta la tentativa infructuosa de su compatriota y amigo, Raousset-Boulbon, queria preparar el camino y poner de su lado todas las probabilidades. Resolvió ponerse al habla con el gabinete mejicano y proponerle que organizára en San Francisco una espedicion francesa cuyo mando tomara él, para que de acuerdo con las autoridades mejicanas redujera a los Apaches a la obediencia y explotára con el concurso y bajo la vijilancia del gobierno las minas que habia que reconquistar. En Méjico, el ministro de Francia, M. Lavasseur, le hizo una excelente acogida y lo puso en relacion con personas influyentes. Entre esas personas se encontraba Jecker, mezclado despues en los acontecimientos de la guerra de Francia y Méjico, y el banquero Torre. Bajo sus

auspicios y ayudado por el señor Arista, presidente de la república, se formó una compañía por acciones con el nombre de «La Restauradora».

Con ella trató el conde Raousset-Boulbon. Se comprometía a llevar desde San Francisco 150 mineros armados y equipados. El, a su mando, debía ocupar las minas y defenderlas; los beneficios de la explotación se repartirían por mitad entre Raousset Boulbon y sus hombres por una parte y la compañía por la otra. Esta última ponía a su disposición 60,000 pesos (300,000 francos) para organizar su expedición y acreditaba ante él, como su agente especial para representarlo, al coronel Manuel Jimenez. ¿Cuál sería en esa época el estado de Méjico para los Americanos que acababan de desmembrarla y de quitarle sus maravillosas minas de California, que el gobierno mejicano acogía con entusiasmo la idea de establecer en la nueva frontera una colonia militar francesa capaz de imponer respeto a los aventureros americanos que se acrecieran al río Colorado y que tuvieran sobre el Sacramento miras de codicia?

La expedición de Raousset-Boulbon es demasiado conocida para que aquí hagamos de ella una relación detallada. Se sabe cómo, abandonado y traicionado por las autoridades mejicanas se apoderó, a la cabeza de 253 franceses, por medio de un ataque atrevido, de la ciudad de Hermosilla, defendida por 1,200 hombres de tropas regulares mandadas por el general Blanco; cómo lo derrotaron delante de Guaymas; cómo capituló y fué llevado, violando las promesas

que le hicieron, ante un consejo de guerra, juzgado y condenado.

«Jamás, dicen los testigos oculares, apareció más alto que delante de sus jueces. Su valor no quedó ni por un solo momento desmentido, se defendió con una tranquilidad y una serenidad perfectas, como hombre que ha hecho el sacrificio de su vida pero no de su memoria».

El 12 de agosto, por la mañana, lo llevaron a la playa de Guaymas, y ahí, con la cabeza descubierta, con la frente erguida, desafiando al enemigo, murió como soldado bajo las balas mejicanas.

Muerto él, todo se desorganizaba; sus compañeros se dispersaron. Solo un pequeño número de ellos pudo volver a San Francisco; los demás se dirijieron al Callao, a San Blas, o perecieron miserablemente en el viaje.

El pensamiento de Raousset-Boulbon se apoderó más tarde de Napoleón III y lo llevó a la desastrosa expedición de Méjico. Quien sabe si en 1854, Raousset Boulbon, no lo hubiera realizado con un poco de ayuda y si, como escribe Hittel, historiador americano, imparcial y al corriente de los acontecimientos, no hubiera hecho por la Francia lo que no hizo Maximiliano sostenido por un ejército francés.

Su empresa no era ni tan loca ni tan condenada de antemano, como después se ha afirmado. Méjico estaba entonces en un estado de completa anarquía, resultado de la guerra desgraciada con los Estados Unidos. La desorganización administrativa, política y militar era tal, que un jefe atrevido sostenido por

un puñado de hombres resueltos, podía marchar sobre la huellas de Cortes y, renovando sus proezas, aspirar a sus conquistas.

La fortuna traicionó los esfuerzos de Raousset-Boulbon y de sus compañeros, pero lo que nos llama la atención en esa aventura, cuyo jefe y subalternos hemos conocido, es ver en ella la nota dominante de nuestro genio nacional afirmarse en un centro semejante y en circunstancias tan excepcionales. Se podría creer que solo la sed del oro ha atraído a esos hombres a playas tan lejanas como atraía a los emigrantes del mundo entero, y desde el principio los vemos volver la espalda a los *placers*, dejar el pico y la barreta del minero para tomar el fusil del soldado, agruparse en torno de un jefe atrevido, pero sin recursos, para lanzarse a la conquista de una provincia mejicana, para sostener lucha con los indios y quitarles por la fuerza minas menos ricas que las que explotaban en paz. Llevan consigo el espíritu aventurero, clamor de lo desconocido, de la lucha y de la casualidad. En menor grado que las demás razas que la rodean, sufren la influencia del oro. Quieren llegar a la fortuna por otras vías que están más de acuerdo con sus instintos. Son aventureros, pero como lo eran los compañeros de Cortes y de Pizarro.

Si por una parte la emigración francesa afirmaba tan claramente uno de los rasgos tan característicos de su raza, por otra ponía en relieve no menos pronunciado, sus cualidades de orden, de economía, de gusto ingenioso y artístico. Desde 1851 el comercio francés ocupaba en San Francisco un papel impor-

tante. Cincuenta y un buques con pabellon nacional llevaban los productos de nuestra industria: vinos, aceites, jabones, conservas y sederías; y en las cifras de la importacion la Francia venia en cuarto lugar con 10.200,000 francos. Numerosas casas y Bancos importantes representaban nuestro alto comercio, y nuestros obreros ámpliamente pagados, confirmaban su superioridad e introducian en la ciudad naciente nuestros procedimientos, nuestros modelos y nuestros gustos.

Hasta 1855 las operaciones comerciales en San Francisco estaban entregadas a la buena suerte. Era necesario mas de un mes para hacer algun pedido a Nueva York, cerca de dos ántes que llegára de Paris o de Lóndres. El trasporte por el Cabo de Hornos no exijia ménos de cuatro meses, muchas veces seis. De ahí resultaban fluctuaciones en los precios de los artículos mas usados, que hacian imposibles todos los cálculos y destruian las combinaciones mejor establecidas. Si era posible en cierto modo, a pesar de la falta de publicaciones oficiales, darse cuenta de las existencias en plaza, no sucedia lo mismo con los cargamentos en camino, pues la mayor parte de las facturas eran de artículos diversos. La tasa elevada del interes, que de diez por ciento mensual en 1840, se mantenía todavía a tres y cuatro por ciento, hacia imposible la conservacion durante un tiempo largo de los artículos en baja.

Los temores de incendio y la imposibilidad de asegurar, obligaban ademas a los importadores a vender a cualquier precio. De ahí alzas y bajas súbitas, que

hacian de las operaciones comerciales un juego perpetuo, enriqueciendo a unos, arruinando a los demas. Si un artículo se ponía escaso, subía de cien a trescientos por ciento en algunos dias; si abundaba, bajaba en las mismas proporciones.

La madera de construccion, por ejemplo, se vendió a 2,000 francos los mil piés cuadrados para decaer en seguida a un precio que no pagaba ni el flete. El tabaco en pasta subió a diez francos la libra; dos meses despues era invendible; se empleaban millares de cajones en lugar de ladrillos echándolos al barro para servir de cimientos a las casas. Una construccion de madera, en la calle de Montgomery, descansaba enteramente sobre hileras de ladrillos de tabaco.

La mantequilla salada de Nueva York variaba entre cuatro francos y treinta centésimos de franco la libra, y así sucedia con todo. Esas fluctuaciones incesantes alentaban una especulacion desenfrenada. Se encarnó sobre todo en un hombre que representó en esa época un papel importante en San Francisco y que ha quedado como el tipo de los aventureros comerciantes en California.

Enrique Meiggs desembarcó en San Francisco en 1849. Natural de Nueva York, se ocupó del comercio de maderas de construccion. Inteligente y activo, hizo luego fortuna y desde el año de 1850 pasaba ya por uno de los mas ricos de la comunidad naciente.

Afable y conciliador, jeneroso y siempre pronto a suscribirse con liberalidad para las obras de caridad y de utilidad pública, se hizo mui popular.

Su ambicion aumentaba con su fortuna. Compró terrenos mui estensos en North Beach e hizo construir un muelle que tenia su nombre, arrendándolo en un cánon considerable. Elejido miembro del primer Consejo Municipal de la ciudad, tomó parte activa en todas las mejoras aprobadas. Disponiendo de capitales considerables y de gran crédito, obtuvo grandes contratos para abrir y nivelar las calles y tenia bajo sus órdenes un ejército de trabajadores. Propietario de casi todos los terrenos de North Beach, el barrio norte de la ciudad, fundaba una especulacion formidable en la altura de sus terrenos; pero en contra de sus expectativas, la ciudad se estendia mas y mas hácia el Oeste y el Sur.

La tasa elevada del interes hacia mas peligrosa la especulacion. Una baja repentina en el valor de los terrenos, en 1854, lo arruinaba; pero a nadie se lo dejó sospechar. Empeñado en una multitud de empresas, se le suponía mas rico y mas feliz de lo que era. La ciudad de San Francisco, para la cual ejecutaba entónces grandes trabajos, pagaba a sus acreedores con *City Warrants*, bonos de plazo fijo, que tenian curso, pero con cincuenta por ciento de pérdida. Todos lo sabian y los precios estipulados por los empresarios de trabajos públicos aumentaban en consecuencia.

Meiggs, acreedor importante de la ciudad, era dueño de gran número de esos títulos al portador,

sobre los cuales tomaba los préstamos necesarios para pagar a sus trabajadores. Nadie, por consiguiente, se asombraba de las cantidades considerables de esos bonos que ponía en circulación. Un gran número de capitalistas adoptaban esa colocación para sus fondos. Los *City Warrants*, íntimamente ligados con la prosperidad de la ciudad cuyo crédito representaban, debían subir a medida que esa prosperidad se afirmara y acercarse a la par. Se les compraba y se les aceptaba como garantías de los préstamos que Meiggs negociaba. Esos préstamos se multiplicaban; pero él desvanecía las sospechas emprendiendo constantemente nuevas empresas y declaraba, riéndose, que rara vez le sucedía salir de su casa sin tener que negociar en ese día un empréstito de ciento cincuenta o doscientos mil francos.

Lo que mas tarde se supo fué que Meiggs en su calidad de miembro del Consejo Municipal, habia logrado sustraer una gran cantidad de esos *warrants* firmados de antemano por el alcalde. Llenaba los blancos con las fechas, el nombre del portador y la suma, copiando aquellos cuyo lejítimo poseedor era él. Pasaron meses sin que se descubriera el fraude. Meiggs pagaba regularmente los intereses vencidos; pero se vió obligado mui luego a aumentar ese interes, que era de tres por ciento mensual y se le vió tomar préstamos con garantía de esos títulos, pagando hasta el diez por ciento mensual. Agotado de recursos, fabricó billetes falsos, entre otros uno de 75,000 francos en el cual imitó la firma de una importante casa de San Francisco: Thompson y C.^a

Uno de los socios descubrió la falsificación, pero era tal todavía el prestigio de Meiggs que ese socio consintió en no llevarlo ante la justicia, mediante el pago que hizo de esa suma el falsificador.

En setiembre de 1854 Meiggs conoció lo insostenible de su situación. Su popularidad declinaba rápidamente, sus prestamistas se hacían raros y mostraban desconfianza. Decidido a tomar la fuga, armó y equipó uno de sus buques, el bergantín *American*, lo hizo instalar con todo el lujo y la comodidad posibles, anunció su intención de hacer con su familia una excursión por la bahía, se embarcó con su mujer, sus hijos y su hermano y se dió a la vela. A la mañana siguiente se sabía con estupor la fuga de Meiggs, su quiebra colosal y las falsificaciones que había hecho. Un gran número de sus prestamistas quedaban arruinados; pero se creyó, y no sin motivos serios, que muchas casas suspenderían sus pagos, gravemente comprometidas por este siniestro, y en realidad no perdían sino sumas poco importantes y aprovechaban esta ocasión para liquidar una situación difícil.

Meiggs se dirigió primero a Tahití, después a Chile, en donde ofreció sus servicios para los trabajos públicos. La noticia de sus fraudes lo había precedido y no consintieron en emplearlo sino como proveedor de los trabajadores, pero sus conocimientos especiales, su actividad y algunas ideas felices dadas a los empresarios lo hicieron primero útil, después indispensable.

Después hizo propuestas por su propia cuenta, en-

tregó puntualmente y bien ejecutados los trabajos que emprendió. Se acababa de decidir la construcción del ferrocarril de Valparaíso a Santiago; algunas partes del camino presentaban grandes dificultades. Meiggs ofreció encargarse de esa construcción y la llevó a cabo con rara habilidad. La fortuna le volvió de nuevo; cuando dejó a Chile para dirigirse al Perú, en donde le proponían que dirigiera la construcción de las líneas férreas, Meiggs era muy rico. En Lima contrató la construcción de una línea de 1,000 kilómetros; triunfó de las dificultades más grandes, llevó a cabo su empresa y obtuvo ganancias enormes sobre los quinientos millones de su contrato.

Por fin, poderosamente rico, puso en ejecución un proyecto que desde hacía largos años perseguía: el de pagar a sus antiguos acreedores de California. En 1873 hizo cancelar todos los papeles que debía a causa de su suspensión de pagos. Solo eso faltaba para que contara con todas las simpatías y para que hiciera olvidar sus crímenes. Sus amigos, sus acreedores mismos solicitaron de la Asamblea del Estado el voto de una moción que daba a Meiggs autorización para volver a San Francisco sin que fuera acusado.

Esa moción, votada por el Senado y por la Cámara, se estrelló contra el *veto* del Gobernador. Meiggs continuó, por consiguiente, residiendo en el Perú. Murió allí en 1877 y se le hicieron espléndidos funerales. Su inagotable caridad y sus servicios eminentes hechos al país, hicieron de su muerte un duelo nacional.

El 23 de Febrero de 1854, la inauguracion del ferrocarril de Panamá ponía a San Francisco a veintidos dias de distancia de Nueva York y suprimía un viaje penoso. Difícil para los jóvenes, la travesía del Istmo era peligrosa para las mujeres y para los niños. Era necesario atravesar a lomo de mula treinta millas por entre bosques vírgenes y treinta y cinco en canoas manejadas por indíjenas.

El suelo, saturado de humedad, inundado por el sol y por el agua, estaba invadido por una vejetacion exuberante de *mangos*, de palmeras, de bambúes, de quiscos gigantescos, de higueras—abrigo de las fieras, guarida favorita del tigre—de naranjos de follaje sombrío sobre los cuales se trepaban tupidas enredaderas. Bajo esa sombra espesa, en esos riachuelos de corriente lenta, llenos de bancos de arena, los caimanes tomando el sol, hacen brillar su piel cubierta de musgo, de escamas y de escrecencias. Las noches son ardientes y pesadas y turbadas solo por el zumbido de los mosquitos, los gritos de los monos, las mordeduras de los murciélagos; los dias son calientes con un cielo sin nubes en la mañana, seguido despues, como a las 2, por una lluvia torrencial, en que el sol, volviendo a aparecer en el horizonte, seca la humedad que llena la atmósfera de un calor intolerable y húmedo: tal era entónces y es ahora, segun mis recuerdos, el Istmo de Panamá.

La construccion de la vía férrea, comenzada en 1850, tenía 48 millas de largo y debía estar terminada, segun se decia, en dos años a lo mas, y con un costo de 7.500,000 francos. No habia ni tú-

neles que atravesar, ni grandes escavaciones que hacer, puesto que el punto mas alto sobre el mar no pasaba de 100 metros; los contratistas esperaban considerables ganancias; pero no habian tomado en cuenta, ni la indolencia de los indijenas, ni la gran mortalidad de los trabajadores llevados de afuera, ni el atractivo poderoso de las minas de oro de California. En lugar de tratar de hacer una obra definitiva y duradera, se empeñaron en hacer lo mas pronto posible una comunicacion cualquiera entre los dos océanos. Sobre terraplenes recién formados, nos dice M. Armand Reclus, en su interesante relacion de viajes, (1) se ponian troncos sacados de los bosques vecinos, sin darse aun el trabajo de cubrirlos con tierra; por medio de tablonces sin labrar o de simples andamios atravesaban los pantanos, los arroyos, el Chágres mismo, cuyo lecho tiene mas de 200 metros de ancho en el sitio por donde lo atraviesa el ferrocarril.

Esos trabajos provisorios eran tan poco sólidos, que la mas insignificante avenida de los rios, por poco caudalosos que ellos fueran, arrastraban con los puentes y los terraplenes. El viaducto Barbacoas, contratado a destajo, estaba apénas concluido cuando una gran parte se desplomaba.

El tiempo pasaba y, léjos de enriquecerse, los empresarios se arruinaban; los capitalistas de Nueva York, que habian facilitado fondos para el negocio, se negaban a hacer nuevos adelantos. En esa situa-

(1) *Panamá y Darien.*

cion difícil, recurrieron a dos millonarios de Nueva York, Howland y Aspinwall, cuya poderosa intervencion levantó el negocio. El senador de California, Gwin, obtuvo, por su parte, un contrato postal del Gobierno de Estados Unidos, cuyas entradas, dedicadas en parte a la garantía de un empréstito, permitió reunir nuevos fondos. Despues de cuatro años de trabajo y con un gasto de 37.500,000 francos, se concluyó por fin el ferrocarril.

Esas comunicaciones mas rápidas facilitaban a San Francisco la introduccion de elementos nuevos, elementos de órden y de duracion. La familia se constituia, se trabajaba por el porvenir. A la tienda del nómade ignorante de su suerte para el dia siguiente sucedia el hogar del hombre civilizado. Pero la corrupcion administrativa, electoral y política, invadia a San Francisco. Despues de los emigrantes buscadores de oro o de aventuras, atraidos por el incentivo de la ganancia o por la sed de lo desconocido, habian venido los *politicians* cansados, abogados sin clientes, periodistas sin lectores, desacreditados y gastados en Washington, en Nueva York, en Boston, que rechazaban el trabajo físico, que pedian su parte de bienestar y de fortuna a las intrigas políticas, a los empleos largamente pagados y a las ganancias poco honradas. La abundancia del oro, el desórden de las finanzas y el abatimiento del nivel moral hacian de California la tierra prometida de esos *politicians* sin escrúpulos. Afluian, imbuidos con los procedimientos electorales y las tradiciones de Tammany Hall y de Albany Regence, peritos en el arte

de falsear las votaciones, de llevar al poder a los mas atrevidos y a los mas corrompidos.

Ellos ocupaban los principales empleos usufructuando los dineros públicos. En sus manos la policía no tenia fuerzas, la majistratura no tenia autoridad, el estado y la ciudad no tenian crédito.

De 1849 a 1856, mas de mil asesinatos habian ensangrentado las calles de San Francisco y todavía esperaban una pena fuera de aquella cuya iniciativa habia tomado el comité de vijilancia.

Los asesinos y los incendiarios eran conocidos, públicamente se les señalaba, ellos mismos se vanagloriaban de sus hazañas, seguros de la impunidad, dueños de las elecciones por el terror que inspiraban y por la audacia de sus partidarios. La policía no era ya mas que un instrumento electoral, puesto en movimiento para buscar votos, indiferente o pasiva el resto del tiempo, pagada por los criminales para no ver ni impedir nada.

Los hombres de orden trataban en vano de reaccionar. Todos sus esfuerzos venian a estrellarse contra una organizacion que era dueña de las urnas electorales. La irritacion estaba en su punto, cuando un periodista, William King, fundó un diario, el BULLETIN «para defender, segun escribia, los derechos de los ciudadanos oprimidos y poner en conocimiento del público la corrupcion administrativa que arruinaba las finanzas de la ciudad.» Aceptado por la parte mas respetable de la poblacion, alentado con gran número de suscripciones, William King se puso a la obra y comenzó por publicar una série de ar-

tículos en los cuales denunciaba numerosos casos de malversacion. Sus ataques violentos y apasionados, eran muchas veces exajerados; arrastrado por el ardor de la polémica, hizo ciertas afirmaciones, de que hubiera sido talvez difícil dar pruebas legales; pero, el conjunto del cuadro que trazaba era exacto, su buena fé era incontestable, y las mas vivas simpatías acogian sus artículos cuotidianos.

El 14 de mayo de 1856 tomaba parte directa en su periódico un tal James Casey. Era de notoriedad pública que en las elecciones precedentes James Casey, candidato para inspector, habia presidido la mesa electoral y sustituido gran número de votos a favor suyo en cambio de los depositados por sus adversarios. Lo que se ignoraba y lo que William King aseguraba era que James Casey habia sufrido muchos años de prision en Nueva York.

El hecho era exacto. En San Francisco mismo Casey habia escapado en muchas ocasiones de la justicia, debido únicamente a su audacia. El artículo de King habia aparecido a las tres de la tarde; a las cinco Casey lo mataba a balazos en la esquina de las calles de Washington y Montgomery.

Ese asesinato en plena calle, en el barrio mas frecuentado de la ciudad; el asesinato de un hombre a quien todos apreciaban, cuyo valor se aplaudia y que pasaba entre los demas por el representante de los derechos y el defensor de los intereses de la ciudad, levantó una gran esplosion de cólera y si Casey no fué hecho pedazos, lo debió a sus partidarios, quienes, síntoma significativo de los tiempos, a peti-

cion suya, se apresuraron a ponerlo al abrigo de la vindicta pública, conduciéndolo a la prision de la ciudad. El carcelero era amigo suyo, los empleados estaban a su discrecion, los jueces lo apoyaban. Preso, se sentia como en su casa; de todas maneras, rodeado de jente segura, interesada en protegerlo, esperaba que le pusieran en libertad.

La poblacion no se engañaba, pero esa vez comprendia que la justicia debia hacerse. La medida estaba llena. Todas las tardes una multitud irritada se detenia delante de la calle de Montgomery esperando una palabra de orden. Esa palabra llegó y a las nueve se esparció el rumor de que se habia convocado a un meeting en el almacen de uno de los comerciantes, Cunningham, con el objeto de tomar medidas enérgicas. Todos fueron a esa reunion. Se decidió la reorganizacion del comité de vijilancia y W. F. Coleman, que habia presidido el comité de 1851, fué invitado para tomar la direccion del movimiento.

Las circunstancias no eran ya las mismas. Esta vez se encontraban en presencia de autoridades regulares, que tenian en sus manos toda clase de poderes legales, que disponian de la policia, que podian hacer un llamamiento a las tropas federales y a cargo de toda la administracion. Los riesgos que tenian que correr eran grandes; para hacerle frente era necesario poder contar con fuerzas numerosas y con importantes recursos financieros. Los jefes del movimiento jugaban su fortuna y su cabeza. A pesar de esto, no vacilaron y con una rara enerjia tomaron las

medidas necesarias. Acto continuo redactaron una fórmula de juramento, por la cual se comprometían a hacerse todos ellos solidarios y a no deponer las armas ántes de haber llevado a cabo la tarea emprendida.

Todos se suscribieron, además, con una fuerte suma. Decidieron, por fin, abrir una lista de adherentes, que se llenó luego de firmas. Después se procedió a la organización militar. Se formaron compañías de cien hombres cada una; debían armarse y equiparse a costa suya, debían designar su jefe y estar prontos para marchar cuando se les exigiera. Desde el día siguiente el local ocupado por el comité estaba guardado por 500 hombres resueltos, que protegían sus deliberaciones; la prisión estaba rodeada para evitar cualquiera evasión y los puntos principales de la ciudad estaban guardados por destacamentos que se relevaban con regularidad. Suspendidos los negocios, cerradas las tiendas, desplegado el aparato militar en las calles, San Francisco tenía el aspecto de una ciudad en estado de sitio.

Se había cometido la muerte el miércoles. El domingo siguiente, con orden del Comité de Vigilancia, dos mil cuatrocientos hombres, armados de carabinas, desfilaban en silencio por las calles de la ciudad, dirigiéndose a los puestos que les habían sido designados, rodeando el edificio del cabildo, en donde las autoridades municipales estaban en sesión.

A las diez, una compañía de artillería ponía sus piezas en batería delante de las puertas de la prisión y dos de los jefes del comité, separándose de las

filas, obligaban al *sherif* Seannel a que entregara a James Casey.

Las medidas habian sido tan bien tomadas que toda resistencia era imposible. Casey suplicó que se le dieran diez minutos para prepararse a morir. Se le contestó que tendria toda clase de facilidades para presentar su defensa y lo llevaron al Cuartel Jeneral. Al mismo tiempo que él, llevaron a Charles Cora, acusado de haber asesinado al mariscal de Estados Unidos, Richardson, en el momento en que éste lo detenía por robo.

Se previno a Cora y a Casey, ámbos juzgados y condenados, que su ejecucion tendria lugar dos dias despues de los funerales de King.

El dia mencionado, la ciudad entera estaba cubierta de banderas negras. Los jefes del Comité de Vigilancia, escoltados por cuarenta compañías de hombres armados, siguieron el carro fúnebre que precedia a Casey y a Cora. Se les colgó uno a cada lado de la puerta del cementerio y la multitud desfiló por entre esos dos cadáveres.

Despues comenzaron los arrestos; la mayor parte de los culpables cayeron en sus manos perseguidos por el Comité que interceptaba las comunicaciones con el puerto y que hacia vijilar los caminos. Uno de ellos, Sullivan, *boxeador* de profesion, asesino y ladrón, terror de la ciudad por mucho tiempo, se suicidó para escapar al castigo que lo esperaba. Otros fueron ejecutados; los que no eran culpables sino de fraudes o malversacion de fondos, fueron puestos bajo buena guarda a bordo de los buques que estaban por salir y condenados al destierro.

El Comité de Vigilancia, dueño de la ciudad, daba por sí solo decretos que eran ejecutados con suma lijereza.

Pero, las autoridades constituidas no permitian, sin resistencia que la despojáran de sus derechos. El Gobernador del Estado daba órden al mayor Sherman, célebre despues en la guerra de Segregacion y jeneral en jefe del ejército de Estados Unidos, que tomára el mando de la milicia y que pusiera presos a los jefes del Comité. El mayor Sherman trató de obedecer; pero la milicia rehusó seguirlo. El jeneral Wool, requerido para que hiciera avanzar las tropas federales, no pudo o no se atrevió a hacerlo. Durante tres meses el Comité de Vigilancia siguió su obra, sostenido por sus partidarios y por la opinion pública, trabajando ante autoridades completamente impotentes y concluyendo, por fin, sus trabajos con la ejecucion de Hetherington y Brace, colgados el 29 de julio. Todas las resistencias estaban agotadas, los culpables castigados, la poblacion segura. El Comité decidió disolverse.

Lo hizo el 18 de agosto en medio de una ciudad enfiestada y llena de banderas. Los veintinueve miembros del Comité desfilaron por las calles, seguidos por su ejército de voluntarios, compuesto de cinco mil ciento treinta y siete hombres, de tres compañías de Artillería y de dieziocho cañones, saludados con *hurras* de la multitud y que llenaba las calles y por los aplausos de las mujeres que miraban desde las ventanas. En la misma tarde una proclama, pegada en las paredes, agradecía a los volunta-

rios su concurso, los invitaba a que volvieran a sus ocupaciones y les anunciaba que el Comité de Vigilancia estaba disuelto, pronto sin embargo a reconstituirse si las circunstancias lo exigian.

Rara vez se ha visto movimiento popular mas enérgico y mas tranquilo, mas respetuoso, en su justicia sumaria, de los derechos de la defensa, mas audaz, frente a frente de las autoridades legales y mas pronto a entregar el poder, del cual habian sabido usar para el bien de los demas, una vez terminada su tarea. El efecto moral fué tal, que en las elecciones siguientes fueron elejidos para las funciones municipales, sin haberse presentado, la mayor parte de los jefes del Comité y los gastos de la ciudad disminuyeron, de un año a otro, en mas de once millones.

Por fin, reinaba el órden en San Francisco. Una era concluye; era de revueltas y de violencias, de asesinatos, de robos y de incendios, pero tambien de grande cosas, de iniciativa libre, de trabajos gigantescos emprendidos por una poblacion jóven, ardiente y valerosa. Esos brazos robustos y esas manos callosas son las que han asentado sólidamente, a la entrada de la Puerta de Oro, la metrópolis naciente del Pacífico, y que, habiéndola edificado, han sabido defenderla, como sabrán mantener su grandeza y su fortuna.

CUARTA PARTE

LA AGRICULTURA DE CALIFORNIA.

Riquezas agrícolas.—Vegetación incomparable. — Osos grises y negros.—Benignidad de clima.—Mortalidad.—Producción de sementeras.—Crianza de ganados.—“Rodeos rancheros”.—Carestía de los productos.—Viticultura.—Agricultura.

IV

Esa tierra que millares de mineros examinan cuidadosamente para arrancarle el precioso metal que oculta, esa tierra no es solo la tierra del oro, sino tambien la de las cosechas abundantes, de los frutos incomparables, de los bosques gigantescos. Todo brota en ella, todo florece, todo madura.

Sus riquezas agrícolas no tienen nada que envidiar a sus riquezas mineras, a las cuales igualarán, a pesar de los maravillosos descubrimientos, que muy poco despues, van a llenar de asombro a esos mineros, a quienes nada llama la atencion.

En la época a que hemos llegado, en 1860, la agricultura en California estaba solo en sus principios, pero esos principios prometian lo que despues se cumplió. Están cansados de pagar caro a Chile por sus harinas y sus trigos, de pedirlo todo al extranjero.

Despues de los rudos mineros y de los zapadores de los primeros dias, despues de los aventureros y de los *politicians*, despues de los capitalistas, banqueros, negociantes, importadores, se ven llegar a personas de condicion humilde y de aspiraciones moderadas, que no piden su oro a las minas, que no

piden la fortuna a las especulaciones atrevidas, sino su subsistencia a la tierra y algunas economías para su ancianidad.

Hasta esa fecha no habian llegado allí. California estaba demasiado léjos; el viaje era demasiado costoso, el porvenir incierto. Despues supieron por los periódicos, por las cartas, por los relatos que se hacían en las aldeas, que todo en San Francisco se pagaba a peso de oro, que las legumbres eran escasísimas, que las papas valian un franco cada una, los huevos quince francos la docena, la mautequilla cinco francos la libra, a pesar de que abundaba el ganado, que la tierra no tenía dueño y que el clima era sano. Vendieron sus campos y vinieron colonos del Oeste o de los Estados Unidos, gigantes huesudos y flacos, seguidos de sus mujeres y de cuatro o cinco hijos robustos, sin contar con las hijas que son tan fornidas como los hombres; campesinos del condado de Gales, irlandeses hambrientos, escoceses vigorosos, labradores de la Bretaña y de la Provenza, viñateros bordeleses y del mediodía, hortelanos de los alrededores de Paris, italianos secos y nervudos, alemanes pesados y resistentes a la fatiga; jente de toda clase de razas y de todos los climas, siguen esa gran corriente que los desprende de su país natal y los lleva hácia el Oeste.

En esas llanuras ignoradas en que se encontraban altos pastos que ondulaban con la brisa, flores en abundancia, alfombra matizada de mil colores, en donde se levantaban árboles de cien metros de altura y de diez de diámetro, la tierra ocultaba

algo mucho mejor que el oro: una potencia de vejetacion incomparable, una capa de tierra vejetal, vírjen y fecunda, que solo esperaba la mano del hombre para recompensar con usura su trabajo. Veinte millones de hectáreas de tierras cultivables ofrecian a la agricultura un campo inmenso.

Inmensos bosques de pinos, de cedros, de laureles, de madroños, de encinas, de sicomoros, cubrian las faldas de la Sierra Nevada, de las montañas de la cadena de la costa de Santa Lucía y de Monterey. Bajo sus espesas sombras, erraban en libertad el oso negro, el gato salvaje, los lobos, los coyotes, las gamusas, los antílopes. Abundaban las liebres, los conejos y las ardillas. En las aguas de la bahía se encontraban patos y gansos salvajes; en las llanuras, codornices, perdices, tórtolas, aves de todo tamaño y de plumaje variado, desde el buitre de California, que mide diez piés con las alas estendidas, hasta el pequeñísimo canario.

Los únicos animales terribles eran los osos grises y negros, sobre todo el primero; eran tan abundantes que su carne formaba gran parte de su alimentacion. Se les encontraba aun en los mismos alrededores de la ciudad; llenaban los bosques de la Cadena de la Costa, alimentándose con raices y semillas de los árboles, atacando a los rebaños de ganado y algunas veces al hombre, cuando lo sorprendian o cuando estaban hambrientos. Su fuerza enorme y su gran talla, hacian de ellos un enemigo terrible. El oso gris de California tiene ordinariamente cuatro piés de altura por siete de largo. Su peso varía entre qui-

nientos y mil kilogramos. Su pelo es largo y áspero; su gruesa piel, rara vez permite que lo ultimen al primer tiro; su lijereza es casi igual a la de un caballo. Cazado cuando recién nacido es fácil domesticarlo y se hace un amigo fiel de su amo. Adams, famoso cazador de osos, había domesticado varios que lo acompañaban en sus escursiones, lo defendían de los otros animales salvajes y aun de sus conyéneres y sin fastidiarse llevaban los bultos con que él los cargaba.

A consecuencia de la guerra encarnizada que les han hecho los cazadores y los colonos, cuyos rebaños destrozaban, los osos han disminuido mucho, pero todavía se encuentran en gran número en algunas localidades del interior y se calcula en diez el número de hombres muertos o heridos anualmente por ellos. Los reptiles eran numerosos, pero, poco temibles, con excepcion de la serpiente de cascabel. En el Sur, abundan los escorpiones y las tarántulas, pero sus mordeduras dolorosas no eran mortales.

Haciendo abstraccion de San Francisco, cuya situacion particular a la desembocadura de la Puerta de Oro, dá un clima excepcional de neblina y de frío, pocos climas pueden compararse con el de California. Los inviernos ahí son ménos rigurosos, los veranos mas frescos que en las comarcas situadas en el mismo paralelo: el centro de los Estados Unidos, España, el Sur de Italia y Grecia. Los cambios de temperatura son graduales, libres de transiciones bruscas; el aire es mas seco, los dias nublados ménos numerosos, los ventarrones rarísimos; mas raras

son todavía las tempestades, el granizo, la nieve y las heladas. Los vientos regulares del Norte, llevan el buen tiempo, los del mediodía, la lluvia.

En la rejion del Sur, el naranjo, el limon, el olivo, la higuera, la vid, encuentran condiciones sumamente favorables.

Casi todos los dias la brisa del Pacífico sopla en San Francisco, mas fuerte en el verano, a consecuencia de los calores de las hoyas del Sacramento, del San Joaquin y del Colorado; en la noche la brisa de tierra sopla con mucha mayor fuerza. La temperatura varía poco. Mas elevada, en el mes de enero que en Nueva York y aun que en Nápoles, es durante el verano mucho ménos elevada que en esos dos puntos. Si de San Francisco pasamos al interior nos convencemos de que en Sacramento, por término medio anual, hai doscientos veinte dias sin una sola nube, ochenta y cinco dias lijeramente nublados y sesenta de lluvias. Durante semanas en invierno y meses en verano el cielo está completamente limpio.

El invierno y la primavera son las estaciones lluviosas. Tanto en San Francisco como en el interior, la cantidad de agua medida por medio del pluviómetro, durante el término medio de los sesenta dias de lluvia, alcanza casi a la misma cantidad de agua que cae en Paris durante todo un año.

En las hoyas del Sacramento y del San Joaquin, tienen algunas veces lugar inundaciones, pero son poco frecuentes. En veinticuatro años solo ha habido cuatro considerables.

De esas condiciones atmosféricas, resulta un clima

mui sano, notable sobre todo por la ausencia de humedad en el aire.

Esa sequedad es tal, que la carne cruda dejada al aire libre, se seca sin descomponerse y que los cadáveres de animales se momifican sin exhalar miasmas. Una herramienta de acero, dejada por semanas enteras al aire, no se enmohece. En San Francisco la mortalidad media es de veintiuno por mil; en Nápoles es de treinta y nueve, en Berlín de treinta y ocho, en Roma de treinta y en Lóndres de veinticuatro. Las muertes ocasionadas por las enfermedades del pulmon son en la mitad inferiores a la de los Estados Unidos; pero las enfermedades del corazon, neuraljias y oftalmias son mas frecuentes. Las fiebres son raras y las epidemias casi desconocidas.

California ofrecia, por consiguiente, a la agricultura, junto con un clima espléndido, un suelo fértil, maravillosamente adaptable a toda clase de cultivos y sobre todo un mercado seguro y que dejaba mayores beneficios de lo que esperaban. Desde el primer momento los hortelanos se enriquecieron. Las legumbres de mas consumo brotaban con rapidez y se vendian a precios mui elevados. Los gallineros daban resultados prodijiosos en esos tiempos en que un pollo se vendia por veinticinco francos y un conejo por cincuenta. Evidentemente, precios semejantes no podian mantenerse, pero quedaron todavía a un nivel mui elevado.

El cultivo de los cereales no dejaba provechos menores. Mucho ántes del descubrimiento de las minas de oro, en 1844, segun resulta del registro hecho en

los archivos de la mision de San José, la cosecha de trigo ese año dió ocho mil seiscientas fanegas de trigo por ochenta de semilla y en el año siguiente se cosechó todavía, sin nueva siembra, cinco mil doscientas fanegas (1). Una sola sementera habia rendido, por consiguiente, ciento siete el primer año, setenta y cinco el segundo, o sea, un total de ciento setenta y dos por uno. En Estados Unidos se considera buena cosecha la que dá diez por uno. En California se han obtenido hasta ciento sesenta fanegas por hectárea, miéntras que en las rejiones mas ricas del valle del Mississippi el rendimiento máximum ha sido de noventa. Para darnos cuenta de la produccion y del costo del cultivo en circunstancias normales, dejemos a un lado esas cifras excepcionales y veamos el resultado obtenido por el cultivo de cereales en California, tomando en cuenta su costo y el producto de cada hectárea en el condado de Stanislas. Los gastos eran los siguientes: jornales, 12 francos y medio; semilla, 5 francos; siembra y rastrilleo, 7 francos y medio; cosecha, 12 francos y medio; trilla, igual suma; arriendo del suelo, 10 francos; envase, 17 francos y medio; transporte, 10 francos: total, 87 francos y medio. Por otra parte, las entradas eran las siguientes: 40 fanegas por hectárea, vendidas a 6 francos y cuarto o sea 250 francos (2).

La avena dá, como cantidad, un rendimiento todavía mayor. En 1853, un campo de 50 hectáreas en el valle del Pájaro produjo hasta 90,000 fanegas (3).

(1) Colton, *Three years in California*.

(2) Hittel, *Resources of California*.

(3) Informe del Asesor de Monterey.

Se cita un campo en el condado de Yolo, que sembrado una sola vez ha dado sucesivamente cinco cosechas, produciendo todavía la última, 60 fanegas por hectárea. La cebada rinde comunmente de 60 a 80 fanegas por hectárea, 30 mas que en Estados Unidos. Riggs y Read, en el condado del Norte, han obtenido 250 fanegas y John y Brown, de Crescent City, hasta 315. La papa se produjo admirablemente y hasta hoy no ha sufrido ninguna epidemia. Se desarrolla prodijiosamente: muchas pesan 1 y 2 libras; se espuso una que pesaba 6 libras y media.

El cultivo del tabaco data desde 1853; todavía no ha dado sino resultados deficientes como calidad, aunque el rendimiento ha sido bueno como cantidad: 2,500 kilogramos por hectárea. El algodón rinde mucho: de 250 a 500 kilogramos, siendo el costo de producción de, poco mas o ménos, 150 francos; pero los terrenos de fácil riego se hacen cada día mas escasos. Se ha suplido esa falta de riego con la creación de canales y en 1871 se regaban ya artificialmente 45,000 hectáreas y se habían secado 50,000 de terrenos pantanosos

Pero, la industria principal, se podría decir la única industria de California, desde su descubrimiento por Cabritillo en 1542 y el establecimiento de los Franciscanos en 1769, era la crianza de ganado.

Rebaños inmensos pacían entonces en esas ricas llanuras, multiplicándose en libertad, encontrando en todas partes, junto con un clima propicio, un alimento abundante. Era la única riqueza del país.

La mayor parte de los habitantes, poco abundan-

tes en número, obtenían gratuitamente del Gobierno concesiones que variaban de una a diez leguas cuadradas, con la sola condición de levantar allí una casa y la de mantener cien cabezas de ganado. Muchos poseían cinco mil y aun más. Pasaban la vida a caballo, vijilando sus animales, haciéndose visitas y jugando. Tres o cuatro veces por año se juntaban para un *rodeo*, ocasión de fiestas y de regocijo.

El rodeo consistía en llevar a un vasto recinto, cerrado, a los animales errantes en la montaña y en las llanuras, en marcar a los nuevos, en elegir a los que se debían matar, en poner aparte las vacas lecheras. Si el rodeo era jeneral, si se trataba de reunir los rebaños de propietarios que habitaban la misma rejion, se les convocaba con muchas semanas de anticipación. Llegaban montados en resistentes caballos, ricamente cubiertos de grandes sillas mejicanas, recargadas con clavos de plata, llevando consigo a sus vaqueros, tostados por el sol, caballeros intrépidos que hacían silbar por sobre sus cabezas sus flexibles *lazos*, arma temible en sus manos. Poco después se ponían en campaña, llegando hasta las cimas de las montañas, atravesando las quebradas, rodeando y arreando delante de ellos, por larga espacio, millares de animales bravos, acampando donde podían, recorriendo enormes distancias hasta que hubieran reunido todos los animales dentro de un gran espacio, cerrado por medio de cordeles.

Entonces empezaban los cambalaches, las compras y las partidas de *monte*, jugando ganado, las comidas abundantes, los bailes y las querellas de los enamo-

rados, seguidas por esponsales. A esos periodos de gran actividad sucedía la vida tranquila y monótona hasta el día en que un vecino o un amigo pedía ayuda para su propio ganado. Esos eran los rodeos particulares, ménos concurridos, ménos ruidosos, pero que siempre traían consigo la franca hospitalidad de los *rancheros*, ricos sin dinero en medio de una abundancia rústica.

Los bueyes no tenían otro valor que el de la piel, del sebo y de los cuernos. La carne la enterraban; ¿qué otra cosa podían hacer cuando algunos días se mataban quinientos o mil cabezas de ganado? Las pieles las tendían al sol estiradas por estacas para impedir que se encojieran. Cuando estaban secas las amontonaban, las cargaban en pesadas carretas con ruedas macizas, y el rancharo, seguido por los suyos, se encaminaba, al paso lento de sus bueyes, a Monterey, San José, Santa Clara o San Francisco. Ahí vendía su cargamento a alguno de los comerciantes establecidos en esas localidades, quien lo revendía a alguno de los capitanes de buques fondeados en la costa.

El rancharo no exijía que le pagáran en efectivo, se pagaba en mercaderías; la mujer se proveía de sal, de jabon, de velas, de azúcar y de café, y, si algo sobraba, de jéneros y de cintas para ella y para sus hijos, miéntras que el rancharo bebiendo *pulque* jugaba con sus amigos. Por otro lado, eran jentes buenas, sencillas y hospitalarias, que acogían al extranjero, sin preguntarle de donde venía ni adonde iba, hospedándolo durante una semana, durante seis

meses o por todo el tiempo que el huésped lo quisiera, honestos en sus costumbres, probos en sus transacciones, siempre prontos a hacer un servicio.

El descubrimiento de las minas de oro debió haberlos enriquecido, pero los arruinó. Esplotados por aventureros, se dejaron despojar sin piedad; perdieron al juego sus ganados y sus tierras o las vendieron a precios insignificantes. Nada entendían de operaciones comerciales, nada comprendían de las existencias fiscales de esa civilización nueva que los invadía bruscamente y les quitaba sus posesiones de una manera brutal. Un indio de las praderas a quien un jendarme pidiera su pasaporte no quedaría mas estupefacto de lo que ellos quedaban cuando se les pedía sus títulos de propiedad; pedírselos a ellos que ignoraban la estension y los límites de los terrenos que poseían.

El plazo estaba vencido, ya no tenían razones para estar ahí; se veían obligados a ceder su lugar a otros como los indios lo habían cedido a ellos. Esas tierras en donde no ejercitaban otro derecho que el de hacer pastar sus ganados, debían ser desmalezadas, trabajadas, sembradas y dar abundantes cosechas.

Esos bosques producían maderas de carpintería y de construcción, sobre todo pino colorado que resistía a la acción de la humedad mejor que cualquiera otra madera dura. Mas tarde la emplearían en las estacas de la bahía, en esportarla a Chile y al Perú, que han empleado enormes cantidades en durmientes para sus ferrocarriles y en hacerlas ser-

vir en las construcciones marítimas. Toda esa materia prima existía en abundancia y también los brazos, los capitales y la inteligencia para darle valor.

Las primeras tentativas de agricultura, hechas por los nuevos colonos en pequeña escala, dieron, por consiguiente, resultados tales que los progresos fueron rápidos. Vista la carestía de los productos, el hortelano ganaba tanto como el minero, con la diferencia de que mientras más cavaba el suelo más aumentaba el valor de él, mientras que el otro lo agotaba. Luego se vieron los alrededores de las ciudades y de los grandes campos, destinados a convertirse en ciudades, cubrirse de jardines que los cultivadores en pequeño sembraban de legumbres, cuyo tamaño prodijioso probaba su fertilidad.

Llevaban al mercado de San Francisco coles que pesaban quince libras, calabazas de cien libras, cebollas de dos libras, betarragas de quince kilogramos, nabos de siete y zanahorias de cinco. Los tomates, melones, rabanitos, apio, porotos tiernos y papas, brotaban en todas partes, dando productos tan abundantes como excelentes. Los árboles frutales crecían ligero y daban frutos muy temprano: el peral, el ciruelo, el damasco, daban más frutos a los dos años que a los cuatro o cinco en otras partes; un huerto estaba en plena producción a los tres años. Actualmente se calcula en cuatro millones el número de árboles frutales de los climas templados, y en doscientos cincuenta mil el de los climas calientes. Cincuenta mil hectáreas están dedicadas esta clase de cultivo.

Fueron franceses los que hicieron los primeros ensayos. Industriosos y económicos, tuvieron buen éxito. Sobre todo la viticultura, esa industria esencialmente nacional, debía llamar su atención. Los misioneros españoles se habían ocupado de ella desde 1770.

En 1820, el general Vallejo había hecho algunas plantaciones al Norte de San Francisco. Pero, donde debía desarrollarse mejor el cultivo de la vid, era en los condados de los Anjeles, de Sonoma, de Napa, de Santa Clara y de Amador. Se calcula que en 1848 no había todavía sino doscientas mil plantas en producción, que daban una uva de grano grande, de un color azulejo y de poco sabor; sacaban de ella un vino ligero, que se conservaba mal.

En 1853, 1854 y 1855, se empezó a importar plantas extranjeras originarias de Francia, de España, de Alemania y de Estados Unidos. En todas partes prosperaron, dando, por término medio, 10,000 kilogramos de fruto por hectárea.

La ausencia de grandes frios, de hielos y de tempestades, favorecía el crecimiento de la planta y la madurez de los racimos; el temperamento, perfectamente dividido en estación lluviosa y en estación seca, permitía las vendimias tardías en excelentes condiciones; el *oidium* era desconocido; finalmente las tierras adecuadas para viña valían de doscientos a quinientos francos la hectárea, precio muy inferior al de las mismas tierras en Europa. En cambio, la mano de obra era muy cara, ignoraban el arte de

hacer el vino, las pipas hacian falta y, por fin, el interes del dinero era exorbitante.

A pesar de estos obstáculos, las plantaciones de viñas se multiplicaron, gracias a la enerjía y al trabajo de nuestros compatriotas, que han dotado definitivamente al país de una industria llamada a un gran porvenir. Hoi California posee mas de treinta millones de plantas, pero la mayor parte de las grandes viñas han pasado a manos estranjeras. La mas considerable de todas, la de la Asociacion Vitícola de Buena Vista, tiene doscientas mil plantas, la de B. D. Wilson en San Gabriel, doscientas mil; L. J. Rosa en la misma localidad, ciento treinta mil; Matthéw Keller en los Anjeles, cien mil; R. Chalmers en Coloma, cien mil. La mayor parte de esas viñas tienen de mil cuatrocientas a mil seiscientas plantas por hectárea.

Los vinos de California son, en jeneral, de calidad mediocre, de color oscuro y sin aroma. Los vinos espumosos son los mas apreciados; se producen tres millones de botellas anualmente de esa clase.



QUINTA PARTE

LAS NUEVAS MINAS DE PLATA.

Nuevos "placers."—Existencia nómada.—Victoria City.—Pánico en San Francisco.—Minas de plata.—Comstock.—Virginia City.—James Walsh.—Compañías mineras.—Ajiotaje desenfrenado.—"Espejos."—"Caballos."—Minas de Nevada.—Mr. Sutro.—"Placers" artificiales.—Yacimientos fabulosos de piedras preciosas en Arizona.—Minas de azogue.—Depósitos de hulla.



V

De 1855 a 1857, la atención se inclinaba mucho más hacia la agricultura. Las minas, aun produciendo mucho, no ofrecían ya esas probabilidades de fortunas rápidas que con tanto poder influían en las imaginaciones. El comercio se regularizaba; ya no habían esas fluctuaciones súbitas que dejaban creer que la suerte a todos favorecía.

El orden reinaba en las calles de San Francisco, a consecuencia de la enérgica intervención del Comité de Vigilancia; la tranquilidad volvía a los espíritus afebrados con siete años de esfuerzos incesantes y de sacudimiento de toda especie. De cuando en cuando, sin embargo, rumores vagos salidos del extranjero o de un rincón apartado de las minas, venían a despertar los ardores pasados y las pasiones calmadas.

En 1854, los periódicos de Panamá anunciaban ruidosamente el descubrimiento de ricos *placers* en el nacimiento del Amazonas, y miles de mineros abandonaban a California para dirigirse allá y no encontrar nada.

En 1855, nuevo *excitement*, como se llamaban entonces esas fiebres mineras. Esta vez se trataba, se-

gun se dice, de yacimientos fabulosos en las riberas del Kern-River; se habian encontrado, efectivamente, hermosas pepitas; solo eso bastó para que se provocára una nueva emigracion de cinco mil trabajadores; diez mil mas se preparaban a seguirlos cuando estuvieran seguros de la verdad de esos hechos. A lo mas había trabajo para cien mineros.

Esas ajitaciones se repetian con frecuencia. Solo citaremos las principales, la imaginacion, la especulacion y la credulidad las mantenian. Muchos mineros, cansados de un trabajo regular, aunque mui bien pagados, abandonaban sus reclamos sobre algun terreno que tenian y, con la carabina en una mano y con el pico en la otra, se ponian en marcha. Se apasionaban por esa existencia nómada, contando siempre con un hallazgo feliz que hiciera su fortuna, explorando las montañas y los valles, encontrando algunas veces buenas vetas, que mui luego se agotaban, volviendo de nuevo a partir en busca del gran filon aurífero soñado, cuyos pedazos veian por todas partes bajo la forma de polvo y de pepitas y que se imaginaban una gran montaña de oro macizo.

Cuando la casualidad les hacia descubrir algun gran *placers* se apresuraban a hacer un gran ruido con su descubrimiento, con la esperanza de revenderlo a alto precio y enriquecerse fácilmente.

Yendo siempre hácia adelante, se internaban en las montañas de la Sierra Nevada, en el desierto del Colorado, en las grandes llanuras del Sur, en el Norte del Oregon, remontando hasta la Colombia Britá-

nica, echando rayos de luz en todas direcciones, arrastrados por el miraje del oro.

En el mes de abril de 1858, corrió el rumor de que se acababan de encontrar yacimientos de una riqueza inaudita en las riberas del río Fraser, en la Colombia Británica, a cien millas del Océano Pacífico.

En apoyo de esto, enviaban muestras de polvo de oro, muy puro, recogido en la arena, y aseguraban que, cuando el río, demasiado alto entonces a consecuencia de las lluvias del invierno y del deshielo, bajara, se recogerían enormes cantidades del precioso metal; que las muestras enviadas no eran sino el resultado de algunos días de trabajo de un pequeño número de mineros.

Al recibimiento de esas noticias, la población se trastornaba. Solo se hablaba de las minas de Fraser. Todos los buques disponibles anunciaban que iban a partir para los nuevos *placers* y una cantidad de mineros bajaba a San Francisco para embarcarse. Cualquiera hubiera podido creer, en un momento dado, que California había concluido. Desde el 20 de abril hasta el 9 de agosto partieron veintitres mil cuatrocientos veintiocho; los demás, maldiciendo la fortuna adversa, trataban de venderlo todo para seguirlos. En San Francisco reinaba el pánico; consideraban arruinada la ciudad; el cetro del Pacífico iba a pasar a manos de Victoria City, metrópoli de la colonia inglesa. En tres meses, el valor de la propiedad bajó 80%; una de ellas, Blythes Gore, entre las calles Market y Geary, por la que se ofreció en 1876 siete millones quinientos mil francos, que el

propietario no aceptó, no encontraba comprador por ciento cincuenta mil francos.

Negociantes, banqueros, abogados, tomaban sus medidas para trasportar sus casas de comercio, sus fondos y sus escritorios a Victoria, en donde reinaba una ajitacion indescriptible que recordaba los primeros tiempos de California. En junio, las aguas del Fraser empezaron a bajar; en julio notaron que en el lecho del rio, en parte seco, el oro no era tan abundante como en las riberas; en agosto no se creía ya en la riqueza de esos nuevos *placers*, en setiembre se volvian desalentados.

Se avalúa en 45 millones lo que costó esa aventurada campaña a los mineros demasiado crédulos, que se daban cuenta de la pérdida; pérdida mucho mas considerable si se toma en cuenta la venta a cualquier precio de sus derechos abandonados. San Francisco se repuso luego de ese pánico. La inmigracion y la vuelta de los mineros enriquecieron a los dueños de hoteles, de restaurants y de cafés de la ciudad, pues el eco de esos rumores fabulosos habia dado nuevo impulso a la inmigracion; 13,000 nuevos colonos llegaban por mar de los Estados del Atlántico. En cuanto a los que venian desengañados de las riberas del Fraser, juraban que no volverian mas e iban decididos a establecerse en California. A fines del año ya no quedaba ni huella del *excitement*; el precio de los terrenos era mui superior al de la tasacion anterior, pero gran número de propiedades habian cambiado de manos y la fortuna favorecía, una vez mas, a aquellos cuya fé en el porvenir habia permanecido firme.

Un año mas tarde, un descubrimiento mucho mas sério debia aumentar todavía la importancia de la metrópolis del Pacífico, que parecía renacer mas viva y mas fuerte en cada prueba.

En junio de 1859, dos mineros irlandeses, Peter O'Reilly y Patrick Mac Laughlin, explotaban, sin gran provecho, una pertenencia situada en los confines del territorio de Utah, en los alrededores del lago Washoe, cuando encontraron un filon de mineral arjentífero.

El oro se encontraba mezclado con la plata en cantidad suficiente para hacer creer a los mineros poco experimentados que se encontraban sobre un filon aurífero y, lo que hai de mas raro es que en ese error cayeron tambien hombres de ciencia. M. E. de Simolin, en su interesante libro *A traves de los Estados Unidos, del Atlántico al Pacífico*, refiere lo que sigue:

«En esa época estaba en California encargado de dirigir la explotacion de las capas auríferas en el condado de Mariposas. Dejé el país del oro a principios del mes de diciembre de 1859, obligado a dirigirme a Chile.

Cuando volví a Paris, en el mes de mayo de 1860, encontré a la Francia trastornada con los descubrimientos de Washoe y con las nuevas explotaciones de plata. Todos los banqueros estaban alerta. El Gobierno francés se preparaba entónces, como despues lo ha hecho, a dar menor lei a sus monedas de plata, a fin de nivelar la falta de equilibrio que existía entre los dos metales preciosos, a causa de la demasiada abundancia de oro. Antes de concluir ia

operacion que proyectaba, el Gobierno, para darse cuenta cabal de los recientes descubrimientos, mandó en comision a uno de sus ingenieros de minas. Le tocó a Washoe y dijo a los mineros que estaban sobre un filon de oro y no de plata, y con estos datos redactó su informe.»

El hecho ha quedado como legendario en todos los Estados del Pacífico. Los zapadores de Washoe se manejaron tan bien que, de 1860 a 1870, Nevada produjo en barras de plata, por término medio, 70.000,000 de francos anuales. En 1873, la produccion llegó a 125.000,000. Méjico entero, el Estado que mas plata produce, solo dió 100.000,000.

Conocida primero con el nombre de Washoe, esa nueva veta se llamó despues Comstock, segun la lei de minas, que da a todo *placer* el nombre del primero que marca su perímetro, como lo hizo Comstock acompañado por dos irlandeses. El Comstock se levanta como una muralla enorme que tiene ocho mil piés sobre el nivel del mar. País agreste, en donde sopla un viento frio, el suelo árido da cosechas mui pobres. La montaña, abierta por las lluvias y por el frío, batida por las tempestades, levanta lisas y derechas rocas de cuarzo tan duro que el acero no puede rayarlo, tan brillante como un metal pulido. En la parte plana de la mina misma, se estiende hoi Virginia City, ciudad de veinte mil habitantes, de largas y anchas calles, en forma de tablero de damas, rodeada de tiendas, de casas de banca, de hoteles y principalmente de tabernas con muestras grotescas y que se ajitan a impulsos del viento constante en San Francisco.

Cast *F.* Comstock había delineado ántes que nadie el perímetro de la explotación de su mina y, según la ley en uso, tomó posesión sobre la veta de doscientos pies longitudinales; James Walsh hizo conocer su importancia.

A fines de 1861 mandó a San Francisco 3,000 kilogramos de mineral impuro, por el cual le pagaron 22,500 francos y compró a sus vecinos 1,800 pies de veta a 70 francos el pie. Era común, algunos meses más tarde, que el pie se vendiera a 5,000 francos y el país fué invadido por los mineros. «Era preciso ver, escribía un testigo ocular, los principios de Virginia City. Andábamos por las calles como mendigos; apenas teníamos tiempo para vestirnos, para comer y para beber. Pasábamos nuestra vida en los pozos, en las galerías y en las excavaciones. Cuando uno se encontraba con otro, solo se hablaba de vetas, de ensayos, de minerales de plata. Estábamos en vísperas de la elección de presidente de los Estados Unidos; la guerra civil podía estallar, según el nombre que saliera de las urnas; y en efecto estalló; pero todo eso no tenía remedio. Solo se veían minas; se hablaba de ellas durante el día, se soñaba con ellas en la noche. Las ventas, las compras, los proyectos y las ilusiones seguían su curso. Apenas, en la noche, las casas de juego abrían por un momento sus puertas y los jugadores cambiaban en ellas algunos tiros de revólvers; eso sucedía ántes; pero ahora solo había una idea: vender, comprar, después recomprar y volver a vender algunos pies de veta. Todos debíamos hacer fortuna; todos éramos ricos y

muchas veces no teníamos ni aun con qué pagar nuestra comida.»

Efectivamente, de todas partes acudian a Virginia City, pero esa inmigracion en nada se asemejaba a la que había invadido a California en 1849 y despues. Si los mineros afluiian, los capitalistas de San Francisco estaban tambien mui bien representados. Gran número de ellos compraban al acaso, con datos verdaderos o falsos. Se fundaron mas de tres mil compañías mineras, con un capital nominal de cinco millones de francos. Las acciones mineras se llamaban *piés*, representando cada una de ellas un pié longitudinal de veta. Se vió entónces un ajio-taje desenfrenado. Un pié de la mina Gould y Curry vendido por cincuenta francos valia dos mil quinientos en marzo de 1862, cinco mil en junio, siete mil doscientos cincuenta en agosto, doce mil quinientos en setiembre, diez y seis mil en febrero de 1863, veintidos mil en junio y veintiocho mil en julio.

La compañía Hale y Noseross, dió resultados todavía mas sorprendentes, sus acciones subieron a sesenta mil francos, ántes que se hubiera repartido ningun dividendo. En cambio los accionistas de la mina Chollar-Potosí, recibian veinticinco, cincuenta y setenta y cinco francos de dividendo mensual, cuando en la Bolsa de San Francisco las acciones solo se cotizaban a cuatrocientos y a cuatrocientos veinticinco francos.

En el mercado minero de California el precio de las acciones es muchísimo mas elevado cuando la mina no produce todavía nada, que cuando principia a dar dividendo.

Miéntas se está en el período de organizacion y de trabajos preliminares, la imaginacion se ofusca. Los beneficios entrevistos no tienen límites. Se encuentran en presencia de lo desconocido y libre cada uno de calcular a su albedrío. No sucede lo mismo cuando se conocen los primeros resultados de la explotacion. Por ricas que sean, tienen un límite preciso, a lo ménos en el momento actual, y cuando dan ciento por ciento al año, la realidad es muy superior a las expectativas.

La mayor parte de las acciones tenían una amortizacion de cinco por ciento mensual. A medida que los trabajos avanzaban, mejor cuenta se daban del valor de la veta. Su ancho variaba entre ciento y doscientos piés en direccion al meridiano magnético, es decir, a quince grados al este del Norte verdadero. La mayor profundidad que se haya explotado es la de novecientos piés. Esa veta parece una inmensa hendidura, entre las rocas graníticas y las rocas de pórfido verde, rellenadas despues. Acercándose a la superficie del suelo, aumenta en volúmen y proyecta hácia el exterior aristas de cuarzo que la dejan a un mismo nivel.

Los ingenieros creen que esa hendidura es debida a algun sacudimiento volcánico. Emanaciones gaseosas han arrastrado el mineral mezclado con cuarzo y arcilla azuleja llena de vetas y que, con la enorme presion que ha sufrido, se eleva en forma de paredes lisas que los mineros designan con el nombre de espejos.

Aquí y allá la veta se interrumpe bruscamente

con enormes bloques de pórfidos, desprendidos evidentemente de la parte superior de la hendidura. Es menester horadar el bloque para volver a encontrar la veta mas allá. Los mineros llaman *caballos* esas masas inproductivas que repentinamente les cortan el camino y los condenan a un trabajo inútil.

El mineral es sulfuro de plata casi puro, mezclado con un poco de plata roja, o sulfuro de plata, de antimonio y de arsénico o sulfuro de plomo arjentífero o finalmente cloruro de plata que los mineros de la América Española designan con el nombre de *plomo ronco*, a causa de su propiedad de ser flexible y blando y que se puede cortar con el cuchillo como el plomo. La veta del Comstock contenía cantidades considerables de plomo ronco, casi puro, que en pocos dias enriquecieron a los que la explotaban. Los mineros, pidiendo prestadas muchas palabras a la lengua española, mucho más rica que el inglés en expresiones mineras, designan con el nombre de bonanzas esas acumulaciones de minerales que forman bolsillos en medio de rocas frecuentemente improductivas. Algunas de esas bonanzas se han hecho célebres. Entre otras se cita la de la mina *Valenciana*, en Méjico, que denunciada por *despuoble*, dió durante treinta y dos años mas de siete millones anuales y que hizo de su feliz propietario, señor Obrigo, conde de Valenciana, el hombre mas rico de su país y de su tiempo.

La bonanza de Real del Monte, en la *Veta-Madre*, dió en doce años, desde 1759 hasta 1771, a don Pedro Torreros, despues conde de Regla, mas de treinta millones líquidos.

Muchas de esas bonanzas, encontradas en la veta de Comstock, han determinado alzas considerables en las acciones y han levantado repentinamente su cotizacion en el momento en que estaban muy bajas. Era lo que sucedía en 1868 con la Compañía de Yellow Jacket, cuyas acciones abatidas, subieron repentinamente, a consecuencia de una de esos descubrimientos de minerales, del que se sacó millones durante muchas semanas.

Sobre esa llanura árida y desnuda de Nevada, sobre esa estrecha banda de tierra de quinientos metros de ancho y cuatro kilómetros de largo, la industria ha acumulado los descubrimientos y procedimientos mas modernos de la ciencia, sus conquistas mas valiosas, al lado de un lujo inteligente y de una práctica desconocida en cualquiera otra parte. Las precauciones mas minuciosas para proteger la vida de los obreros, los aparatos mas ingeniosos para facilitar los trabajos, para el descenso y la subida de los mineros y para el desagüe se ponen ahí en uso. Poderosas máquinas de vapor hacen mover las bombas, los ventiladores, las jaulas de estraccion. Las galerías anchas, cuidadosamente aireadas y sólidamente enmaderadas, recorridas en todos sentidos por carros de mano, llevan el aire respirable hasta las labores mas lejanas.

Los piques, una vez agotados, son inmediatamente rellenados con rocas para prevenir todo derrumbe.

El país nada producía; era menester llevarlo todo: el carbon para las máquinas y la madera que servía de sosten.

Los pozos llegan a una profundidad de novecientos piés. Las inmensas capas subterráneas de agua, parecían querer impedir que se fuera mas adelante; pero un americano, Mr. Sutro, concibió la idea de un inmenso túnel de mas de veinte mil piés de largo, que, asegurando el desagüe, permitiera seguir la veta hasta dos mil piés de profundidad.

Ese trabajo costó mas de diez millones.

La veta de Comstock sobrepasa en riqueza a las tres minas de plata mas nombradas: a las de la *Veta-Madre de Guanajuato*, de la *Veta-Madre de Zacatecas* en Méjico y a las de Potosí en el Perú. La primera ha dado en tres siglos cuatro mil millones, la segundo tres mil trescientos treinta millones y, finalmente, la tercera seis mil millones, o sea para esta última un término medio de veinte millones por año.

En los diez primeros años de su explotacion la veta Comstock ha dado seiscientos setenta y cinco millones, o sea un término medio anual de mas de sesenta y siete millones.

Si se toma en cuenta ademas de este hecho que, en las minas de plata de Comstock, como tambien en la explotacion de las minas de cuarzo aurífero, el rendimiento medio del tratamiento por el sistema de hornos es solo de los dos tercios, lo que quiere decir que se pierde el 33% de oro o plata, es fácil darse cuenta de la asombrosa riqueza de esa veta que una feliz casualidad hizo que dos mineros la descubrieran.

Si un descubrimiento semejante era bueno para alentar a los que estaban en perspectiva a lanzarse todavía mas allá en busca de nuevos lavaderos, era tambien

bueno para excitar todas las ambiciones y para hacer nacer todos los fraudes. Poco ántes del descubrimiento de Comstock solo se hablaba de vetas maravillosas, de *placers* de inmensa riqueza. En algunos de estos últimos se sembraba en el suelo el polvo de oro, y el comprador, seducido con los primeros lavados, adquiría a un precio exorbitante un *placer* artificialmente enriquecido. En las minas de cuarzo los mineros cargaban sus fusiles con pepitas de oro y tiraban contra las paredes, en las cuales se incrustaba el oro. El interesado, a quien se permitía visitar esas minas, se entusiasmaba con esas riquezas ficticias y se decidía a hacerse propietario de ellas.

Pero el fraude mas colosal fué el que en 1877 provocó en San Francisco una escitacion de nueva especie y sobre la cual da datos precisos Mr. Edmond Leuba, en su interesante volúmen sobre California y los Estados del Pacífico. Corrió un dia el rumor de que los mineros acababan de descubrir en el territorio del Arizona yacimientos fabulosos de piedras preciosas. No se ignoraba que, desde el tiempo de Pizarro, los Aztecas recojian en esas rejiones piedras finas, de las que Motezuma poseia grandes cantidades. Esos mineros referian que se habian internado, no sin peligro, en ese distrito ocupado por los indios Apaches, que habian vuelto a encontrar esos antiguos yacimientos y los habian examinado superficialmente, faltándoles el tiempo, los útiles y los víveres para comenzar una explotacion en regla.

En apoyo de sus díceres, mostraban sacos de piel de gamuza llenos de diamantes, de rubíes en bruto,

entre los cuales, al lado de piedras sin gran valor, se encontraban algunas muy hermosas. Esto solo bastó para despertar la codicia. Muchos banqueros y capitalistas de San Francisco, alentados con los enormes beneficios que habian realizado en las minas de Comstock, entraron en relaciones con esos mineros y les ofrecieron tratar con ellos. A esto, ellos contestaron que ignoraban el verdadero valor de sus yacimientos. Consentian en venderlos, pero despues que un exámen sério les permitiera ponerles precio. Invitaban, pues, a los interesados a que fueran con ellos a Arizona y procedieran a un exámen minucioso. Esa proposicion era demasiado equitativa y demasiado sensata para no ser acogida con satisfaccion y para desvanecer toda sospecha. Sin tardanza contrataron algunos injenieros, les agregaron algunos concedores en piedras finas, y, con el mayor misterio, se pusieron en camino para Arizona.

Para que los curiosos perdieran la pista, los distintos miembros de la espedicion tomaron caminos diferentes y se reunieron en un punto lejano. Llegados a los yacimientos empezaron sus investigaciones. Fueron muy fructuosas: en todas partes en un radio de una legua cuadrada, en la llanura, en las arenas, en las quebradas y hasta en el lecho de los arroyos, recojieron piedras iguales a las muestras presentadas en San Francisco. Minuciosamente examinadas por hombres del oficio, se reconoció que eran piedras finas.

Los doce capitalistas, bajo cuyas espensas se había hecho la espedicion, no vacilaron. Ofrecieron a

los mineros cinco millones de francos al contado y una parte de las ganancias. Después de muchas conversaciones se concluyó el negocio y las promesas de acciones tuvieron inmediatamente precios fabulosos.

Las cosas estaban en ese estado y se preparaba el material de explotación, cuando el informe de un perito de Filadelfia vino a hacer decaer el entusiasmo. Del examen de las localidades y de la naturaleza del suelo, deducía que los yacimientos no existían y que se encontraban en presencia de *salted deposits* (campos salitrosos), o sembrados artificialmente de piedras finas. Una averiguación minuciosa reveló en efecto que esos estafadores habían comprado, en Londres y en Nueva York, diamantes y rubíes en bruto, mas o menos defectuosos, mezclados con algunas piedras hermosas, por valor de doscientos cincuenta mil francos y que las habían desparramado en el suelo de los antiguos Aztecas. Es inútil decir que una vez en poder de sus millones, habían abandonado a California y que jamás se les volvió a ver.

El tratamiento de los minerales de California necesita el empleo del azogue en cantidades muy considerables, y por una feliz coincidencia, California posee minas importantes de azogue, figurando en primer lugar la conocida con el nombre de «New Almaden.» Está situada a diez y seis millas al Sur del extremo de la bahía de San Francisco, en uno de los contrafuertes del «Coast Range,» cadena de montañas que corre a lo largo del litoral. Esa mina

era conocida por los indios, que utilizaban de ella el cinabrio para pintarse el cuerpo.

La veta serpentea en una roca verde; en ciertos lugares mide muchos centenares de piés de espesor; en otros, se angosta y se reduce casi a nada. Su direccion constante es de Norte a Sur. Se estraee el cinabrio, se le parte en pedazos y, así triturado, se le apila dentro de un vasto recipiente que puede contener hasta veinticinco toneladas de mineral.

Sometido durante cuatro dias a un calor intenso, el mercurio, mezclado con azufre, se volatiliza y pasa a traves de un aparato de condensacion en el cual se liquida; el azufre, convertido en gas sulfuroso, desaparece por la combustion.

En veinticuatro años, «New Almaden,» ha producido cuarenta y cinco millones de libras de azogue, o sea sesenta mil frascos.

La mina de Fresno, produce seis mil y la de Napa siete mil anuales.

El azogue, de precio mui elevado al principio de la explotacion de minas de oro, ha sufrido despues una depreciacion considerable, gracias a la cual ha podido luchar con ventaja contra el azogue importado y aun hacerle una competencia tal que las minas de Italia: Levigliani y Ripa en Toscana, y las de Huancavélica en el Perú, han tenido que suspender su explotacion. Solo la mina de Almaden en España, ha podido mantenerse, y si su rival de California le ha quitado el mercado de la China, ella le disputa todavía el de Méjico.

Finalmente, para completar la lista de las riquezas



mineras del país del oro y de la plata, mencionemos los depósitos de hulla de Monte del Diablo, que producen anualmente ciento setenta y cinco mil toneladas de combustible; los del Norte que producen setenta y cinco mil, o sea en todo, doscientas cincuenta mil toneladas, la mitad del consumo local; el resto lo importan de Australia, de los Estados Unidos y de Inglaterra. Grandes depósitos de soda y de borato, de azufre, de minerales de fierro están en explotación. Cada día California se libera más del tributo que pagaba al extranjero y se convierte en un centro de producción y de fabricación.



SESTA PARTE

EL FERRO-GARRIL DEL PACÍFICO.

Ferrocarril trascontinental.—El “Pony express.”—Union del Pacífico con el Atlántico.—Terminacion de los trabajos.—El sueño de Colon.—El último anillo de una cadena colosal.—Edad de la plata.—La “Consiliated Virginia” y la “California.”—El financista Ralston.—El “Bank of California.”—William Sharon.—Grandes capitalistas.—Una nota dominante en San Francisco.—La caridad californiense.—Fuerza de expansion.—Igualdad social.—Tendencia particularista.—La gran metrópoli del Oeste.—La reina del Pacífico.



VI

Parecía que tantos progresos realizados, tantos experimentos de éxito feliz, que una prosperidad sin igual, que un porvenir ilimitado debían fatigar a la inconstante fortuna.

En algunos años San Francisco había tomado un desarrollo prodijioso. Suntuosas casas de habitacion, grandes almacenes, iglesias, malecones inmensos, atestiguaban la enerjía y la riqueza de sus habitantes, su fé inquebrantable en el porvenir de la metrópoli del Pacífico. El mismo año en que la produccion del oro parecía disminuir y en que la esportacion del precioso metal bajaba de diez millones de francos, las minas de plata venían a llenar ese vacío y a agregar treinta millones en plata a los doscientos millones que los vapores de Panamá llevaban en 1861. El censo daba una poblacion de 380,000 habitantes en todo el Estado y 57,000 en San Francisco. La inmigracion continuaba, no ya con la fiebre de los primeros días, sino regular y constante, por la vía del Istmo. Pero, esa vía mas rápida no satisfacía todavía la impaciencia de los habitantes de San Francisco. Mientras esperaban la construccion del gran ferrocarril trascontinental, decidieron organizar un ser-

vicio de correos a caballo. La distancia que había que atravesar desde San José de Missouri, punto extremo de la vía férrea del lado del Atlántico, hasta Sacramento, era de mil novecientas millas, a través de desiertos, serranías y praderas. Lograron atravesarla en doscientas cincuenta horas, diez días y medio, con una lijereza media de ocho millas por hora, cambiando caballos cada veinticuatro millas: El *Pony express*, como se llamó a ese nuevo servicio, salía dos veces por semana; el máximo de cartas que llevaba el correo no podía pasar de doscientas y se fijó el precio a veinticinco francos la media onza. Ese servicio no podía ser completamente regular. Los indios detuvieron muchas veces al mensajero para despojarlo; atacaban las estaciones, se robaban los caballos de repuesto y se apoderaban de las provisiones; pero, a pesar de esos obstáculos, dió excelentes resultados. Cuando el viajero salido de Nueva York por el ferrocarril, después de haber atravesado a todo vapor el «Great American Desert,» esa llanura maldita que cubre una sábana de arena y de polvo, el desfiladero de los Cedros y el valle de Humboldt, llega a *Palissade Station* en Nevada y vé sobre el andén dos altas murallas de barras de plata que esperan que las carguen en los carros del ferrocarril, millones amontonados como ladrillos en medio del desierto y tiene ya alguna idea de las sorpresas que le reserva California.

Comprende cuántos esfuerzos y cuánta energía se han necesitado para vencer los obstáculos que la naturaleza oponía al hombre en su marcha irresistible

hacia el Oeste. Cuando despues de haber subido lentamente las ásperas pendientes de la Sierra Nevada, llega a Summit, el punto culminante de la vía, a siete mil piés sobre el nivel del mar, y descubre, entre las cimas de granito que le rodean, las llanuras de El Dorado, inundadas por el sol, ve a sus piés pendientes de contornos redondos, rayadas con líneas blancas. Son los torrentes artificiales, formados por los mineros que llevan el agua a los campos de explotación.

A medida que avanza, el terreno lleno de zanjas, está cubierto de diques; a las pendientes boscosas suceden gargantas cubiertas de arbustos y chaparrales, despues los puentes sobre los cuales se atraviesa el «American River» y en el horizonte se dibuja una pequeña nube gris: es San Francisco. En siete dias se ha atravesado esa enorme distancia que exigía, hace treinta años, un viaje de seis meses.

El 28 de abril de 1869 se terminó esa obra jigantesca que unía por fin las playas del Pacífico con las del Atlántico.

El 10 de mayo siguiente se celebraba con gran pompa la union de los dos trozos de línea, ejecutados simultáneamente en el Este y en el Oeste y llevados a cabo con gran actividad por las dos compañías empresarias: La Union y La Central. La primera dirigía los trabajos que desde Estados Unidos avanzaban hacia el Pacífico; la segunda, marchando a su encuentro, había atravesado sucesivamente el valle del Sacramento y la Sierra, y desembocando en las llanuras del Utah, llegaba hasta el 41° de latitud Norte y el 114° de longitud Oeste.

A medida que se acercaban, los obreros de las dos compañías luchaban en esfuerzos por aventajarse y llegar los primeros al límite designado.

En un solo día de trabajo los de la Central pusieron diez kilómetros de rieles y pararon su trabajo en la noche, a causa de la fatiga, dando al lugar hasta donde habían llegado el nombre de *Challenge Point*, o Lugar de Desafío; provocando con esto a sus rivales a que hicieran en un día una tarea semejante.

Al día siguiente, los trabajadores de la Union, de esa manera provocados, colocaban doce kilómetros; pero los obreros de California resueltos a obtener la victoria en esa lucha de nuevo jénero colocaban, el 28 de abril, diez y seis kilómetros de rieles en once horas de trabajo no interrumpido y se detenían en *Victory Point*.

Entre la estremidad de cada una de las dos secciones, se había dejado libre un espacio mas o ménos de cien piés. Dos cuadrillas, compuestas de irlandeses por parte de los Unionistas, y de chinos por los Centralistas, vestidos de gala, se adelantaron para efectuar la union.

Por ambas partes se habían elejido los mejores trabajadores.

Los chinos, graves, silenciosos, alertas alentándose mútuamente, provocaban la admiracion jeneral.

«Trabajan como prestidijitadores,» exclamó un testigo ocular, y para quién ha visto con qué arte se ocupan los chinos de los menores detalles, esa expresion es completamente exacta.

Operada la union, dos locomotoras se dirijieron a

encontrarse, saludándose con sus silbatos estridentes. Quedaba todavía un riel por colocar. Descansaba sobre un durmiente de laurel.

El delegado de California, presentó a los presidentes de ámbas compañías, M. M. Standford y Durant, en el camino, un clavo de oro macizo y un martillo de plata: «Ese oro viene de nuestras minas, esa madera preciosa de nuestros bosques. El Estado de California os los envía para que formen parte integrante de la gran vía férrea que va unir al Océano Pacífico con el Atlántico.»

El delegado de Arizona presentó en seguida un clavo de fierro, oro y plata: «Arizona, dijo, rica en fierro, en oro y en plata, os envía esta ofrenda destinada a completar la gran obra de la comunicación interoceánica.»

Los dos últimos rieles fueron colocados, entónces, sobre el durmiente, y los dos presidentes se adelantaron a clavarlos. Un aparato telegráfico trasmitía a los Estados Unidos y a California todos los detalles de la ceremonia y los discursos pronunciados. En el momento de clavar los rieles, se mandó el siguiente telegrama a las playas de ámbos océanos: «Todos los preparativos están terminados; descubríos e invocad con nosotros la bendición del Altísimo». En nombre de los Estados del Este, Chicago, contestó: «Os seguimos con el pensamiento; todos los Estados del Este han recibido vuestro telegrama y atentos y recojidos, esperan». Algunos instantes despues, cada martillazo, repetido exactamente por medio de las señales eléctricas, hacía saber a todas las ciudades de

la Union Americana que la gran obra estaba terminada. Salvas de artillería y regocijos públicos saludaban en todas partes ese día memorable. La vía se había concluido siete años ántes de la fecha fijada por el decreto de concesion.

El sueño de Cristóbal Colon se convertía en una realidad. Por el Oeste se llegaba hasta el Asia. Cuando el 3 de agosto de 1492, despues de ocho años de solicitudes y esfuerzos, obtenía por fin de la jenerosidad de Fernando e Isabel, tres bajeles y embarcándose en Palos se daba a la vela hacia el Oeste, lo que trataba de descubrir era la India, la misteriosa y opulenta Cathay, que pensaba encontrar allá en donde se pone el sol, en ese Oeste teñido de púrpura, hacía el cual lo arrastraban su jénio y esa fuerza desconocida que sin tregua ni descanso lleva al mundo hácia el Occidente. La America le impedía el paso; Cuba y Santo Domingo lo detuvieron. Cuatro veces insistió, esperando siempre forzar el paso, descubrir un estrecho, buscándolo desde la desembocadura del Orinoco hasta Carácas, creyendo un momento haberlo encontrado en Darien, sin sospechar que veinticinco leguas de tierra solamente, lo separaban de ese Océano Pacífico, cuyas olas bañaban las playas asiáticas.

Ese gigantesco ferrocarril, el mas largo que se haya construido hasta hoi, formaba el último anillo de la cintura del mundo en torno del cual el vapor corre sin tiempo de detenerse desde Paris, Lóndres, Viena, San Petersburgo hasta Nueva York, Chicigo, San Francisco, despues por Yokohama, Shangay,

Hong Kong y Calcuta, uniendo a su vez Port Said y Marsella, acarreado en su trayecto, de mas de siete mil leguas, los productos manufacturados de Europa, los trigos de América, las barras de oro y plata de los Estados del Pacífico, las sedas del Japon, el té de la China, el opio de la India, sus tinturas y sus tapices. Multiplicando los canjes y las riquezas, crea, con nuevas necesidades, los medios de satisfacerlas, despertando a su paso las viejas civilizaciones dormidas, destruyendo las barreras que separan las razas y los pueblos, suprimiendo las distancias y sembrando por todas partes, con industrias desconocidas, ideas nuevas.

San Francisco se convertía en una de las estaciones importantes de ese vasto trayecto, en una de las grandes ciudades, en donde forzosamente debía detenerse el viajero y trasbordar las mercaderías que iban de Europa a Asia. El oro y la plata iban al Este y al Oeste, a la China y a la India, como tambien a Nueva York, Lóndres y Paris. Emporio de metales preciosos, en sus poderosas casas de Banco se acumulaban esas barras, con las cuales se saldaban las cuentas entre la Europa y el Asia. California tributaria del extranjero durante algunos años, se había libertado de su yugo y ella a su vez veía al universo tributario de sus minas, interesado en que su produccion no disminuyera.

A la *edad del oro*, sucedía la *edad de la plata*. Las minas de Comstock, habian echado por tierra a los *placers* auríferos, pasando tambien por esas alternativas de alza y de baja, de producciones y de sor-

prendentes *broceos* repentinos de que habian tantos ejemplos en las riberas del Sacramento y del San Joaquin.

De 1861 a 1878, se cuentan en esas nuevas minas tres descubrimientos de vetas extraordinarias.

El primero de esos descubrimientos fué el de una veta reconocida por casualidad en la superficie de la mina de Gould y Curry. Produjo doscientos millones de francos y despues en 1860 dejó repentinamente de producir.

Durante algunos años la mina no dió sino un rendimiento medio y un dividendo ordinario.

En 1872, se volvió a encontrar la veta perdida que corria en profundidad hácia el Sur. Sacan de ella cuatrocientos cincuenta millones de francos y van a estrellarse contra rocas improductivas. En vano la buscan durante muchos años. La casualidad hace que la encuentren en las minas de *Consolidated Virginia*; esta vez da mas de quinientos cincuenta millones y todavía no está agotada.

Los accionistas sufrían las consecuencias de la alza y de la baja, ya sea percibiendo dividendos enormes o urjidos por repetidos pedidos de fondos cuando la veta desaparecia y que a causa de esto exijía gastos considerables.

Los unos desalentados vendían en víspera de alcance; los otros, vendían en plena prosperidad y volvían a comprar en las horas de abatimiento; algunas de las grandes fortunas de San Francisco tienen este orijen. Será mas fácil darse cuenta de esto con un ejemplo tomado de entre ciento.

J. C. Flood y W. S. O'Brien, socios, tenían en San Francisco un *bar-room*, salón de refrescos, frecuentado principalmente por los comerciantes y por los corredores. Casi todos los negocios en San Francisco se trataban en los escritorios; pero se terminaban en el *bar-room*.

Detrás del mostrador estaban desde la mañana hasta la noche los dos socios ocupados en atender a sus clientes. Sus negocios marchaban bastante bien; habían ahorrado algo y comprado con sus economías un pequeño interés en unas minas en Virginia City. Interesados desde entonces en esa clase de operaciones, contando entre los clientes de su establecimiento, gran número de capitalistas y de especuladores en acciones mineras, les pidieron consejos y datos, prestando además atención a las conversaciones cuyo tema eran esos valores.

Compraron y vendieron, realizando con sus operaciones modestas ganancias, hasta el día en que deseosos de estender sus especulaciones y de estar exactamente al corriente por informes de personas que residieran en las minas, se asociaron con J. W. Mackay y J. G. Fair, que vivían en Virginia. Guiados por ellos, compraron la mayor parte de las acciones de las minas de *Consolidated Virginia*, en el momento en que esas acciones habían bajado a cuarenta y cinco francos; cierto número les costó solo veinte francos. Solo había diez mil setecientas acciones lo que equivalía a que el precio total de la mina no llegara a quinientos mil francos. Su largo era de 1,310 piés sobre la veta.

El precio del pié corrido salía a cerca de 400 francos, lo que no dejaba de parecer un precio elevado para una mina en la que ya se había gastado un millon doscientos cincuenta mil francos sin obtener dividendo alguno. No se había descubierto todavía ninguna veta importante y si esa veta existía se ponía en duda que se le encontrára sin nuevos sacrificios pecuniarios.

En lugar de continuar las *labores de reconcimiento* en los *piques* que solo tenían 400 piés de profundidad los nuevos poseedores trataron con los propietarios de la mina vecina, Gould y Curry, para establecer una galería de comunicacion con su propia mina.

El *pique* de la mina Gould y Curry tenía una profundidad de 1,800 piés. La galería transversal, proseguida en una longitud de 800 piés, vino a encontrarse con una veta poderosamente rica que atravesaba toda su pertenencia. La nueva mina se dividió en dos: *La Consolidated Virginia* y la *California*. De 10,700 acciones primitivas el número subió, por medio de emisiones sucesivas, a 540,000 por cada una de las minas. En 1874, el precio de cotizacion de esas dos minas representaban un valor de 750 millones de francos, y habian dado ya a sus felices propietarios mas de 500 millones. Las acciones compradas por ellos en 1871 les daban, tres años mas tarde, una ganancia de tres mil por uno.

Bajo otros puntos de vista, la carrera de Ralston, uno de los grandes financistas de San Francisco, no es ménos característica. Muestra con qué prodijiosa

rapidez se formaban entónces poderosas fortunas y se creaban altas posiciones en el Banco y en el comercio.

Nacido en 1825, en el Estado de Ohio, Ralston recibió una buena educacion primaria, pero, nada mas. En su infancia, fué aprendiz de un constructor de buques, manejó hasta los diez y nueve años la sierra y el cepillo y entró despues de empleado a bordo de uno de los vapores del Mississippi. En 1850 partió para California, pero, escaso de dinero para proseguir el viaje, tuvo que detenerse en Panamá, en donde entró al servicio de Garrison y Morgan, propietarios de una línea de vapores que llevaban emigrantes de Nueva York a Colon y de Panamá a San Francisco. Como empleado en los escritorios de esta compañía permaneció algunos años en Panamá y despues lo ascendieron a agente en San Francisco. Capaz e inteligente, cumplió con su obligacion celosamente, reveló buenas aptitudes y cuando Garrison y Morgan se decidieron a agregar a su agencia de San Francisco una casa de Banco, dirigida por Mr. Fretz, admitieron a Ralston como socio. Un año mas tarde, Garrison y Morgan se retiraban y la razon social se cambiaba por la de «Fretz y Ralston.»

Poco despues, una de esas crisis financieras, tan frecuentes entónces en California, estallaba en San Francisco y casi arruinaba su casa. Su clientela se componía principalmente, de negociantes cuyos depósitos recibian en cuenta corriente, y a quienes concedian fuertes adelantos. La mayor parte de las casas de Banco operaban de la misma manera. Una

especulacion desenfrenada, bruscamente detenida, traía consigo considerables bancarrotas. En esa circunstancia, Ralston dió pruebas de una sangre fría y de una decision notables. Con su tranquilidad y su valor impuso la confianza en torno suyo; gracias a prodijosos esfuerzos, consiguió sostener el crédito que vacilaba y atravesó la crisis, no sin pérdidas, pero sin sucumbir. Desde ese día la casa de Fretz y Ralston ocupó el primer lugar entre los Bancos de San Francisco.

En 1864, Ralston fundaba el poderoso Banco conocido despues en Europa, en Asia y en América con el nombre de *Bank of California*. Desde el principio vió agruparse a su alrededor a los capitalistas mas ricos del mundo entero. Ralston, a quien se le ofreció la presidencia, no quiso aceptarla e hizo nombrar a D. O. Mills; pero quedó como director, ejerciendo su influencia dominante sobre las finanzas, el comercio, la agricultura, las manufacturas y la política del Estado.

Una posicion tan elevada, tan rápidamente conquistada, debía despertar en su contra muchas envidias. En compensacion, la parte considerable que tomaba en todos los grandes negocios, los capitales enormes de que disponía, los múltiples intereses confiados a su cuidado, le creaban numerosos y poderosos partidarios. Ninguna empresa nueva se fundaba sin su concurso, y todas las mañanas la puerta de su escritorio estaba repleta de capitalistas y negociantes por mayor. Recibía a todo el mundo, escuchaba con paciencia y se decidía inmediatamente

contestando con muy pocas palabras. Su hospitalidad era proverbial. Habitaba fuera de San Francisco en una inmensa casa de campo, en la que podía alojar hasta cien visitantes a la vez. En el trayecto había establecido postas de caballos para una docena de carruajes.

Todo su tren de casa estaba en proporción y sus enemigos afirmaban que, además de su parte de ganancias y de sus entradas, el Banco le daba un millón por año para sus gastos de recepción. De cualquiera manera que sea, gastaba esa suma y mucho más en recibir a sus huéspedes; además se suscribía con liberalidad, y muchas veces secretamente, a todas las obras de caridad. Cuando murió, hacía construir en San Francisco un espléndido palacio.

Pocos hombres en California tuvieron tantos amigos y admiradores. Lo designaban con el nombre de *César financiero*. Después de su muerte sus enemigos hicieron muchos reproches a su memoria; lo acusaron, no de haberse apropiado, sino de haber sacado más de veinte millones de las cajas del Banco para emplearlos, sin consultar a los directores, en el establecimiento de manufacturas y en la creación de fábricas sin resultado inmediato. La verdad es que California le debe el impulso dado a la industria local y la creación de la mayor parte de las manufacturas, que le permiten utilizar sus lanas y sus algodones. Después de su muerte, el *Bank of California* tuvo que reconstituirse sobre otras bases, pero no sin haber enriquecido a sus accionistas y a sus agentes, entre los cuales se cuenta William Sha-

ron, cuya fortuna alcanza a ciento veinticinco millones de francos.

Podríamos todavía nombrar a muchísimos otros que han reunido, en algunos años, capitales enormes, como ser: Leland Standford, C. P. Huntington, Charles Cooper, Mark Hopkins, modestos mercaderes de Sacramento, despues veinte y treinta veces millonarios: John P. Jones, simple minero; James R. Keene, lechero, hoi poseedores de cincuenta y sesenta millones de francos.

Pocas ciudades cuentan con tantos millonarios como San Francisco. En pocas ciudades tambien, se vé mayor lujo. Se resiente de su orijen y sufre todavía hoi la influencia de su punto de partida. La nota dominante es ahí la misma que en 1849: los mismos apetitos y la misma prodigalidad. En San Francisco se venden los vinos mas caros, los mejores cigarros, las sederías mas lujosas. Hoteles suntuosísimos y palacios soberbios se levantan en sus calles.

En ninguna parte la vida material es tan espléndida. California consume por año 60 libras de azúcar por habitante, por 20 que se consumen en Francia y todo en esa proporcion. En ninguna parte la hospitalidad se ejerce en mayor escala; en ninguna parte se abren las bolsas con mas liberalidad al llamamiento de la caridad. Se vió eso bien durante la guerra de Segregacion. De los veinticuatro millones de suscripciones voluntarias a favor de los heridos, reunidos en todos los Estados de la Union, California sola dió seis, y San Francisco contribuyó con la mitad de esa suma. No se ha olvidado el magnífico

rasgo de patriotismo de nuestros compatriotas de California en 1871 y cómo esa colonia de once mil franceses envió mas de millon y medio para socorrer a nuestros soldados desgraciados: suma enorme, en vista del poco número de nuestros nacionales, cuyo ardiente amor por la patria vencida, nos ha reterido M. Levy, en páginas commovedoras.

San Francisco con una poblacion de un poco mas de trescientos mil habitantes gasta en hacer la caridad mas de cinco millones anuales, provenientes de suscripciones voluntarias y se avalúa en mas de diez millones las sumas suscritas por sus habitantes desde hace quince años para socorrer las desgracias estranjeras. Si el oro es ahí abundante, si la vida es fácil, la caridad tambien es inagotable y socorre a todos los que sufren, sin fijarse en razas ni en nacionalidades.

Esa fuerza de expansion que caracteriza al californiense, y principalmente al habitante de San Francisco, no se revela ménos por su notable cualidad de formarse nuevas colonias, de llevar a lejanos países el conjunto de ideas y de tradiciones que hacen de él un ser esencialmente cosmopolita. Para establecerse en esa playa lejana en una época en que las comunicaciones eran tan difíciles, necesitó romper con todos los lazos que unen al hombre con el suelo natal: lazos de familia, de afecciones, de recuerdos y muchas veces tambien de intereses y de porvenir. Rotos por él esos lazos, no ha podido enseñar su culto a la jeneracion que le sigue. Lo que ha aprendido es el amor a la independendencia, a la vida libre,

el derecho de disponer de su destino, de librar la batalla de la existencia, en un terreno elegido por él. De ahí que todo californiense tenga gran facilidad para trasladarse de un punto a otro, para emigrar a Chile o al Perú, al Japon o a la India. La raza está físicamente adaptada y preparada para ese jénero de vida.

Esos emigrantes de 1849 a 1855 eran todos hombres en la plenitud de la vida, vigorosos y robustos. Preciso era serlo para afrontar esa clase de existencia. Sus descendientes son iguales a ellos. Un clima sano, un aire puro y una vida activa, han hecho de ellos tambien hombres enérgicos y resueltos. En San Francisco se vive mucho en la calle. Las caminatas a pié, la equitacion y la navegacion son las distracciones mas usadas y mas buscadas por la juventud.

La vida material es hoy abundante y barata. En San Francisco se vive mejor y con ménos gastos que en cualquiera otra parte. El pescado, los productos de la caza, la carne, las legumbres, las frutas, son excelentes y muy baratas. En las casas mas sencillas, entre personas de posicion modesta, la comida es relativamente excelente. En los hoteles es magnífica, y por quince francos diarios una persona está perfectamente tratada.

La vida social es tal como debe esperarse del punto de partida de esa civilizacion y del medio en el cual se desarrolla. Lo que a primera vista llama la atencion del extranjero es la cordialidad con que se le recibe y la igualdad social que reina en San Francisco. Esa igualdad no proviene únicamente de las

tradiciones republicanas de Estados Unidos. No se la encuentra ni en Nueva York, en donde domina la aristocracia del dinero, ni en Boston, en donde reina la aristocracia de nacimiento, ni en los Estados del Sur, en donde sobrevive la aristocracia de raza.

Proviene de causas múltiples y locales. Aquí cada uno es hijo de sus propias obras, artesano de su propia fortuna. Todos saben que las probabilidades son iguales para todos. No hai ni aun grandes fortunas hereditarias en tierras o en rentas, ni aun altas posiciones al abrigo de los reveses de la fortuna. El millonario de hoy puede ser pobre mañana y otro ocupar su lugar.

Es, pues, importante conducirse bien, tener el mayor número posible de amigos y conquistarse simpatías. El campo es vasto; excluye toda idea de rivalidad. Hai lugar para todos, y el espacio es tambien libre para todos.

San Francisco tiene, con justicia, fama por la hermosura de sus mujeres, cuyo tipo se acerca mucho mas al italiano por la pureza de sus facciones y al sajón por su color, que las de Nueva York, Boston y Estados del Sur.

Los niños son sanos y robustos y el clima reúne en el mas alto grado las condiciones favorables para el desarrollo físico de la raza. No se encuentra en California los rasgos distintivos del americano del Norte: el color terroso, los labios delgados, el cuerpo largo, flaco, huesudo y lijeramente encorbado, el pecho angosto y la voz ronca que caracteriza a los yánkees. Los jóvenes de veinticinco a treinta años,

nacidos en ese centro nuevo, recuerdan mas bien el tipo ingles de sus antepasados, que vuelve a aparecer despues de muchas jeneraciones: las mejillas llenas y rosadas, el pecho ancho y los músculos bien formados.

Americano de oríjen y de tradiciones, el californiense es, sobre todo y ante todo, natural de California, orgulloso de su Estado, de su ciudad y de su historia. La tendencia particularista es en él mas acentuada que en ninguno de sus compatriotas. Un instinto secreto le advierte el papel que le reserva el porvenir, y lo prepara a él desarrollándole ideas nuevas. Ama a su ciudad como los atenienses, los espartanos y romanos amaban a Aténas, a Lacedemonia y a Roma; tiene fé en su grandeza; no esa fé supersticiosa que la antigüedad conoció, sino una fé basada en datos estadísticos y en números.

A las antiguas leyendas paganas de los Dioses fundadores y protectores de las ciudades, a las leyendas cristianas que dan a cada uno su patrono y su divisa, su iglesia y su santo, ha sustituido los cálculos matemáticos de una progresion comprobada y confirmada por la esperiencia.

En comprobacion de esas probabilidades, ha llegado a la conviccion de que su ciudad será en el porvenir la gran metrópoli de los Estados del Pacífico como Nueva York es la de los del Atlántico. Vé en ella a la capital de un futuro imperio, el día en que, por la fuerza misma de expansion inherente a su raza y, por consiguiente, la imposibilidad de hacer vivir bajo un réjimen financiero comun, estados ma-

manufactureros y estados exclusivamente productores de materias primas, la república se divida en dos o tres grandes porciones. La *guerra de Segregacion*, a pesar de su falta de éxito, le ha advertido que esa hora no es ménos fatal por haberse retardado. La espera sin impaciencia y sin pesar.

Pertenece esencialmente a su tiempo, mas cosmopolita bajo este punto de vista que lo que son los hombres de su raza y de su sangre.

Sus tradiciones datan de ayer, como el país que habita y como esa ciudad que nació junto con él.

Tiene en sus venas sangre de aventurero y de calculador. Su imaginación naciente se despertó con los relatos de los primeros tiempos de California, con esas historias doradas como un cuento de las Mil y Una Noches, prácticas como un libro de caja, con esos encuentros inverosímiles de lingotes de oro que estaban ocultos en el lecho de un torrente, bruscamente puestos a la luz del día por un barretazo feliz, convirtiendo en un abrir y cerrar de ojos a un pobre en rico. Se les ha enseñado la aritmética con una tabla de intereses al tres por ciento mensual.

En la escuela, se ha codeado con hijos de diversas naciones: ingleses, franceses, italianos, españoles y alemanes; su *cosmopolitismo* ha nacido de ahí.

Con ese contacto se han suavizado sus costumbres americanas, se ha ensanchado su horizonte y ese horizonte no tiene límites.

Bajo su vista, el Pacífico hace ondular hácia el Oeste sus olas majestuosas y la misma fuerza invisible que ha hecho a sus antepasados atravesar el

Atlántico, a su padre las praderas, los rios y las sierras, hace que vuelva sus miradas hácia el sol poniente.

A setecientas leguas de distancia el archipiélago de Sandwich despliega bajo un cielo tropical su vegetacion frondosa, sus ricas plantaciones, sus riberas cubiertas de verduras y sus gigantescas montañas. Han hecho de las islas de Sandwich su estacion de invierno, su playa mediterránea adonde sus enfermos y sus millonarios van a gozar de los encantos de una vida indolente y de un clima incomparable.

El Japon y la China, ochocientas leguas mas léjos, ofrecen a su actividad comercial un vasto campo. Sus vapores surcan continuamente el Pacífico, uniendo a San Francisco con Hakodadi y con Hong-Kong, con Honolulu y con Sidney, llevando a su puerto los téas y sederías de la China, azúcar y café de la Oceanía y lanas de Australia, haciendo de ese puerto uno de los grandes emporios del mundo, llevándose por esa nueva vía todo el tráfico de Europa y Asia. Posee una situacion jeográfica única, una bahía bastante vasta y bastante segura para abrigar en ella a todos los buques del mundo; tiene California la fuerza y la riqueza, todo lo que prepara y asegura el éxito.

En ménos de cuarenta años, una pequeña aldea desconocida se convierte en una de las principales ciudades del mundo, orgullosa de su pasado, tiene fé en el porvenir de la gran metrópolis del Oeste, de la reina del Pacífico.

C. DE VARIGNY.

